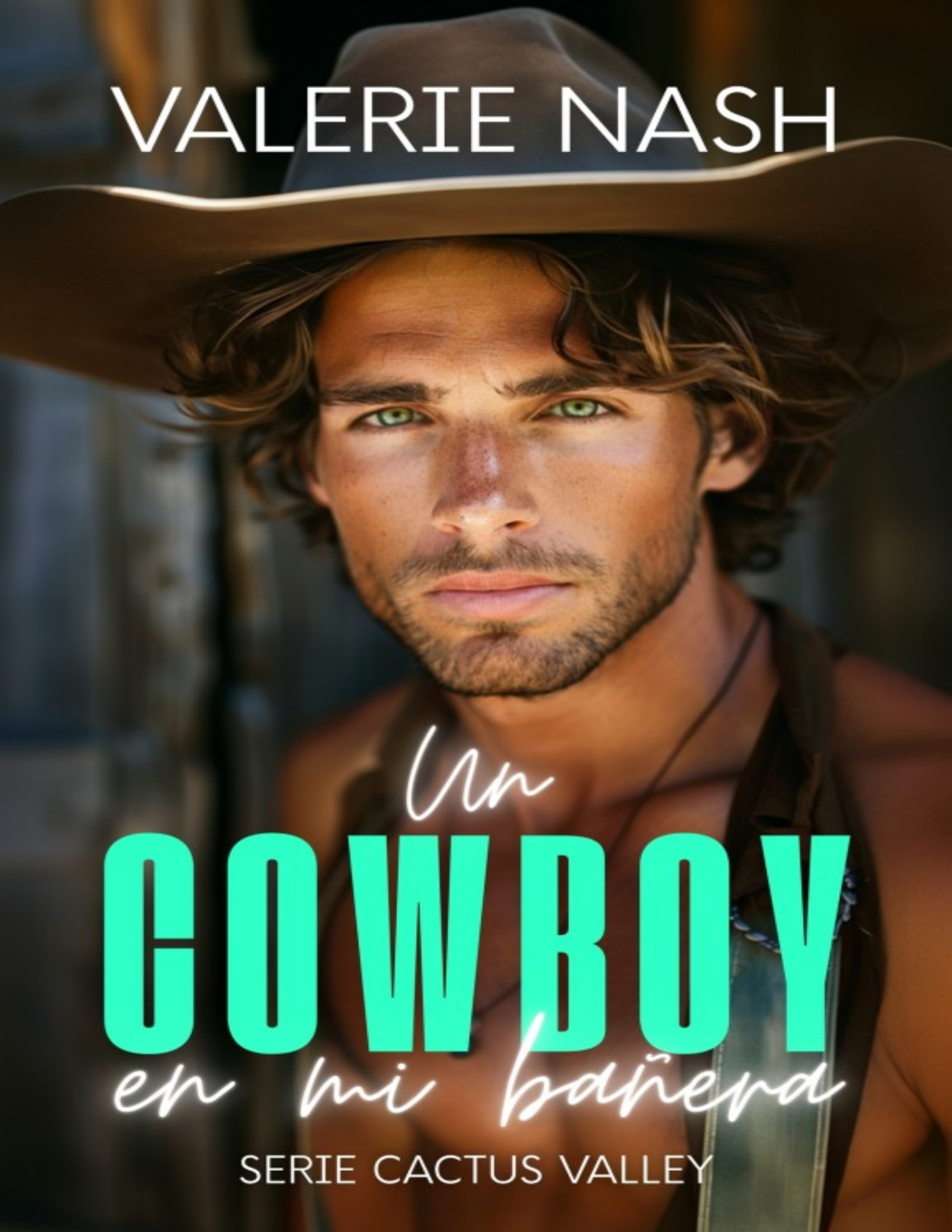

VALERIE NASH
Un
COWBOY
en mi bañera
SERIE CACTUS VALLEY

Índice

Un cowboy en mi bañera

Un cowboy en mi bañera

Cactus Valley, 2

Valerie Nash

© Valerie Nash, 2025.

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados.

Prólogo

Audrey

No me tiembla la mano al encender el aro de luz. Tampoco cuando abro el portátil y el reflejo azulado de la pantalla me deja cara de cadáver. Ni cuando repaso por quinta vez el orden de los productos que tengo dispuestos sobre la encimera. Debo tener todo perfectamente alineado como si fuese un maldito expositor de Sephora, porque las marcas que me pagan son las que mandan y lo quieren así: sérum, base, corrector, iluminador, brochitas limpias. Cada cosa en su sitio.

Me recoloco el tirante del top satinado, acerco los labios al espejo y ensayo por enésima vez la sonrisa que debo poner ante la cámara. No la natural, sino la otra, la buena. La que no enseña dientes, pero trasmite lo que quieren las marcas: que parezca estable emocionalmente.

Empiezo el directo, no puedo esperar más.

—Hola, preciosas. ¿Preparadas para brillar este verano? Porque yo sí —digo, mientras me inclino para coger la brocha.

En la pantalla de mi teléfono empiezan a aparecer corazones por todas partes, comentarios a mil por hora, emojis, frases sin sentido, gente conectándose desde Valencia, México e incluso desde Japón. La cifra de visualizaciones sube sin parar y todo va según mi plan.

—Hoy vamos a probar el nuevo *primer* de Vélvette. Ligero, sin siliconas, efecto piel de ángel. O eso dicen ¡Vamos a probarlo, chicas! —Mi voz suena segura y ligeramente burlona, como siempre.

El primer contacto de la brocha sobre mi mejilla es una caricia húmeda. Me relaja y siento que mi piel respira y yo también. Empiezo a disfrutar, porque controlo la situación. Sin duda, esto es lo mío.

—¿Lo veis? No deja brillos, aunque tampoco reseca. Si tenéis la piel mixta, esto es gloria.

Sigo hablando mientras leo de reojo. Preguntan por el *gloss* que utilicé en el último vídeo, por la base que llevaba en los *stories* e incluso una seguidora dice que estoy más guapa que nunca. Sonrío mientras respondo a una que tiene rosácea cuando aparece ese maldito comentario en mayúsculas y me da la sensación de que me está gritando desde la pantalla.

«TU EX HA PUBLICADO UN VÍDEO ÍNTIMO TUYO. ESTÁ EN TODAS LAS REDES».

Me quedo helada. Parpadeo, porque creo que he leído mal, pero vuelvo a leerlo tratando de disimular, aunque las letras siguen ahí. Me pican los ojos y la brocha se queda flotando en el aire a medio camino entre la prebase de maquillaje y mi cara. Escucho el zumbido de la luz, del ventilador que tengo frente a la mesa para que me eche el pelo hacia atrás y el latido desbocado de mi corazón

en la garganta. En seguida, veo que llega otro comentario llega, como una confirmación cruel:

«Se está haciendo viral. No entres en Twitter».

Me tiemblan los dedos cuando abro una nueva pestaña en el portátil, que tengo junto al teléfono y tecleo «Vídeo íntimo de Audrey». Rápidamente, el buscador completa la frase sin que la termine. Clico sobre la palabra «Buscar» y, en menos de un nanosegundo, la pantalla se llena.

Rápidamente aparece una imagen en miniatura con mi cara, mi cuerpo y en un escenario que no es otro que mi cama y un enlace junto a ella, que pertenece a una de las plataformas de porno más conocidas de Estados Unidos. Clico y cuando entro en la página veo que el vídeo está titulado de forma vomitiva y el contador de visualizaciones va disparado. Hashtags con mi nombre, el de mi ex y otras palabras que me dan náuseas: filtración, venganza, porno, directo…

Me falta el aire, me arde la garganta, la brocha se me cae y la base se me resbala por la mejilla. Sobre mi piel queda una mancha pastosa de un color absurdo, que me hace parecer una muñeca rota. Pero no es el maquillaje, soy yo.

—Creo que hay un problema de conexión —murmuro, sin reconocer mi propia voz.

Los comentarios siguen:

«¿Estás bien?»

«Se te ha caído la brocha».

«No leas X. Te lo pido».

Quiero apagarlo todo, pero no atino. Me gustaría tragar saliva porque siento como si tuviera papel de lija en la garganta, pero tengo la boca seca. Me entra el llanto sin avisar y empiezo a llorar arrugando la cara de manera de forma muy poco elegante. Suelto sollozos de los que hacen que duela el pecho.

Me tapo la cara con las manos, pero es inútil. Tengo los dedos manchados de base, de corrector y, ahora también, de vergüenza. Doy un paso atrás y piso el cable del aro de luz, que acaba cayéndose. El trípode se tambalea y el móvil también y acaban por el suelo con un golpe seco. La imagen se apaga, pero no

el directo, porque todos los que están conectados pueden escuchar cómo me rompo por completo, me cuesta respirar, sollozo y se me escapa un «no puede estar pasando» entre jadeos que no controlo.

Entonces me doy cuenta de que sigo conectada y de un manotazo apago todo y logro cortar el directo, pero ya es tarde, demasiado. Lo que viene después convierte la vergüenza en espectáculo, en carne abierta, pero también en contenido valiosísimo para las redes ambientas de morbo.

Los titulares empiezan a aparecer en todas partes con capturas del directo, clips del audio, recortes del vídeo íntimo que alguien ya ha subido a Reddit, incluso también hay otro colgado en Telegram. En Twitter, mi nombre se convierte en *trending topic* en minutos y, esta vez, no por mi rutina de *skincare*, ni por la colaboración con la marca de lujo sino por el sonido de mi llanto.

Los comentarios no tardan en multiplicarse. Algunos se ríen, otros me llaman de todo y los más morbosos se dedican a diseccionar mi cuerpo con una crueldad que me dan ganas de vomitar. Solo unos pocos me defienden, pero sus palabras se pierden en el ruido que lo aplasta todo. Nadie ha dicho aún que me han hundido. Pero ya lo están haciendo. Lo sé, lo huelo en el aire como un incendio que ya ha prendido y nadie puede apagar.

Kristen me llama cuarenta veces, pero no cojo sus llamadas. Después, empieza a enviarme audios. Uno de treinta segundos, otro de un minuto y, por último, solo escribe.

Kristen:
Contéstame o me planto en tu casa.

No le respondo ni a ella ni a nadie, porque apago el móvil y lo meto en un cajón. Cierro el portátil, me encierro en el baño y vomito con los ojos abiertos y el sabor a bilis y a vergüenza en la lengua. Y no, no es solo por el asco sino también por el miedo y por la sensación de que alguien me ha arrancado la piel con las uñas y ha decidido exponerla ante millones de personas sin pedirme permiso.

Abro el grifo de la ducha y me meto bajo el agua sin quitarme la ropa. Al instante acabo con el top pegado al pecho y las bragas húmedas bajo los vaqueros, pero me da igual. Me siento en el suelo de mármol, helado, y apoyo la espalda contra el alicatado. Me dejo empapar mientras el agua sigue cayendo sobre mí sin pausa. La máscara de pestañas empieza a chorrearme por las mejillas y la prebase de maquillaje, que me estaba aplicando cuando ha estallado todo, se convierte en una pasta oscura que se arrastra por mi cuello como barro líquido. Parece que el agua intenta borrarme capa a capa, hasta dejarme en blanco.

No sé cuántas horas pasan mientras el agua sigue corriendo, aunque eso me da igual, porque no me muevo ni un centímetro.

El día amanece y tengo la sensación de que todo lo que ocurrió anoche fue una indigestión emocional y no la demolición pública de mi vida privada. El cielo está cubierto de nubes grises que no terminan de romper, como mi estómago, que sigue hecho un nudo desde hace horas, y mi cara refleja exactamente lo mismo: hinchada, cuarteada, con la piel tirante y los ojos tan secos que hasta pestañear me escuece. El albornoz blanco, que me puse tras la ducha, sigue pegado a mi cuerpo como una segunda piel triste, me queda grande y apenas me sirve para evitar el contacto con la textura de mi propia vergüenza.

Me planto frente al espejo del baño con las manos apoyadas en el borde del lavabo y la respiración contenida, como si todavía pudiera fingir que lo de anoche no ha pasado, que solo fue una crisis puntual y que todo se puede maquillar con una buena rutina de mañana… pero no. Hoy no hay sérum que repare esto, ni iluminador que borre el destrozo de mi piel. La mujer que me devuelve la mirada desde el cristal no se parece en nada a la que ayer hablaba a cámara con una sonrisa calculada y la voz llena de seguridad. Tengo los párpados inflamados, el pelo pegado a la nuca, las mejillas surcadas por las huellas negras de la máscara de

pestañas que no logré quitarme del todo y la boca tan reseca que cada palabra que pienso parece arañarme por dentro.

Mientras no dejo de observarme en el espejo, me descubro pensando algo que me hiela la sangre y me hace bajar la mirada con un vértigo que no logro sacar de mí.

«No sé quién soy».

Ahora mismo no sé si quiero seguir siendo quien era, pero tampoco tengo ni idea de quién queda debajo de ese personaje que se ha venido abajo, ahora que ya no hay cámara ni guión ni productos ordenados como en un maldito expositor de Sephora. Me han arrancado la piel que me construí durante años, capa a capa, colaboración tras colaboración, y la han colgado en una pantalla para que todo el mundo pueda verla, opinar, reírse o destruirla. Y lo han hecho sin pedirme permiso, ni tiempo, ni una bocanada aire.

¿Qué queda de mí después de esto? ¿Una chica llorando en el suelo de la ducha? ¿Una influencer convertida en *trending topic* por el sonido de su llanto? ¿Una víctima viral?

Mi móvil vibra dentro de la cajonera donde lo metí anoche con manos temblorosas y una mezcla de rabia y terror que aún me quema en la boca del estómago. Abro un segundo el cajón, solo lo justo para ver la pantalla encendida, y lo que veo me aplasta: más de cien mensajes sin leer. Notificaciones de Instagram, llamadas perdidas, alertas de medios, una llamada de mi madre, los catorce intentos de hablar conmigo de Kristen y de varios números desconocidos. Pero no abro nada, ni leo, ni respondo… No soy capaz de hacerlo.

Me tumbo en el sofá con el albornoz aún húmedo, las piernas encogidas y la mirada perdida en un punto fijo de la pared, como si no moverme fuera lo único que me mantiene a salvo. Afuera sigue las nubes grises preñadas de agua, mientras aquí dentro el aire huele a miedo, a maquillaje seco y a silencio enfermo.

Mi vida sigue en modo avión y mi móvil, también. Y aunque sé que no puedo quedarme así para siempre, tampoco sé cómo salir de esto. Lo único que tengo claro ahora mismo es que si alguien no me arrastra fuera… yo no pienso moverme, porque, si esto va a ser mi final, mejor que no lo vea nadie.

Capítulo 1

Audrey

El albornoz sigue húmedo, pegado a mi espalda como un recordatorio viscoso de lo que ha pasado. Tengo el pelo enredado, aplastado contra el cojín, y noto el picor seco de las lágrimas cristalizadas bajo los ojos. La piel me tira, como si mi cara ya no supiera cómo mantenerse en su lugar. Me gustaría hundirme en esta cama que cuesta más que el coche de mi ex, pero no hay colchón en el mundo que pueda anestesiar esto.

El móvil vibra sobre mi pecho. No necesito mirarlo para saber quién es, porque el nombre de Kristen parpadea entre una lista inmensa de llamadas perdidas y mensajes que no he leído. Paso el pulgar por la pantalla y contesto sin pensarlo demasiado.

—No puedo más —susurro. Ni siquiera intento sonar fuerte, porque no tengo fuerzas para sacar la versión valiente de mí.

Mi amiga no me responde enseguida. Deja que respire, que llore o que haga las dos cosas mal a la vez, como ahora. Solo escucho su voz al cabo de un rato. Me habla con un tono más suave que de costumbre, aunque arrastrando esa ironía crónica habitual en ella.

—Entonces deja de intentarlo. No seas valiente. Sé sensata y huye.

—¿Huir? —repito, porque la palabra me raspa.

—No me pongas voz de anuncio de colonia cara, tía. Huir no es siempre de cobardes. A veces es lo único que tiene sentido cuando estás metida en una tormenta que no te deja ni pensar. Sal de ahí. Sal de ti.

Aprieto los párpados. Siento que me han robado algo que no sé si podré recuperar y no me refiero a mi imagen y a mi

reputación como influencer, sino a mi intimidad. Mi cuerpo desnudo convertido en *trending topic*.

—No quiero seguir aquí —murmuro. Me cuesta hablar y respirar.

—Entonces vete y desaparece un tiempo. Apaga todo. Incluida tú.

—¿Y dónde voy? ¿A Bali a hacer yoga con influencers aún más *perfectas y estupendas* que yo?

—Vete a un sitio donde no sepan quién eres. Donde no te reconozca ni el espejo y donde tú nunca irías.

—Sí, claro, ¿me voy a un rancho en medio de la nada? —le suelto.

Kristen se queda en silencio unos segundos. Me la imagino al otro lado del teléfono con una ceja arqueada, mordiéndose el labio y buscando en el portátil un lugar que encaje con esa frase.

—Hecho. Dame una hora.

Me tapo los ojos con el antebrazo y noto el roce del albornoz en la sien. Me gustaría preguntarle si habla en serio y decirle que no necesito que haga nada. Pero claro que lo necesito. Necesito que alguien me saque de aquí, de esta ciudad y de mí.

—Gracias —susurro.

Kristen no dice nada más. Cuelga y yo me quedo mirando el techo, esperando que esa hora pase deprisa y que la locura de hoy me arrastre tan lejos, que no me quede otra que reconstruirme desde cero. Porque si no me voy ahora, no sé qué va a quedar de mí mañana.

El timbre suena dos veces, pero no tengo energía para levantarme del sofá, así que grito un «está abierto» que apenas me sale de la garganta. La puerta se abre con la familiaridad de quien ha entrado aquí más veces que yo en los últimos meses. Kristen aparece con una sudadera gris con una mancha de café en la manga y un portátil que parece pegado a su cadera como un apéndice más de su cuerpo. Viene sin maquillaje y con cara de pocos amigos y una bolsa de papel en la otra mano.

—He traído helado, datos y una solución con nombre de vaca —dice, mientras deja la bolsa sobre la isla de la cocina sin perder el paso.

Ni se molesta en mirarme, lo que agradezco. Sabe que sigo en albornoz, que tengo la cara lavada, pero que la hinchazón no entiende de agua micelar, y que huelo a lavanda y a hundimiento.

Se sienta en el sofá con el portátil ya encendido antes de apoyar el culo, como si llevara toda la vida trabajando desde este rincón. El ventilador del portátil suena como un motor pequeño, mientras Kristen teclea con furia. No le pregunto nada, me limito a observarla, porque no tengo fuerza para mucho más.

—Vale —dice al cabo de un minuto—. Lo tengo. Mañana coges un avión a Texas. Aterrizas en Austin, donde te he alquilado un coche, y conducirás hasta Cactus Valley, un maravilloso pueblecito en medio de la nada.

—¿Eso existe de verdad? ¿O es una estrategia de marketing para vender agua embotellada con aroma a arena?

Kristen gira el portátil, para que vea una página web de alquileres rurales. En la pantalla veo imágenes de una casita con tejado a dos aguas, porche de madera, un jardincito sin pretensiones y ventanas con cortinas de lino. En otra foto hay una valla baja, un campo que parece interminable y un cartel hecho a mano que dice: «Bienvenidos al rancho Edwards».

—¿Cactus Valley? ¿Rancho Edwards?—repito, sin dejar de mirar la pantalla.

—Una joyita perdida en la América profunda. Cero *paparazzis*. Cero wifi decente. Y, sobre todo, cero posibilidades de que te cruces con alguien que sepa deletrear tu nombre y, con suerte, más vacas y caballos que seres humanos.

—¿Hay calefacción?

—Sí. ¿Y porches desde los que observar las estrellas? También. ¿Y una señora encantadora con nombre de abuela cocinando pasteles de manzana? Confirmado. Te he alquilado esta casita preciosa en el rancho Edwards, pero en un extremo, lejos de la casa principal. Podrás respirar, llorar, meditar, y volverte adicta a la infusión de menta sin que nadie te moleste.

Sigo mirando las fotos. Hay algo en ese entorno que me provoca una punzada rara. Una mezcla entre curiosidad y miedo. No se parece en nada a lo que conozco y precisamente por eso… tiene sentido.

—¿Te vas a echar atrás ahora? —me pregunta Kristen, con esa ceja suya que ha roto voluntades más fuertes que la mía.

—Ni de broma —respondo, aunque me tiemblan las manos —. Hazme la maleta mientras yo me ducho.

Kristen se pone de pie al instante y abre el armario con la seguridad de quien ha pasado más tiempo vistiéndome que yo misma. Mientras me empiezo a desatar el cinturón del albornoz, la oigo hablar sola entre perchas:

—Nada de cosas brillantes. Ropa cómoda y sin sujetadores que aprieten. Vas a la naturaleza, no a menear el culo sobre la alfombra roja. Aunque con tu culo, cualquier *jogging* parece diseñado por Dior.

Me echo a reír. Un sonido tosco, frágil, pero que rompe el nudo que lleva atascado en mi garganta desde ayer.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía. Espera a ver el color de los pantalones que te he metido en la maleta. Te vas a cagar.

Cierro la puerta del baño y me quedo unos segundos quieta, con la mano sobre el pomo. El albornoz cuelga de mi cuerpo como si no tuviera columna. Me lo quito sin pensar demasiado, lo dejo caer al suelo y camino hasta la ducha con la sensación de estar dejando atrás algo más que ropa.

Abro el grifo del agua caliente y espero. Me observo de reojo en el espejo, pero no me sostengo la mirada. Paso de largo, porque hoy no quiero verme. Ya he tenido suficiente de mi versión hinchada, cansada, con la boca sin forma y los ojos como dos puñaladas mal cerradas.

El vapor empieza a llenar el espacio. Me meto bajo el chorro sin ajustar la temperatura. Necesito que el agua me abrase, me borre y me funda las costuras.

El primer impacto me hace cerrar los ojos. No por dolor, sino por alivio. Me cae sobre el cuero cabelludo, los hombros y el hueco entre los pechos. Resbala por la curva de la espalda, por las caderas y por los muslos tensos. Me rodea, me suelta y me limpia.

Durante unos minutos, no pienso. Solo me limito a respirar hondo y a sentir el agua. El olor a jazmín del champú que Kristen me regaló hace unos días me empapa la nariz. Me froto el cuero cabelludo con fuerza, como si ahí, entre los mechones mojados, quedara aún algo de lo que fue esa Audrey que sabía dónde estaba el norte.

No lloro, ni siquiera noto una punzada del llanto que no ha dejado de brotar de mí desde ayer. Solo me invade un agotamiento que no se va ni con el vapor que llena el lavabo. El vaho empaña los cristales y en esa niebla que me envuelve, me permito desaparecer un poco, solo lo suficiente para imaginarme en otra parte: la casita del rancho, el sonido de las hojas de los árboles mecidas por el viento… y también recuerdo su ridículo nombre: Cactus Valley. Lo repito mentalmente con una especie de incredulidad. ¿De verdad voy a hacerlo? ¿De verdad voy a coger un avión, un coche y acabar en un sitio donde la gente se saluda al pasar por la calle? Quizá sí. Quizá es eso lo que necesito hacer, porque la alternativa es seguir cayendo por un pozo que cada día se vuelve más angosto y profundo. Quizá es eso o convertirme en la caricatura que los demás han hecho de mí.

Me aclaro el pelo. Me lavo la cara y me paso las manos por el cuello, los brazos y los costados. Me hago un escaneo lento, sin prisa ni juicio y por primera vez, no siento odio, sino solo el deseo de estar bien.

El agua sigue cayendo. Y yo continuo bajo el chorro que no entiende de vídeos virales, ni de etiquetas, ni de filtros. Quizá lo mejor para mí en este momento no sea en dar la cara, ni fingir que estoy bien. Quizá deba, simplemente, marcharme, callarme y alejarme hasta que mi nombre vuelva a significar solo eso: un nombre y que no sea el sinónimo exacto de escándalo.

Cuando salgo de la ducha, el espejo está completamente empañado. Me envuelvo en una toalla grande y noto cómo la piel

me arde, pero es una quemazón buena. Me envuelvo el pelo con una toalla. Y durante un segundo, me permito pensar que aún no está todo perdido.

El vapor aún me acaricia los tobillos cuando salgo del baño con la toalla enrollada bajo los brazos. El suelo de mármol me hiela las plantas de los pies cuando llego a mi habitación. Me visto sin pensar con una camiseta vieja de la universidad, que me queda tirante en el pecho, pero me cubre lo suficiente para no sentirme desnuda. Me pongo unas braguitas de algodón que huelen a suavizante y me seco el pelo con la toalla. No me molesto en desenredarlo, porque hoy no me obligo a ser bonita. Hoy lo que necesito es estar tranquila o anestesiada. Lo que llegue antes.

Kristen vuelve a aparecer por casa sin avisar. No me sorprende, porque sé que su nivel de preocupación ha alcanzado cotas altísimas. Esta vez no trae croissants ni amenazas de secuestro exprés, pero entra igual: con su coleta despeinada y las gafas en la punta de la nariz. No pregunta nada, porque no hace falta. Se sienta en el borde de la cama y me tiende una taza humeante que agarro con las dos manos, como si fuese un cuenco de sopa en mitad de una tormenta que no termina nunca.

—Te va a sentar bien —dice con voz baja, y luego, con un gesto de barbilla, señala la pastilla que ha dejado junto al vaso—. No es fuerte, pero te ayudará a dormir y así tu cabeza parará un rato.

Asiento sin fuerza, como si la voluntad también se me hubiese agotado, y me trago la pastilla con un sorbo largo de la infusión. Tiene un sabor amargo y familiar que me recuerda a los días que no se pueden digerir y a otras crisis pasadas que no llegaron tan lejos como esta, pero que me dolieron igual. Kristen me acaricia el dorso de la mano con un gesto rápido, sin dramatismos ni pausas innecesarias, y después se incorpora, recoge la taza vacía y la deja en la mesita con la misma suavidad con la que apaga la luz con un clic apenas audible.

—Mañana te vas —me dice desde la penumbra, sin darle peso a sus palabras, como si fueran parte de una rutina que ya estuviera escrita—. Todo está preparado. Billetes y un mapa con círculos rojos marcando los únicos puntos del pueblo donde hay wifi.

Hasta te he dejado una *playlist offline* para que no mueras si el silencio te supera.

No le contesto, aunque no porque no quiera, sino porque no sé cómo. Solo me meto bajo las sábanas con movimientos lentos, como si mi cuerpo también estuviera aprendiendo a dejarse cuidar. El colchón se adapta a mí con una docilidad extraña, casi maternal, y la almohada huele a lavanda y a colonia de bebé, como si alguien hubiera intentado fabricar un refugio exprés solo para este momento. Cierro los ojos y siento cómo el peso del dolor que me invade se me cuela por la espalda hasta anudarse en la nuca. Kristen camina hacia la puerta y justo cuando está a punto de salir, se gira.

—Gracias —susurro, con una voz tan bajita que ni siquiera estoy segura de que haya salido de mi garganta.

—La próxima vez, que te graben un vídeo con consentimiento, asegúrate de que tenga mejor iluminación.

No me da tiempo a replicar. Solo me sale una risa ronca, breve, de esas que duelen en el pecho porque arrastran algo más que aire. Y mientras las lágrimas que no sabía que aún tenía me mojan las mejillas, Kristen cierra la puerta con ese cuidado que tienen los que se quedan, aunque no sepan cómo sostenerte.

Me quedo sola en la oscuridad o no tan sola, porque en algún rincón de mi cabeza ya me he metido en esa casita de tejado inclinado, mientras el viento mece las hojas de los árboles que le rodean. Me duermo agarrada a esa imagen como a un salvavidas silencioso, deseando que ese lugar exista, que nadie sepa quién soy y que pueda permitirme el lujo de ser cualquier cosa o, mejor aún, nada. Porque después de lo que ha pasado… el anonimato es un puto privilegio.

Capítulo 2

Audrey

El aire del aeropuerto de Dallas huele a desinfectante, a café de máquina y a perfume de *duty free*. Pero, sobre todo, huele a verano. De ese que se pega a la piel como si intentara colarse dentro. Llevo el vestido arrugado por las horas de vuelo, las sandalias desabrochadas desde la escala en Atlanta y el moño torcido como señal de guerra. Tengo los tobillos hinchados, los ojos irritados de no dormir y la garganta seca. Y, aun así, lo único que no puedo quitarme de encima es esta sensación de estar huyendo, aunque ya nadie me persiga.

En el mostrador de la empresa de coches de alquiler, la recepcionista me sonríe como si no supiera lo que significa querer desaparecer. Me entrega las llaves de un coche que parece más grande que mi apartamento. No me pregunta nada, se limita a señalar la salida con la amabilidad de quien ha visto pasar demasiada gente cansada, despeinada y a punto de romperse.

Cuando me siento al volante, dejo caer la frente sobre el volante. No para descansar, sino porque necesito convencerme de que todavía estoy aquí, que esto va en serio y que estoy a tres horas de Cactus Valley y no tengo un plan mejor. El coche huele a plástico nuevo y a limpiador de cuero. Enciendo el motor y dejo atrás la terminal con esa clase de torpeza que solo tienen los que no saben muy bien adónde van.

La autopista se abre como una herida caliente entre campos quemados por el sol. A un lado, estaciones de servicio con ventiladores gigantes y máquinas de hielo. Al otro, ranchos dispersos, anuncios religiosos, y una valla con la frase: «JESÚS SALVA. LA VELOCIDAD MATA». No sé si me da más miedo lo primero o lo segundo.

Conduzco sin música. No porque no quiera, sino porque la cobertura va y viene y el móvil ha decidido que hoy no tiene batería para aguantarme. Así que me resigno a conducir en silencio, con la

ventanilla medio bajada, el aire seco en la cara y esa extraña mezcla de ansiedad y alivio, que solo se siente cuando una parte de ti sabe que estás cruzando un límite del que no hay vuelta atrás.

Cuando por fin dejo atrás el último desvío asfaltado y el GPS empieza a parpadear como si estuviera asustado, me doy cuenta de que el paisaje ha cambiado. Ya no hay señales, ni postes de luz. Solo una carretera de tierra que se va estrechando entre colinas, árboles bajos y cercas oxidadas. El polvo entra por la ventanilla y se me pega a los brazos, al escote y al cuello. Noto el sudor correr por la nuca, aunque no me importa, porque o me estoy rindiendo o me estoy adaptando. No sé qué es peor.

La entrada al rancho no está señalizada. Solo veo un portón de madera con la inscripción Rancho Edwards marcada a fuego y una verja abierta que cruje con el viento. Frenar es un acto reflejo. No porque dude, sino porque no puedo evitar quedarme quieta un segundo, observando el lugar como quien entra en la escena de un crimen.

La que supongo que debe ser la casa principal es de madera blanca envejecida, con un porche largo lleno de macetas, sillas de mimbre y un columpio que se balancea muy despacio. Al fondo, un granero de tejado metálico y varios cobertizos desperdigados. Un perro duerme bajo el porche, que ni se inmuta cuando aparco.

Apago el motor y bajo del coche. Apoyo la espalda en la puerta del coche y respiro hondo. Hace un calor infernal, del que te obliga a sudar sin pudor y a dejar de fingir que todo está bajo control. Miro alrededor y veo que el cielo está despejado, pero parece denso, como si el tiempo aquí se midiera en polvo y sudor. Hay insectos que zumban entre los árboles, un tractor apagado junto a un cercado y un colgador de herraduras oxidado en la pared del granero.

Al mirar hacia la casa, veo una figura apoyada en la sombra del porche, medio escondida entre las columnas de madera, con una cerveza en la mano y la mirada fija en mí. No se mueve ni dice nada. Solo me observa con una intensidad que traspasa los metros

de distancia y hace que me sienta aún más desubicada de lo que ya estaba.

—Señorita Miller.

No es una pregunta sino una confirmación.

—¿Señor Walker? —le pregunto yo al vaquero de catálogo con camisa de cuadros ajustada, vaquero gastado, piel tostada y una expresión que dice «estoy cansado de todo», pero también «estoy aquí por si acaso».

—Sí —respondo casi un susurro, como si mi cuerpo aún no estuviera listo para articular palabras delante de él.

No se acerca, ni sonríe. Solo asiente con la cabeza y señala con la barbilla la escalera del porche.

—Pase.

Eso es todo. Ni un «¿qué tal el viaje?», ni un «me alegro de verla». Solo un monosílabo seco y la orden silenciosa de que me mueva. Supongo que es su forma de darme la bienvenida. Y aunque una parte de mí querría girarse, volver al coche y salir de aquí sin mirar atrás, hay otra que se mueve hacia el tal señor Edwards. Una que sube los escalones haciendo equilibrios para que el tacón de las sandalias no se quede clavado entre los huecos de los tablones de madera del suelo, el vestido arrugado y el corazón encogido como una prenda olvidada en la lavadora.

Cruzar ese porche es como traspasar una frontera y sin embargo… aquí estoy.

Después de seguir las indicaciones que me ha dado el señor Edwars, detengo el coche de alquiler entre una nube de polvo y el crujido de grava. Me quito las gafas de sol para ver mejor a través del cristal, aunque lo que tengo delante no necesita enfoque. Una verja de madera descolorida y un cartel pintado a mano con letras desiguales: «Hogar Edwards». Ni código QR, ni portero automático, ni timbre digital. Solo una verja abierta y una pista de tierra que parece sacada de una película de sobremesa, pero sin filtros. Supongo que esta debe ser la casa que he alquilado, tal y como me ha dicho el vaquero de catálogo.

Miro por el retrovisor con aire resignado. Me bajo del coche en silencio, abro el maletero y saco mi equipaje con esfuerzo. Cuando intento andar, noto como mis tacones se hunden, pero no un poco. No en plan «ay, qué gracia». Se hunde hasta la mitad en una masa de barro húmedo que parece que me succione el zapato hacia el centro de la Tierra. Siento el frescor pegajoso del barro entre los dedos. Miro abajo y veo cómo el lodo ha trepado por mi empeine, me ha salpicado y amenaza con conquistar mi pantorrilla.

—No me lo puedo creer —murmuro, mientras saco el pie con un ruido asqueroso que me recuerda al pegote del corrector cuando cae sobre el lavabo al dejarlo abierto. El tacón se queda atrapado y lo saco con dos dedos, como si manipulase un artefacto contaminado.

La maleta no rueda por el fango, por lo que tengo que arrastrarla. El asa vibra de forma irregular, quejumbrosa, como si también le pareciera fatal estar aquí. A mi alrededor, el campo todo me parece que tiene una extraña sensación de calma. Veo pastos suaves, colinas que parecen cubiertas de terciopelo y caballos a lo lejos moviéndose con una lentitud digna de imágenes de calendario.

—¿Quién, en su sano juicio, lleva una minifalda a una finca con animales? —resoplo—. Yo, claro. Audrey Miller. Ex diosa de las redes y actual despojo emocional con barro entre los dedos de los pies.

Sigo caminando y noto cómo el aire se me pega a las piernas con esa textura entre húmeda y cálida, que hace que erizarme la piel. Mis sandalias se han rendido, así que me las saco y camino descalza sobre tierra. Ahora, el suelo se ha vuelto más seca y mi maleta salta en cada piedra. Según avanzo me voy acercando a la casita. Es de madera clara, tejado inclinado y persianas pintadas de blanco. Hay macetas con flores silvestres en los bordes de la escalera. Un balancín de madera que se mueve con el viento y una butaca tejida con un cojín color mostaza. Todo parece demasiado bonito.

Cuando por fin llego frente a la casa, lanzo un largo resoplido y subo los tres peldaños con los pies sucios. Miro a mi alrededor, pero no veo a nadie. Bajo una piedra pintada a mano con

margaritas, encuentro una llave atada con un lazo fino de rafia. En la piedra, escrito en letras negras: «Bienvenida, señorita Miller».

Niego con la cabeza y la cojo. ¿No habría sido más normal que me hubiera dado la llave el señor Edwards cuando me ha indicado como llegar hasta aquí? Resoplo y niego con la cabeza antes de empezar a subir las escaleras. Cuando llego al porche, meto la llave en la cerradura. Gira con facilidad, abro la puerta y la empujo. El interior huele a madera limpia y a vainilla. La luz que entra por las ventanas laterales baña los muebles con una calidez suave y nada artificial. Hay un sofá de lino beige, una alfombra de lana gruesa y una mesa baja con un jarrón de flores frescas. La cocina es pequeña, funcional, con electrodomésticos que no parecen de exposición, pero que tienen encanto. La barra que separa el salón de la cocina tiene dos taburetes metálicos y altos.

Dejo la maleta junto al sofá y las sandalias. Camino descalza y siento el frescor de la madera en los talones. Me acerco a la nevera y la abro. Dentro hay huevos, mantequilla, leche y un tarro de mermelada casera. En la puerta, una nota escrita a mano:

«Te he dejado lo básico. Disfruta la estancia. Firmado: L. Edwards»

La caligrafía es firme y limpia. La verdad es que no sé quién es L. Edwards, aunque si el rancho se llama Rancho Edwards, supongo que debe ser alguien de la familia de los dueños. Aunque lo más importante es que me ha dejado mermelada casera y, ahora mismo, eso es lo más parecido al cariño que he recibido en días.

El suelo de madera cruje bajo mis pies, pero no me importa. Estoy sucia de tierra, de sudor y de una ansiedad que empieza a aflojar solo porque esta casa huele a algo parecido a hogar.

La primera habitación está a la izquierda. Abro la puerta y entra una ráfaga de aire fresco que huele a sábanas limpias y madera encerada. La cama es grande, con un edredón blanco y mullido que me tienta a tumbarme encima, pero con lo sucia que estoy, mejor será que me dé una ducha antes de tirarme sobre la cama. Las cortinas, finas, de lino lavado, se mueven despacio al ritmo del aire. Cuando me acerco a la ventana y miro a través de

ella, me sorprende que la vista que tengo del paisaje es digna de ser una postal: pasto, cielo y nada más. No hay nadie, ni un mal, solo espacio para que respire.

La segunda habitación es casi idéntica. Mismos tonos suaves e igual sensación de orden y de refugio. Abro el armario y dentro encuentro perchas de madera vacías. En el cajón inferior, una colcha doblada con una ramita de lavanda encima. No puedo evitar sonreír. Alguien aquí se ha tomado el detalle en serio y después de todo lo que he vivido, un poco de mimo invisible me parece casi milagroso.

Necesito una ducha. Más que eso: necesito una ceremonia de limpieza profunda, un ritual de espumas, aromas florales y agua caliente que me arranque la última semana del cuerpo y me haga olvidarla. Dejo mis cosas a un lado, me desnudo y cojo una toalla, cruzo el pasillo sin detenerme y localizo la puerta del baño al fondo. Mi cuerpo ya se prepara para sumergirse en una bañera victoriana con sales minerales, *playlist* de jazz suave y champú con olor a flor de naranjo.

Empujo la puerta sin llamar, pero justo en ese instante me detengo. Hay un hombre en la bañera y está completamente desnudo. Por suerte, está de espaldas y el agua cubre hasta la mitad de su torso, pero sus hombros anchos, la curva de su espalda y el movimiento lento de su brazo sobre el borde... me gritan que esto no puede estar pasando. Y antes de que tenga tiempo de procesarlo, él se levanta de la bañera alertado y lo veo… TODO.

Lanzo un grito desgarrado, agudo y salido desde lo más profundo del escándalo. Me echo hacia atrás y me pongo la toalla contra el pecho como si fuese una armadura. El corazón me late tan fuerte que creo que me va a atravesar el esternón.

Él, en cambio, no se inmuta y me mira directamente. El agua gotea por su pecho y tiene el pelo mojado y pegado a la frente. Su expresión es tranquila, pero sus ojos tienen un brillo que mezcla diversión con descaro.

—Esa toalla no te queda mal… aunque prefiero las vistas de hace un rato.

Me atraganto con mi propio grito.

—¿Quién coño eres tú? —chillo mientras intento cerrar la puerta—. ¡Esta es mi bañera!

Tropiezo con el marco al salir y me doy con el codo en la pared. Me sujeto el pecho con una mano y la toalla con la otra. Mientras el agua se oye salpicar detrás de mí. No sé si ese hombre está saliendo de la bañera, si sigue mirándome o si se está riendo. Probablemente las tres.

Vuelvo a gritar, me encierro en la habitación y me quedo de pie, temblando y con la espalda apoyada contra la puerta. Miro la toalla, el barro de mis pies y mi maleta a medio deshacer y pienso: «Si ese es el vaquero del pueblo… Houston, tenemos un problema».

Capítulo 3

Max

El camino hasta el rancho se extiende como una brecha sobre la tierra. Las ruedas de la camioneta levantan polvo seco, pero no el suficiente como para tapar el nudo que siento en el estómago desde que crucé la entrada del pueblo. Han pasado meses o puede que un año, porque no he contado los días, ni quiero hacerlo.

El sol cae recto sobre el capó, abrasando el metal, se cuela por la ventanilla y me pega la camiseta al pecho. Cuando doblo la curva que lleva hasta la casita del rancho, me tenso. Está igual que siempre. Las paredes tienen la madera desgastada por el paso del tiempo y el tejado está limpio, aunque hay algo no cuadra. Frunzo el ceño, reduzco la marcha y me detengo a unos metros de ella. En el porche continúa esa maleta moderna de carcasa brillante y pegatinas de unicornios, aguacates con gafas de sol y un corazón

con purpurina. En la barandilla del porche veo una toalla rosa y supongo que húmeda, porque parece que está ahí aireándose después de la ducha.

Apago el motor y me bajo de la camioneta. Al poner los pies sobre el barro, siento cómo el calor se me cuela por la espalda. Subo los peldaños del porche y aprieto los dientes. No porque esté cansado. Porque no tengo ni idea de lo que voy a encontrar al otro lado de esa puerta. Me acerco con pasos lentos y aprovecho para observar de cerca la maleta. El asa tiene restos de gloss rosa también. Me arrodillo y la toco con un dedo y toco esa sustancia brillante, caliente por el sol y pegajosa. No hace falta que more la etiqueta para saber lo que ya estoy pensando: ella continúa aquí.

Lanzo un resoplido. Esta casa era para mí, además mi hermano Lionel me lo prometió. Me juró que la dejaría libre y que cuando yo decidiera volver, estaría todo preparado: tendría mi espacio, la calma que necesito, cerveza fría en la nevera y, sobre todo, nadie tocando mis cosas.

Agarro el pomo de la puerta de entrada con fuerza y la abro. La puerta cede con un chirrido leve. Dentro, huele a algo que no me resulta nada familiar, pero que reconozco: coco, azúcar y, también, a algo floral. No huele a campo, ni a rancho. Huele… a ella.

La casa está ordenada, demasiado. Hay una chaqueta colgada en el respaldo del sofá de color beige, de lino y parece carísima, a juzgar por la etiqueta que asoma. En la encimera de la cocina hay una botella de agua con gas medio vacía, una bolsa abierta con frutos secos que parecen comprados en una boutique y un portátil encendido y en la pantalla veo lo que parece un editor de vídeo.

Me paso una mano por la barba y reprimo un gruñido. Doy media vuelta y salgo de la casa. No quiero empezar a gritar aún y menos montar una escena por una maleta y un bote de gloss, al menos, no todavía. Pero Lionel me va a oír, porque lo único que tengo claro es que esta casa es mía y la influencer gritona que ha invadido mi bañera todavía no lo sabe… pero se va a ir por donde ha venido, aunque tenga que recordárselo cada puto día.

Entro en la casa principal del rancho, donde vive mi hermano, con las botas llenas de polvo y la paciencia colgando de un hilo. Las paredes están igual que siempre, aunque veo que han repintado el zócalo. Miro a mi alrededor. No necesito que nadie me dé la bienvenida, pero quiero encontrar a mi hermano cuanto antes y preguntarle en qué momento dejó de tener dos dedos de frente.

—¿Lionel? —mi voz retumba desde la entrada con firmeza. A pesar de lo enfadado que estoy, grito.

Escucho pasos que se acercan desde la cocina y, al instante, aparece él, con su camisa de cuadros arremangada, una mancha de grasa en el pantalón y esa cara de tío que no ha dormido lo suficiente, pero que aun así sonríe.

—Vaya, el hijo pródigo ha vuelto —me dice mientras me abre los brazos—. Estás más flaco. ¿No te han dado de comer por ahí?

No respondo a su broma, ni a su abrazo. Simplemente le esquivo y voy directo al grano.

—¿Quién coño hay en la casita?

Su expresión cambia al instante al escucharme. Lo conozco demasiado bien. Se rasca la nuca, suspira y se apoya en el marco de la puerta con la boca fruncida como cuando se prepara para soltar una cagada.

—Hubo un lío con la aplicación de reservas —me explica sin mirarme—. Iba a cancelarlo, pero alguien lo confirmó justo cuando me despisté. Además, pensaba que llegabas la semana que viene y que tendría tiempo para arreglarlo.

Lo fulmino con la mirada y aprieto las muelas. Ni siquiera me molesto en disimular el gesto.

—¿Una aplicación? ¿Tú has alquilado la casa con una aplicación?

—Sí, tío, el rancho necesita ingresos extra. Además, tampoco sabíamos cuándo volverías y esa chica… bueno, estaba desesperada. Ha pagado un mes por adelantado sin preguntar mucho. Solo quería perderse en algún sitio donde no la conociera nadie.

—Y se ha venido a perder justo aquí. Genial —asiento con la cabeza y pongo los brazos en jarras.

—Es solo una chica, Max. Además, es tranquila, educada y no dará problemas. Puedes quedarte en casa de mamá mientras tanto. Le encantará tenerte por allí. Te hará bollos y te cuidará, eres su ojito derecho… Ya sabes.

—No. La casita es mía, así lo acordamos. Además, tú sabías que iba a volver y que nadie debía estar allí.

—Lo sé —responde bajando la mirada hasta la punta de sus botas—. No quería fastidiarte, pero fue un error. Te juro que fue un error.

—Pues se va a corregir. Hoy.

Lionel me mira con los brazos cruzados. No intenta convencerme. Sabe que cuando hablo así, no hay vuelta atrás.

—Solo te pido que no seas duro con ella. La chica está hecha polvo. Además, se nota que viene huyendo de algo. No le he preguntado de qué, porque no es asunto nuestro.

—Perfecto. Entonces no hará falta que se instale demasiado. Si está huyendo, mejor que continúe buscando un escondite mejor que Cactus Valley.

Salgo sin despedirme de la casa. Camino por el campo con el cuerpo ardiéndome, aunque no por el calor, sino por la incomodidad que me invade desde que he visto esa maleta ridícula y la toalla rosa secándose en la baranda del porche. Sin embargo, en ese momento, aparece en mi cabeza una imagen nítida del baño y de ella.

Recuerdo que entró como una bala con el pelo mojado pegado a la cara y la piel brillante por el calor. Recuerdo también la forma en que gritó y cómo me miró después. Como si yo fuese el intruso. Niego con la cabeza y, justo en este momento, me doy cuenta de que llevo rato caminando sin respirar del todo. Tengo el pecho tenso y las manos cerradas, por lo que me obligo a soltar el aire por la nariz y a tranquilizarme.

Sigo caminando y chasqueo los labios. No, esa mujer no es mi tipo. Al contrario, es justo lo que evito, porque es superficial,

ruidosa y, por lo que parece, vive pegada a un móvil. Todo lo contrario a la calma que he venido a buscar.

Pero no consigo sacarme de la cabeza la curva de su espalda cuando se agachó al salir corriendo y eso me cabrea. Porque mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza y ahora mismo no quiero deseo, necesito paz y tranquilidad. Y ella es justo lo que me puede joder las dos cosas y no voy a permitirlo. Sigo negando con la cabeza mientras camino hasta mi camioneta.

Si Lionel no la echa, pienso quedarme, aunque no para convivir con ella, ni de coña, si me quedo es para incomodarla tanto que acabe recogiendo sus trapitos brillantes, los meta dentro de su super maleta con pegatinas de unicornios y se suba al primer taxi que encuentre y desaparezca de mi casa, de este rancho.

Vuelvo a la casita al caer la tarde, con la mandíbula tensa y los nudillos aún marcados por la conversación con Lionel. No hay nada en este puto mundo que me saque más de quicio que las sorpresas y, mira por dónde, esta tiene nombre, purpurina, olor a coco y pinta de no haberse manchado las manos de tierra en la vida.

El calor se ha asentado sobre la tierra y el aire arrastra el polvo fino del suelo, olor a alfalfa recién cortada y algún resto de perfume que no cuadra con este sitio. Me acerco al porche sin hacer ruido no porque quiera espiarla, sino porque me cuesta creer que alguien como parece que es esta princesita de ciudad siga aquí.

Según me acerco a la casa, veo que está sentada en uno de los escalones, con las piernas estiradas, los pies descalzos y una toallita húmeda entre los dedos. Tiene los auriculares puestos y habla como si no hubiese un mañana gesticulando y moviendo las manos, ríe por lo bajo e inclina la cabeza hacia el hombro. Lleva unos shorts diminutos de algodón gris y una camiseta que parece sacada de un catálogo de ropa interior.

Me quedo quieto. A dos metros de ella y en silencio, aunque no lo hago por cortesía sino por estrategia. Cuanto menos sepa de mí, mejor. Cuanto menos hablemos, más fácil será que

recoja su maleta con pegatinas de aguacates y se largue. Pero el problema es que, aunque no le diga nada… mi cuerpo reacciona.

Tiene las piernas cruzadas de un modo que le deja medio muslo al aire. La piel le brilla. El pelo se le ha secado al sol y le cae por la espalda. Lleva las uñas pintadas de rosa pálido y una maldita toallita húmeda con olor a coco parece formar parte de una ceremonia, que no entiendo pero que no puedo dejar de mirar.

En este mismo instante, alza la mirada, me ve y se quita un auricular.

—¿Todo bien, vaquero? —me pregunta, con una media sonrisa que no me gusta nada porque lo dice todo sin decir nada.

No le contesto. Me limito a observarla y a clavarle la mirada en un intento de decirle que ni me interesa, ni me importa y, sobre todo, que nadie le ha invitado a estar aquí.

—Por si no lo sabías, el baño no tiene cerrojo —añade, mientras se abanica con la mano.

Suelta una risa leve como si se divirtiera.

—Así que mejor que nos duchemos por turnos. Yo seré la primera y te prometo no dejar restos de *glitter*.

Sin responderle, me doy media vuelta y entro en la casa. El sonido del ventilador me recibe como un zumbido de fondo. La casa huele a coco, vainilla y algo más dulce que no sé ubicar, pero que me resulta ajeno, invasivo y muy molesto.

Dejo las llaves sobre la encimera. Me quito el sombrero y voy al baño para echarme agua en la cara. Me miro en el reflejo del espejo del baño y, al hacerlo, no me reconozco del todo. Porque no entiendo por qué tengo los músculos de los hombros cargados, ni por qué respiro así y por qué percibo el olor de su piel sin haberme acercado ni un paso a ella.

No, esto no puede ser, tengo que lograr que se largue de aquí cuanto antes y así poder tener la calma y la paz que tanto necesito y que he venido a buscar al rancho de mi familia. Así que, cuanto más espacio ocupe, más incómoda estará y cuanto más incómoda se sienta, más rápido se irá. Entonces todo volverá a ser como debería haber sido desde un principio: paz, silencio, soledad y

una bañera sin un cuerpo lleno de deliciosas curvas flotando en mi cabeza.

La puerta cruje apenas la empujo con el antebrazo. El calor de fuera se mezcla con una brisa suave que entra por la ventana abierta del salón. Traigo los brazos cansados por haber estado cargando heno durante horas y el cuerpo empapado de sudor, polvo y cabreo. Necesito una cerveza y una ducha, en ese orden. Pero lo primero que escucho al entrar no es el sonido del frigorífico ni el goteo de un grifo mal cerrado, sino una voz. Su voz suave, cantarina y con un tono cursi que usan en los gimnasios caros o en los retiros espirituales con zumo *detox*.

—Inhala… abre el pecho… conecta con tu centro.

Me detengo en seco. El salón está lleno de luz y en el centro, sobre la alfombra que antes era mía, veo que ella se estira con una lentitud hipnótica. Las piernas rectas, el culo elevado, la espalda arqueada y los brazos extendidos al frente. Alzo una ceja sin dejar de mirarla. Lleva un *top* diminuto, ajustado al cuerpo, unas mallas finas, casi transparentes, pegadas a la piel como si estuvieran pintadas. Está de espaldas y todo su cuerpo se mueve con una cadencia que me resulta jodidamente difícil de ignorar.

No me muevo. Me quedo plantado, con el sudor bajándome por la espalda y sin saber si avanzar, girarme e irme a dormir al granero.

Ella sigue grabando con el móvil, que tiene apoyado sobre una caja, apuntándola. De fondo escucho una música suave, es algo instrumental con toques orientales. Y su voz, pausada, acompaña cada uno de sus movimientos:

—Exhala… siente cómo se suelta la tensión… deja ir lo que ya no sirve.

«Lo que ya no sirve». Eso lo dice mientras se dobla hacia adelante y sus caderas suben un centímetro más. Me agarro el cinturón y noto cómo el cuerpo me tira como si llevara una eternidad sin tocar a nadie. Como si esa piel que se insinúa bajo la tela fuese

un anzuelo hecho a medida para mi hambre y no debería ser así, porque no quiero, pero lo siento igual.

Ella se incorpora, se gira lentamente y me ve, pero no se inmuta, ni se tapa, ni se pone nerviosa. Solo me sonríe con una sonrisa ladeada, que sabe cómo utilizarla para marcar el límite exacto entre la provocación y la burla.

—Tranquilo, cowboy. Aún no he llegado a la postura del perro.

No digo nada, aunque podría hacerlo. Tengo la respuesta perfecta en la punta de la lengua. Algo entre sucio y cortante, pero me lo trago. Porque si hablo ahora, no respondo de mí.

Se queda sentada sobre los talones y las manos apoyadas en los muslos. El sudor le brilla en el escote y tiene un mechón pegado a la sien. No es perfecta, de hecho, no está ni maquillada y aun así, me cuesta apartar la vista de ella.

—¿Te molesto? —me pregunta, fingiendo inocencia.

—Tú sabrás. Estás grabando yoga o lo que sea que estés haciendo en una casa ajena.

—Te equivocas, estoy en una casa alquilada legalmente —Alza una ceja—. Pero tranquilo, puedo irme al porche. Seguro que a las vacas y a los caballos, no les importa observar mi elasticidad.

Me paso la mano por la cara. Necesito aire frío y algo que me saque esa imagen de la cabeza. Porque lo que he sentido no ha sido solo deseo, sino rabia también. Porque quiero que se largue, que desaparezca de aquí. Pero ahora mismo no estoy seguro de querer que deje de estirarse de esa manera, mientras yo la miro, en mi puto salón.

Cojo una cerveza del frigorífico. La abro y doy un largo trago, mientras me digo que tengo el control, porque una princesa de ciudad como ella no sobrevive ni tres días entre estiércol y silencio. Pero mientras me giro para ir a mi habitación, la veo de nuevo agacharse. El *top* se le sube y la piel le brilla por el sudor. Justo en este momento, me doy cuenta de que estoy muy jodido, porque no sé si quiero echarla o empotrarla contra la encimera de la cocina o las dos cosas a la vez, en el mismo puto segundo.

Capítulo 4

Audrey

El vapor del agua caliente aún se agarra a las paredes del baño y me siento como una langosta hervida cuando abro la puerta y atravieso el pasillo con el albornoz pegado a la piel. La toalla que me envuelve el pelo está torcida, pero no la recoloco. Llevo la mascarilla de arcilla puesta y una taza en la mano. Huele a lavanda y mentol, por lo que todo en este momento debería ser relajante estar en silencio, en paz, con aroma a spa y sin interrupciones, pero en la cocina me espera una escena muy diferente.

Max está apoyado contra la encimera, con una pierna cruzada sobre la otra, las botas polvorientas sobre el suelo de madera y una taza de café entre los dedos. Lleva la camisa ceñida al pecho, las mangas subidas hasta medio brazo y la expresión de un hombre que se ha tragado un trapo sucio en la cara. No me habla, ni se mueve y ni siquiera parece respirar y yo tampoco.

Me obligo a plantarme justo en el marco de la cocina, con la espalda recta y los labios apretados. La toalla que me envuelve el pelo, se me cae un poco más hacia la frente.

—¿Tú otra vez? —pregunto sin alzar la voz, pero con cada palabra tan afilada como una lima de acero.

No me responde, ni parpadea, ni hace el más mínimo gesto de disculpa.

—Voy a reformular mi pregunta —le digo, mientras me acerco un paso y sin apartar la mirada de sus ojos verdes—. ¿Qué haces dentro de esta casa?

Max deja la taza sobre la encimera con un movimiento tan controlado, que parece que quiera demostrarme que ni siquiera mi presencia consigue alterarlo.

—Estoy en mi casa.

—Pues deberías revisar el concepto de *mi casa*, porque hasta donde yo sé, esto es un alquiler legal. Con pago por adelantado y recibo digital —le digo con convicción en mis palabras.

—Mi hermano cometió un error. Esta casa nunca debería haberse alquilado.

—Pues tu hermano debería revisar sus dotes de negociación. Porque me ha aceptado un mes entero por adelantado, así que no me pienso mover de aquí.

Me observa con la boca cerrada, las manos apoyadas en la encimera y los hombros duros como piedras. No hay un solo gesto amable en su cuerpo, pero tampoco hay rabia sino una especie de desprecio frío que intimida.

—Puedes no pensarlo todo lo que quieras, pero esta casa siempre ha sido mía. Y no voy a irme a casa de mi hermano sólo porque una *influencer* urbanita necesite grabarse haciendo yoga con olor a coco.

—Ay, lo siento tanto... ¡No sabía que habías fundado una asociación anti-coco! —le suelto con una sonrisa tensa—. Te aviso que también tengo mascarillas de arcilla y sé usar difusores de aceites esenciales.

—Lo que tengo es un límite y a ti se te ha ocurrido cruzarlo.

—¡Uy, qué miedo! Pues qué pena, cowboy, porque esta princesita no piensa largarse.

Nos quedamos mirándonos. El aire entre nosotros está cargado, espeso de algo que ni el ventilador que da vueltas en el techo consigue mover. La tensión no está en lo que decimos, sino en lo que no estamos dispuestos a ceder.

—Perfecto —me responde al fin, con una voz tan suave que resulta mucho más amenazante—. Pero mientras estés aquí, las normas del rancho las pongo yo.

Me trago las ganas de lanzarle la taza a la cabeza y de decirle que se meta sus normas por donde no le da el sol. Pero, en lugar de eso, le dedico la mejor media sonrisa de mi repertorio. La misma que me ha servido en todas las presentaciones de marca y en

las reuniones de prensa con gente que me subestimaba por llevar pintalabios fucsia.

Me doy la vuelta y dejo que disfrute del movimiento de mis caderas bajo el albornoz. No porque quiera provocarle, sino porque me niego a ser la que tenga que tragar primero, porque esto acaba de empezar y pienso ganarlo.

Hay guerras silenciosas y luego está esta, que ni es silenciosa ni trata de serlo. Max no habla mucho, pero hace ruido. Cada vez que cruza el salón con esas botas inmundas cubiertas de barro seco, parece que esté trazando líneas de batalla. Atraviesa la estancia sin mirar, sin disculparse y sin entender que hay cosas que no se pisan, como una alfombra blanca de pelo largo o la paciencia de una mujer que ya ha aguantado demasiado.

Él se escuda diciendo que lo que hace no son más que «costumbres del campo». Mientras yo, en cambio, lo llamo sabotaje. Y si cree que voy a acurrucarme en una esquina con mi difusor de aromas y mi dignidad escaldada, va listo. No he sobrevivido a eventos de prensa, directores creativos con ego nivel dios y rupturas en directo para que un vaquero con problemas de expresión me arruine la estancia.

Así que voy a contraatacar con todo y empiezo con un baño de burbujas. No un baño cualquiera, no. Uno serio. De los que huelen a peonía, con sales minerales, espuma y velas aromáticas repartidas por el borde de la bañera. Pongo mi *playlist* de spa y dejo que la música invada el pasillo con toda la intención de que la oiga. También elijo la canción con flautas orientales que a él más parece molestarle. La misma que ayer mismo le pilló a medio camino entre el establo y la cocina y que le hizo mirar el altavoz como si estuviese invocando demonios.

A la mañana siguiente, extiendo mi esterilla rosa en el porche. Me pongo mis mayas favoritas, las que me moldean hasta el alma, y empiezo mi secuencia de estiramientos con la *playlist chill* que suena desde antes del amanecer. Oigo sus pasos, su gruñido y su suspiro resignado mientras silba bajando por la cuesta hacia los

caballos. Silba fuerte y a propósito intentando competir con el gong tibetano que se escucha a través de mi altavoz. Pero me da igual, porque no pienso apagar la música.

En la cocina, rocío mi bruma de coco y jazmín cada vez que entro y Max, cada vez que lo huele, estornuda. Le digo que es alergia a la ciudad, aunque él ni se ríe ni dice nada. Se limita a fregar los platos con una camiseta vieja que parece arrancada de un contenedor y luego, sin ningún pudor, se seca las manos en las cortinas del salón. ¡En las cortinas!

—¿Estás bien? —le pregunto una tarde mientras lo veo hacerlo.

—Estupendamente.

—Perfecto. Lo pareces. Áspero, manchado y sin ganas de convivir.

Me contesta con una ceja alzada. Se va sin darme el gusto de replicar. Pero al día siguiente, deja las botas justo frente al cuarto de baño y llenas de barro hasta en los cordones. No las aparta ni las limpia, porque, por lo que parece, esas es su forma de marcar territorio.

La mía es otra. Me encierro en el baño durante cuarenta minutos y salgo oliendo a mascarilla de pepino, piel hidratada y champú sin sulfatos.

Él se ducha sin cerrar la puerta con el agua helada, dando golpes, soltando bufidos y sin pudor. Tampoco se pone una toalla al pasar por el pasillo. Así que cuando sale al pasillo, totalmente desnudo y aún mojado, sale caminando como si todo esto fuera suyo y yo solo fuese la intrusa y no lo soy. Esa casa es tan mía como suya, porque he pagado su alquiler y, por tanto, es legalmente mía. Y si tengo que empaparla entera de esencias florales para recordárselo, lo haré.

Dormimos bajo el mismo techo. Compartimos cocina, nevera y ventilador, aunque no hablamos si no es imprescindible. Pero cada gesto es una declaración y mirada son señales de que esto es un pulso que ninguno está dispuesto a perder.

Él se mueve como un animal viejo y testarudo por la casa, mientras yo lo observo como si estuviera preparando un documental

sobre especies en peligro de extinción. Somos opuestos en todo. Pero cuando se cruza conmigo sin camiseta, con el torso cubierto de polvo y el ceño clavado en el suelo... hay algo que se tensa dentro, muy dentro. En un lugar que no controlo y no me gusta, pero está ocurriendo. Y no hay mascarilla, ni sesión de yoga, ni siquiera el spray de jazmín consigue disolverlo.

El cielo se ha vuelto de un gris espeso, que no presagia tormenta pero tampoco calma. La tierra huele a alfalfa y a algo que no se compra en frascos pequeños ni se encuentra en *playlists* para dormir. Me siento en el porche con una taza de infusión de jengibre y manzanilla, que no me apetece demasiado ahora mismo, pero que me ayuda a tener las manos ocupadas.

Llevo un kimono de satén suelto, con el lazo apenas hecho, y debajo solo unas braguitas de encaje color hueso que me hace sentir menos rota de lo que estoy. El pelo, lo llevo suelto y la piel, aún la siento impregnada de la bruma hidratante de azahar, que me he pulverizado hace un rato. Tengo el móvil apoyado en el muslo y la mirada perdida entre los campos oscuros que se extienden más allá de lo que me alcanza la vista.

Entonces, escucho sus pasos y Max aparece en el borde del porche con una botella de cerveza en la mano, una camiseta gris que le sienta de maravilla, el pelo revuelto y ese gesto que no termina de ser de enfado, pero tampoco de paz. Se sienta a unos dos metros de distancia de mí y no me habla, aunque yo tampoco.

El aire está cálido, cargado de la electricidad típica de un lugar que lleva horas aguantando el calor y a punto de soltarlo. No hay música *chill*, ni *playlist* que maquille esto. Solo el roce de su bota contra la madera envejecida del porche y mi taza que humea sin que yo la beba. Estornudo y él no dice nada, aunque se levanta, entra en la casa y, al instante, regresa con una servilleta de papel y me la tiende sin decir ni una sola palabra. Yo la cojo sin mirarle directamente.

—Gracias.

Le digo sin mirarle, pero lo sé: ese gesto le ha descolocado, porque no ha sido una provocación, ni un insulto sino algo tan cotidiano que se ha vuelto insoportable.

Me apoyo contra el respaldo, me cruzo de piernas despacio y dejo que el kimono se abra un poco más de lo necesario. No por estrategia sino desgaste, porque me está costando más de lo que quiero admitir mantenerme firme todo el tiempo.

Seguimos sin hablar, pero percibo que hay un inicio de tregua en su gesto en este momento, que no lo hemos pactado, pero que ninguno se atreve a estropear.

Me atrevo a mirarle por fin y veo que él está mirando hacia adelante. Su perfil parece tallado a cuchillo, pero veo que hay una arruga más cerca del ojo, que no estaba esta mañana. Está tenso, pero no a la defensiva, y también parece un poco cansado, o tal vez soy yo la que empieza a verlo distinto.

Apuro el último sorbo de la infusión y me paso la servilleta por debajo de la nariz. Siento que ahora no quiero entrar dentro de la casa, porque, en este momento, el porche es lo más parecido a un limbo, donde no somos enemigos ni extraños sino solo dos personas que han tenido un día largo y que, por una vez, no están dispuestas a guerrear.

Él da un trago a la cerveza y deja la botella a un lado. Se inclina hacia adelante, apoya los codos en las rodillas, se queda así sin decir nada. Sin dejar de observarlo, no puedo evitar pensar que a pesar de que una parte de mí querría estamparle el gel de ducha de árbol de té en su cara de vaquero malhumorado. La otra parte... está pensando que, con ese cuerpo, hasta podría empezar a perdonarle lo de silbar antes de las siete de la mañana frente a la ventana de mi dormitorio.

Capítulo 5

Max

Todavía no ha amanecido del todo. El cielo está cubierto por una capa de nubes bajas que apagan el color de las cosas, como si alguien hubiera bajado el brillo del día antes de tiempo. Salgo al porche enfadado con la intención de soltarle una buena a Audrey, porque ha vuelto a dejar el altavoz plantado en medio de la entrada, y esta vez sonaba una de esas listas de «despertar consciente», que parecen hechas para vender incienso. Una cosa pastelosa y sin alma que estoy convencido de que ha puesto de los nervios hasta al potrillo más tranquilo. No tengo claro si lo hace para provocarme, pero la próxima vez que la ponga, le entierro el móvil en el abrevadero y sin remordimientos.

Pero entonces la veo sentada en el escalón del porche, con una sudadera enorme que le cubre casi hasta las rodillas. El pelo suelto y unos calcetines a la altura de los tobillos. Tiene los codos apoyados en las rodillas y la mirada perdida entre los árboles. No me ha visto o eso parece. A pesar de que está llorando, lo hace en silencio y sin ningún gesto dramático. Solo tiene los ojos hinchados y se le escapa alguna que otra lágrima. Parece que ya ha aprendido a llorar en silencio, a hacerlo rápido y sin dejar rastro como si eso fuera parte de su rutina. Me jode ver eso. Me quedo quieto, como si mis botas se hubieran clavado al suelo, con el discurso que llevaba preparado haciéndome bola en la garganta. Me pican las ganas de decirle algo y me arde la rabia en el pecho, pero ahora mismo esa rabia no la siento contra ella, sino contra todo lo que la ha traído hasta este punto.

Podría darme media vuelta, fingir que no la he visto y dejar que siga creyendo que está sola en esto, pero no lo hago. Entro en la cocina sin hacer ruido y busco mi taza de siempre, la azul y con el esmalte desconchado en el borde, la que nunca presto. Preparo un poco de mi café preferido, el bueno, el que no comparto con los invitados, y lleno la taza hasta arriba. No le añado leche ni azúcar, como a mí me gusta.

Cuando vuelvo al porche, ella sigue en la misma postura, ajena a todo. Dejo la taza en la barandilla, a su alcance y no digo ni una palabra. No la miro, aunque no sé si es por respeto o porque no sabría qué hacer si nuestros ojos se cruzaran, y me voy.

No sé si ha sido un gesto amable o simplemente humano. Tampoco sé si lo ha visto. Pero, por una vez, no me ha salido quedarme al margen, ni quedarme callado del todo. Quizá solo necesitaba que supiera que no está tan sola como cree.

No debería estar aquí sino revisando las vallas del cercado norte o echando un vistazo al generador de agua del gallinero, que anoche sonaba raro. Pero llevo casi media hora apoyado en la puerta del establo, con la mandíbula tensa y los brazos cruzados, fingiendo que estoy haciendo un descanso, cuando en realidad llevo todo el día arrastrando la imagen de Audrey llorando con la mirada perdida, grabada en la memoria. Lo peor es que, ni siquiera, he sabido ni qué coño decirle. No la he reconocido así, porque no era la mujer de armas tomar que se ha mostrado frente a mí desde el primer día. Era otra. Una que no sé si quiero conocer o que me jode demasiado reconocer que me ha dejado tocado.

—¿No ibas a mover los fardos de alfalfa del fondo? —me pregunta Óscar, el encargado de los animales, desde la esquina del establo, sacudiéndose la tierra de las botas mientras saca el móvil.

—Ahora voy.

No tengo ganas de hablar y, por suerte, tampoco insiste. Camino hasta los compartimentos del fondo como un autómata, con los dedos apretados sobre el cinturón y la cabeza en otro sitio. Audrey ha estado todo el día callada, ni siquiera ha bajado a desayunar, y en el almuerzo ha aparecido con gafas de sol, gorra y el cuerpo en tensión, como si estuviera preparada para salir corriendo a la mínima. Ni me ha dirigido la palabra. ni falta que hace, porque, aunque no quiera reconocerlo, yo tampoco habría sabido cómo dirigirme a ella sin quedarme a medio camino entre el sarcasmo y las ganas de preguntar qué mierda le pasa o qué le ha sucedido para que esté así de triste.

Los fardos de alfalfa pesan menos de lo habitual o, quizás soy yo, que tengo la sangre acelerada. El caso es que ni siento el esfuerzo, porque tengo la cabeza en otra parte, como si la escena de esta mañana al amanecer hubiera agujereado el personaje que

Audrey se ha montado desde que llegó. Y ahora no sé si quiero pegar ese agujero o colarme por él. No dejo de pensar en la forma que tenía de encogerse cuando escuchó un ruido. En cómo su respiración se hizo más rápida, más superficial. Eso no es cansancio, ni el drama de una urbanita que no aguanta el campo. Eso es algo que no cuadra con el tono condescendiente con el que me hablaba antes. Ni con su empeño por llevar la contraria a todo lo que le digo. Algo se me ha colado entre la piel y no puedo sacarlo de ahí.

Vuelvo a salir al pasillo principal del establo y me quedo mirando el polvo suspendido en el aire. El olor a heno me da un puñetazo directo al pecho, porque me recuerda a las madrugadas en las que me tocaba dormir aquí con los caballos enfermos. A cuando tenía quince años y pensaba que, si alguien lloraba delante de mí, había que mirar hacia otro lado. Ahora no lo tengo tan claro.

—¿Te pasa algo? —me pregunta Clara, la trabajadora más veterana del rancho, desde la entrada, con el cubo en la mano.

—Nada.

—Pareces un ogro. Más de lo habitual, digo.

Me encojo de hombros y ella se ríe, como si le hiciera gracia pincharme. Se acerca, pero no le doy margen para seguir.

—Deja el cubo ahí. Yo me encargo.

—Vale, gruñón.

La veo marcharse por el rabillo del ojo y me esfuerzo por no pensar en lo que me ha dicho, pero sé que tiene razón. Estoy más seco, más tenso y callado de lo habitual y todo por culpa de una mujer que no debería afectarme más allá de lo estrictamente profesional. Una mujer que se presentó como un torbellino con gafas de sol caras, con una manera de hablar atropellada y una sonrisa perfecta, que usa como escudo. Una mujer que ahora no sé si es valiente, temeraria o está rota por dentro y lleva demasiado tiempo fingiendo que no le sucede nada.

La misma imagen regresa a mi cabeza en el momento exacto en el que parpadeó despacio, como si cada pestañeo le costara un mundo, estuviera en un lugar muy lejano y no quisiera volver.

Algo que no me gusta se remueve dentro de mí, porque me recuerda a cuando las cosas me importaban más de la cuenta y permitía que se me notaran, y cuando creía que podía arreglar lo que otros habían destrozado, pero al final no era así. Pero no pienso ir por ahí otra vez, aunque tampoco puedo fingir que no la vi temblar cuando se quedó sola y que no me ha jodido no tener ni puta idea de qué hacer mientras ella respiraba como si le doliera el aire que entraba en sus pulmones.

Respiro hondo, me paso la mano por la nuca y me obligo a concentrarme en algo mecánico del trabajo que tengo por hacer. Los caballos necesitan pienso y el almacén está sin revisar desde hace días. Voy haciendo la lista mental mientras me muevo por el establo, como si cada tarea fuera una excusa para no pensar en Audrey y no regresar a las escaleras del porche donde, por un instante, el mundo pareció quedarse congelado.

Pero no logro diluir esa imagen de mi cabeza y lo peor es que no sé si quiero que se vaya.

El sonido seco de las pisadas sobre la gravilla suelta acompaña mi entrada al establo, pero no hay ni un alma dentro. Solo el eco de los cascos impacientes de Billy, el caballo más joven del rancho, el resoplido inquieto de las yeguas y ese aroma inconfundible a heno seco, cuero y trabajo. El sol ya empieza a caer y la luz entra oblicua por la puerta entreabierta del fondo. No hay nadie observándome, pero me doy cuenta de que respiro más lento, como si intentara sacudirme algo que se me ha quedado pegado por dentro desde que la encontré sentada en las escaleras al amanecer, con los hombros caídos y esa forma de mirarse las manos como si no supiera qué hacer con ellas. Esa mujer con los ojos llenos de sombra, tan distinta a la que me desafía cada vez que me cruzo con ella.

Cierro la puerta con un leve empujón y el chirrido de las bisagras se cuela entre los establos y alguno de los caballos sacude la cabeza, nervioso. Me acerco a la parte del fondo, donde guardamos los arneses y las monturas. Recoloco las piezas que los peones han dejado mal colgadas, repaso las mantas que hay que

lavar y limpio la hebilla de uno de los bozales. Movimientos que conozco al milímetro y que he repetido durante años. Pero hoy no hay rutina que me saque este nudo raro que me raspa en el estómago.

Suelto un bufido y me paso la mano por la nuca. El calor me ha empapado la camisa y me la quito sin pensarlo y la dejo sobre el banco de madera. Necesito sentir el aire en la piel, aunque huela a estiércol y a grasa de silla. Me agacho para recoger una cincha caída y entonces vuelvo a ver la versión rota de una mujer que se me había presentado como un puto vendaval arrogante. Qué coño le ha pasado. ¿Y por qué me importa tanto?

Empiezo a cepillar a Bonnie con movimientos lentos y firmes. La yegua se tranquiliza al instante y me deja repasarle el lomo sin apartarse ni un paso. Me centro en la presión de las cerdas y en el leve temblor que le recorre la piel cuando le paso el cepillo por la grupa. Es lo único que me calma. Aunque hoy tampoco funciona del todo, porque Audrey vuelve a aparecer dentro de mi cabeza con el cuerpo encogido y con lágrimas rodando por sus mejillas. Ha hecho como que no me veía. No lo sé, pero había algo en su forma de estar sentada que no era puro agotamiento sino algo más sucio y profundo. Algo que se parece al miedo, aunque imagino que ella nunca lo admitiría.

—¿Quién coño eres, rubia? —me pregunto para mí sin dejar de cepillar a Bonnie.

Porque no puedes ser solo la tía que entró pisando fuerte y me suelta que el café está aguado o que mi acento parece sacado de una peli mala del oeste. No puedes ser solo la que se niega a preguntar cuando se pierde por los senderos y luego vuelve jadeando, pero con la barbilla en alto. No puedes ser solo eso si hoy te has sentado en las escaleras del porche a esconderte del mundo para llorar como una niña a la que se le ha roto algo por dentro.

La idea de hablar con alguien de esto ni me pasa por la cabeza. No se lo voy a contar a nadie. No tengo palabras para explicar lo que me ha despertado cuando la he visto ahí y, aunque las tuviera, no las diría en voz alta. No soy ese tipo de tío. No soy de

los que comparten lo que no entienden. Yo me limito a observarlo, masticarlo y después decido si lo dejo entrar o lo entierro.

El sonido de unos pasos al otro lado de la puerta del establo me pone en alerta. Me acerco a la puerta entreabierta y la abro solo lo justo. Audrey cruza por delante con un par de botellas en la mano y la mirada fija en el suelo. No me ve o hace que no me ve, igual que esta mañana. Esta vez lleva el pelo suelto y un vestido largo, de esos que le rozan los tobillos con cada paso que da. Sin duda, ese es el tipo de vestido que no se pone alguien que quiere pasar desapercibida. Sin embargo, hoy parece que no camina como si se sintiera guapa, sino como si el vestido le pesara.

Me aparto de la puerta antes de que me pille mirándola y me paso la mano por la cara, frustrado.

—¿Qué coño me pasa contigo? —musito para mí.

Recoloco las sillas en el rincón del fondo, organizo las monturas con más ímpetu del necesario y limpio de más. Pero cada gesto me lleva de vuelta a esta mañana en las escaleras del porche a su gesto lleno desde tristeza y que no me ha dejado tranquilo desde entonces.

¿Qué te ha pasado? ¿Quién te hace llorar así? ¿Y por qué siento que, si me lo contases, me dolería más a mí que a ti? No lo entiendo. Sin embargo, ha cambiado algo que no tiene vuelta atrás. Porque, desde hoy, ya no quiero ganarle ningún pulso ni dejarla en evidencia. No deseo que se vaya de aquí con la cabeza alta, porque, aunque no lo diga, algo dentro de ella se está rompiendo. Y, joder, me cuesta más de lo que pensaba no levantar la mano y decirle: «Aquí estoy».

Pero tampoco quiero convertirme en otro gilipollas más que intenta salvar a una mujer que no le ha pedido ayuda. Así que me callo, me escondo tras mis tareas y me invento urgencias en el establo y rutinas que ya no necesito. Pero cuando vuelvo a verla, cuando cruza por delante de mí sin mirarme y con la mirada huidiza, sé que ya no soy el mismo que antes, porque algo se ha metido en mi pecho y me ha cambiado.

Salgo al patio y la brisa me seca el sudor. El cielo empieza a tornarse violáceo y las primeras luces del rancho se encienden. El

polvo flota en el aire y los grillos empiezan a cantar a lo lejos. Me apoyo en la barandilla de madera y me dejo caer en el banco del porche. Me quedo ahí, con las botas manchadas, los brazos desnudos y la mandíbula tensa. Pienso en Audrey, en el porche, en sus mejillas surcadas de lágrimas y en lo que ha dejado en mí esa imagen. Entonces me doy cuenta de que ya no quiero evitarla, sino que quiero verla otra vez, pero verla de verdad. Porque quiero saber qué esconde la chica que se atreve a retarme con los ojos y luego se rompe donde nadie la ve. Porque, desde hoy, ha dejado de ser solo una huésped. Además, lo que ha despertado en mí ya no se parece en nada a la guerra que ha habido entre ella y yo hasta esta mañana.

Capítulo 6

Audrey

Tengo arena en el sujetador. ¡Arena! No sé cómo ha llegado hasta ahí, pero la noto cada vez que me muevo y no es arena fina de playa paradisíaca, no. Es polvo reseco, de ese que se te pega al sudor y te hace sentir como si llevases puesta una lija en vez de encaje caro. ¿Quién me mandaría a mí prestarme como voluntaria para colaborar en las tareas del rancho? Llevo horas tragando tierra, mientras intento que una vaca obesa y estúpida se mueva tres metros para poder cerrar una puñetera valla. Además, el vaquero que me acompaña, un ser humano con cero habilidades sociales y

una expresión facial digna de una tabla de planchar, solo ha abierto la boca para decirme: «No le grites. Se estresa».

—¿Tú quieres ver lo que es estresarse? —le he respondido con una sonrisa tan tensa que he sentido el músculo de la mandíbula crujir.

A estas alturas de la mañana, tengo el pelo recogido en lo que era un moño decente y ahora es un nido sostenido con una cuerda de embalar que me ha prestado el gruñón del establo, los brazos arañados por las vallas y una línea de sudor bajándome por la espalda que me recuerda con cada paso que doy, que he cometido el peor error de mi vida viniendo aquí.

Mi móvil sigue vibrando, cada vez que le desactivo el modo avión como una maldita maldición gitana digital. Cada vez que lo saco del bolsillo, la pantalla sigue ahí: congelada en la última notificación que no quiero abrir. Un pantallazo con mi cara de susto, medio llorando, medio jadeando, con la base de maquillaje hecha un cuadro y las pupilas dilatadas. Captura perfecta del momento exacto en el que mi vida se fue al carajo en directo. El vídeo no deja de moverse por redes. Cada día tiene más visitas, más comentarios, más filtros burlones, más imitaciones y más odio gratuito. Me he convertido en un meme internacional y ni siquiera tengo control sobre lo que se dice de mí.

Tengo tantas ganas de romper algo que me duelen los nudillos. Así que camino sin rumbo y sin mirar el mapa. Solo quiero aire. Aunque sea del que huele a estiércol, a sol pegado al asfalto y a flor mustia. La calle está casi vacía, pero escucho un par de voces al fondo, risas apagadas y una radio mal sintonizada en alguna ventana abierta. Doblo una esquina y me detengo al ver un árbol viejo con el tronco rugoso, como si el sol de Texas lo hubiera estado castigando durante siglos. Justo ahí, clavado con una chincheta azul, hay un cartel de papel reciclado, que parece haber sobrevivido a varias lluvias y algún perro meón.

«CLASE DE YOGA GRATUITA – DOMINGO, 10:00 H.
Trae agua. Dignidad opcional».

Parpadeo y me cruzo de brazos.

—Fantástico. La secta de los «Ommm rurales» también tiene jefe de marketing —murmuro.

El cartel se mueve un poco con la brisa mientras sigo con la mirada fija en él. La letra es rápida, de rotulador grueso negro y ligeramente torcida hacia la derecha. Tiene algo de rebelde y de no tomárselo demasiado en serio, igual que la nota en sí. Eso me jode, porque algo en mí se mueve también. Un milímetro, pero se mueve.

Podría seguir andando e ignorarlo, hacerme la dura, buscar una cafetería donde pedir algo frío y encerrarme en el baño a gritar. Pero hay algo en este camino de piedras blancas, en la casa de madera oscura con porche ancho que se adivina al fondo, que tira de mí. No sé si es curiosidad, masoquismo o el instinto de una mujer que está a una crisis emocional de distancia de convertirse en una leyenda urbana. Pero allá voy.

Cruzo el sendero y oigo cómo las piedras crujen bajo mis sandalias. Me saco la cuerda del moño y dejo que el pelo me caiga como pueda por mi espalda. Me arde el cuero cabelludo y me pican los muslos. Tengo la camiseta pegada a la espalda y los tirantes del sujetador me están dejando marcas de guerra.

Al llegar al porche, lo primero que veo son las esterillas. Hay cinco repartidas como si alguien las hubiera lanzado al azar. No están alineadas, ni limpias y ni siquiera parecen del mismo material. Una tiene manchas de lo que espero que sea barro seco y otra lleva dibujado un gato haciendo el saludo al sol. En la barandilla hay toallas colgadas y una jarra de cristal con agua y rodajas de pepino flotando. Sabe Dios cuántas manos deber haber tocado eso.

Pero lo que más me impacta es que no estoy sola. La escena me pilla a traición. Yo solo iba a caminar, airearme y a fingir que los carteles de yoga rural con letra de rotulador no existían. Pero he girado por el camino de piedras, porque necesitaba que mis pies hicieran algo distinto a dar vueltas en círculos, y ahora estoy aquí como una idiota frente a una casa de madera con un porche ancho, rodeada de árboles con ramas que crujen al compás del viento y un puñado de mujeres que me miran como si esperaran algo de mí.

Cinco, concretamente. Sentadas sobre esterillas raídas, con el pelo recogido de cualquier manera y camisetas anchas que

podrían haber sido de sus ex. No se esfuerzan en parecer espirituales ni relajadas. No hay incienso, ni música de flautas, ni esa atmósfera impostada que me pone nerviosa solo de pensarla. Hay pájaros que cantan, olor a césped y una humedad pegajosa que me aplasta el pelo contra la frente. Y, aun así, algo en esta imagen tiene sentido.

En él está la pelirroja sentada con las piernas cruzadas y los brazos apoyados en las rodillas, como si no tuviera prisa por nada. Tiene pecas apagadas por el sol, arrugas finas en los párpados y un cuerpo que ha vivido mucho más de lo que se molesta en contar. Me mira sin pestañear, ni mover ni un músculo, como si llevara toda la vida esperando que alguien como yo apareciera por esa curva del camino.

—¿Vienes a juzgar o a respirar?

Su voz seca, sin adornos y sin sonrisa me atraviesa sin esfuerzo. Me aclaro la garganta antes de responderle.

—A mirar. Lo de respirar ya lo hago gratis.

No se ríe, pero hay algo en su gesto que se relaja, como una cuerda que deja de apretar.

—Entonces hoy puedes quedarte. Pero si decides quedarte más días en este pueblo, recuerda una cosa.

—¿Cuál?

—Aquí las únicas que no sudan son las vacas de madera que decoran la quesería de Maggie.

Las otras sueltan una carcajada que rebota contra los árboles y vuelve hasta mí como un eco. No tengo ni idea de quién es Maggie, pero sonrío, porque por una vez no tengo que fingir que algo me hace gracia, simplemente me hace gracia. Y eso, últimamente para mí, ya es todo un logro.

Tessa, que ahora sé que se llama así porque una de las mujeres la llama por su nombre mientras le lanza una toalla, se pone de pie sin hacer ningún ruido. Me tiende una esterilla sin decir nada, y yo, contra todo pronóstico, la acepto. La extiendo en el extremo del semicírculo, a una distancia prudente, y me siento. Mis vaqueros me tiran de las corvas y la camiseta de tirantes se me ha quedado pegada a la espalda, pero me siento.

Durante los primeros minutos no sucede nada. Tessa no habla y las demás cierran los ojos. Y yo, que debería estar pensando en mi móvil, en los mensajes y en las notificaciones que se acumulan como una tormenta al otro lado del modo avión, no pienso o, directamente, no pienso en eso. Solo noto la respiración irregular que no me atrevo a controlar y la suave brisa rozándome los brazos.

—Esto no es yoga —dice Tessa de pronto y sin abrir los ojos —. Esto es un pacto.

Nadie le responde, pero todas seguimos ahí. Como si sí lo supiéramos y hubiéramos venido por eso, aunque no tuviéramos ni idea de cómo explicarlo.

—El cuerpo no miente —continúa—. Puedes disfrazarte por fuera, ocultar lo que te hicieron, lo que hiciste o lo que no fuiste capaz de evitar. Pero cuando cierras los ojos, la verdad se cuela por los huecos y si no quieres verla, te quedas quieta. Pero si te atreves a moverte...

Deja la frase en el aire y yo trago saliva, porque en ese hueco que deja hay un vértigo que reconozco en el pecho, en los muslos y en la garganta.

Me tumbo despacio con los ojos aún abiertos. El cielo tiene un azul apagado, casi triste, como una sábana que se ha quedado demasiado tiempo tendida al sol y observo que hay una nube que se estira hacia la derecha. Cierro los ojos. No porque sea lo que hay que hacer, sino porque ya no quiero ver la nube.

Escucho las respiraciones, los suspiros, algún crujido de rama o de articulación y nada más. Y por primera desde que llegué, no siento que estoy corriendo de un lado a otro como pollo sin cabeza, ni fingiendo, ni escondiéndome. Simplemente estoy aquí sobre una esterilla ajada, rodeada de desconocidas que no esperan nada de mí y tengo la sensación de que el mundo, por un momento, no me resulta tan pesado.

Cuando abro los ojos, no sé cuánto tiempo ha pasado. Pero Tessa me está mirando y esta vez sí sonríe, aunque no mucho, pero lo suficiente.

—Bienvenida, neoyorquina.

Y lo dice como si supiera que yo no estaba buscando nada, pero algo me ha encontrado a mí y no sé si quiero reír o llorar. Así que me limito a respirar. Por fin.

La clase termina sin un aplauso, sin una frase final ni una postura triunfal. Solo el ruido suave de las esterillas al enrollarse, alguna risa apagada y un par de besos en las mejillas, que no suenan a despedida, sino a complicidad. Las mujeres recogen con la calma que solo tienen quienes no necesitan demostrar nada y yo me quedo un poco más, fingiendo que no encuentro mi esterilla. Recojo otra, una que no es mía, con un dibujo medio borrado de un sol en la esquina. Me entretengo en eso, en doblarla con cuidado, en sacudirle los restos de césped seco, como si no tuviera nada mejor que hacer. Pero en realidad estoy esperando, aunque no sé a qué o a quién.

Tessa me observa desde la puerta del porche. Tiene los brazos cruzados y la cabeza ligeramente inclinada. Me hace un gesto leve con la barbilla, como si dijera «ven» sin decirlo en voz alta. Y yo voy, porque quiero y porque la clase ya ha terminado, pero siento que algo no ha acabado del todo.

Entro en la casa con la sensación de estar cruzando una frontera invisible. Dentro huele a algo cálido. No es perfume ni comida es un olor que me acoge. El suelo cruje lo justo para que no olvides dónde estás. Las paredes no están decoradas, pero hay una pizarra con una frase escrita en tiza blanca: «Hoy no hace falta entenderlo todo». La letra es desigual, como si la hubiese escrito deprisa.

La cocina no es grande, pero es de esas cocinas que te dan ganas de sentarte sin preguntar. Hay una mesa de madera envejecida, una silla con una manta de lana colgada por el respaldo, y varias tazas distintas, ninguna igual a otra. La que me coloca frente a mí tiene margaritas pintadas a mano. Tessa no dice nada. Saca una tetera del fuego y sirve el agua sin prisas, me tiende la taza y se sienta enfrente. No pregunta cómo me llamo, ni me dice si tengo cara de haber dormido poco, ni me suelta ninguna frase de autoayuda recortada de una revista de aeropuerto. Solo se queda frente a mí, como si eso bastara.

—No hace falta que hables —me dice con voz suave—. Pero si algún día quieres soltar todo eso que te preocupa… este rancho aguanta muchas más cosas de las que parece.

El té me quema un poco la lengua, pero no aparto la taza. Me quedo con ella entre las manos sin decir nada. No hace falta. Hay algo en sus palabras que se me ha quedado pegado por dentro, como una nota que alguien deja en el bolsillo de un abrigo para cuando venga el frío.

Miro por la ventana. Los árboles del fondo se agitan con el viento suave y hay un columpio de cuerda colgado de una rama gruesa y vacío.

—¿Llevas mucho aquí? —pregunto por fin, más para probar el sonido de mi voz que por necesidad real de saberlo.

—Depende. —Tessa enarca una ceja—. ¿Aquí en este porche, en esta cocina o aquí dentro de mí?

La miro. No sé si me está tomando el pelo o si habla en serio.

—Supongo que en el pueblo —aclaro, bajando la mirada al vapor de la taza.

—Demasiado como para querer irme. Pero no tanto como para haberlo entendido todo.

Sus ojos no buscan los míos, pero están atentos. Como si registraran cada músculo de mi cara y cada duda que se me cruza por dentro. Me doy cuenta de que respiro más despacio y de que no estoy pensando en lo que debería hacer después, ni en lo que debería haber dicho antes. Solo estoy en esta cocina escuchando a una mujer que no me debe nada, pero me está dando algo.

—¿Quién escribe lo de la pizarra? —le pregunto, por rellenar el silencio, pero también por curiosidad.

—A veces yo, otras alguna de las chicas. Hay días que no pongo nada, porque también está bien no tener nada que decir.

Asiento y me llevo de nuevo la taza a los labios. El sabor del té me llega por capas: primero el calor, luego el toque picante del jengibre, y después la suavidad de algo que no reconozco, pero que me gusta. Como estar en un sitio nuevo sin sentirme extraña.

—Gracias —susurro, aunque no sé si me ha oído.

Pero Tessa levanta la mirada. Me sonríe y sé que esa es su respuesta.

Después de la clase, del té y de esa especie de tregua emocional que no sé en qué momento se ha firmado, vuelvo a casa con la sensación de haber vivido algo a lo que no soy capaz de ponerle nombre. No es una epifanía, ni un cambio radical, pero siento que hay algo distinto en mi forma de caminar y en el peso de las llaves dentro del bolsillo del pantalón. El rancho sigue igual que antes: las contraventanas de color blanco, el porche lleno de polvo y esa puerta que cruje, aunque la empujes con cuidado. Pero yo ya no me siento igual.

Cuando llego a casa, me quito las deportivas, bajo a la cocina descalza y saco del armario una bolsa de galletas de avena con chocolate. Las como sin culpa, sin excusas y sin contar cuántas llevo. Estoy sola, viva y, por una vez, eso basta.

Cuando me acabo las galletas, llamo a Kristen, porque si no se lo cuento a ella, reviento.

—¿Estás viva o ya te han secuestrado en una secta de vaqueros sin camiseta?

Su voz sale disparada del altavoz con ese tono medio burla medio preocupación que solo ella consigue sin sonar cruel. Me echo sobre la silla, con las piernas cruzadas sobre la mesa, y dejo que la risa se escape de mi garganta.

—Viva, aunque a duras penas. Pero sí hay vaquero sin camiseta. Lo vi… así. Literalmente desnudo y en el baño. Nada más llegar.

—Por favor —Se escucha el golpe sordo de algo en su lado del teléfono—. Dime que estaba bueno.

—Peor. Estaba buenísimo. Cuerpo de pecado mortal, bíceps de gimnasio y mandíbula de acero.

—Tía… ya te lo digo yo: quédate.

—¿Con él? ¡Si es un imbécil!

—No he dicho que te cases con él, solo que te lo tires.

—Pues antes pienso vengarme. Me dijo que él no se va de esta casa, que este sitio es suyo. Y que no piensa irse a casa de su hermano, aunque yo haya alquilado esta casa. Pues muy bien, pero no se lo voy a poner tan fácil.

—¿Vivís bajo el mismo techo?

—Sí, cuando llegué me lo encontré en el baño.

—¿Desnudo?

—¿Has visto a alguien ducharse con ropa? —me rio.

—Tienes razón —se carcajea mi amiga.

—¿Lo dudabas?

—¡Eso nunca! Bueno y entonces… ¿Qué vas a hacer?

—Quitarle lo que más valora: la ducha.

—¡Qué mala! —se carcajea divertida— ¿Cómo?

—Literalmente. Mi difusor de aceites bloquea el paso del agua. No me digas cómo, pero… funciona.

Kristen suelta una carcajada tan fuerte que tengo que alejar un poco el teléfono.

—¿Me estás diciendo que has usado un truco de TikTok para sabotear a un vaquero buenorro que vive contigo?

—Exacto y me siento como una diosa antigua con poderes domésticos.

—Audrey, juro que, si no te lo follas antes de final de semana, voy para allá y lo hago yo.

—¡Eres una loca! —me rio divertida.

—Y tú una cobarde. ¿Me vas a decir que no te pone?

Muerdo otra galleta, masticando con la boca llena.

—Tiene algo. No te voy a mentir, pero también tiene esa actitud de «yo soy el rey del mundo» que me revienta.

—Lo que te revienta no es su actitud, es que te atrae y eso te da miedo.

—No me da miedo. Me da rabia.

—Es lo mismo. Solo que una tiene más brillo en los ojos.

Nos quedamos en silencio unos segundos, aunque no me siento incómoda, pero este es el tipo de pausa que compartes con alguien que sabe demasiado. Y no necesita más explicaciones.

—¿Cómo estás tú? —le pregunto, cambiando de tema.

—Muerta de envidia y con la regla. Así que imagina el cuadro.

—¿Te mando galletas de avena y chocolate?

—Mándame fotos del vaquero y entonces hablamos.

Me río de verdad y sin que duela. Me río sin que tenga que justificar por qué y eso me sorprende, porque hace mucho que no me pasaba, desde antes de que todo se derrumbara en cadena.

—Prometo enviarte una si lo pillo en el establo sin camiseta —le digo.

—Con sudor en la espalda y cara de haber domado una yegua. Por favor, Audrey. Dame esa alegría.

—Eres lo peor.

—Y tú estás volviendo a ser tú, aunque aún no lo sepas.

Nos despedimos sin dramatismos. Solo con un «te quiero» y la promesa de hablar al día siguiente. Dejo el móvil sobre la encimera, recojo las migas de las galletas y las lanzo al cubo con la sensación de sentirme extrañamente ligera. Subo las escaleras sin pensar demasiado en nada y me meto en la ducha antes de que se haga de noche. El agua sale templada, más tirando a fría que a otra cosa, pero no me importa. Me lavo el pelo con un champú que huele a cítricos y salgo con la piel erizada y el cuerpo más ligero. Me envuelvo en una toalla blanca, de esas que no absorben bien pero cubren lo justo, y vuelvo a la habitación con el pelo empapado y las gotas bajando por los omóplatos. Después de unos minutos, escucho unos pasos rápidos, un golpe seco y luego una maldición, escupida desde algún punto del pasillo con una furia que podría fundir metales.

—¡Joder! ¡Pero qué mierda…!

Y antes de que pueda pensar en coger algo que me cubra más que esta toalla mal enrollada, la puerta se abre de golpe. Frente a mí está Max empapado, furioso y medio desnudo. Tiene el torso reluciente, los músculos marcados y cientos de gotas de agua corriendo por su piel como si supieran exactamente por dónde pasar para provocarme. Lleva solo un bóxer negro pegado al cuerpo, completamente mojado, con el elástico bajo las caderas y una expresión entre desconcierto homicida y urgencia primitiva. No sé

qué parte me impacta más: el estado en el que está o el hecho de que ha irrumpido así, sin avisar, en mi cuarto.

—¿¡Has tocado mi ducha!?

—¿Has roto la puerta!?

—¡¿Qué coño has hecho con el agua!?

—¡Tú qué coño haces medio desnudo en MI habitación!

Ni uno da un paso atrás. Solo nos miramos, respiramos fuerte y nos odiamos con tanta intensidad que casi se puede saborear el olor que hay en el aire a piel mojada, a rabia acumulada y a algo que empieza a hervir muy por debajo de donde se notan las cosas. Entonces llega ese segundo en el que el deseo entra sin llamar por las rendijas del enfado, por las grietas del orgullo y por ese espacio ridículo entre su pecho y el nudo flojo de mi toalla.

Él me mira de arriba debajo de forma lenta y sin disimulo con la mandíbula apretada y la respiración agitada. Yo intento mantener la mirada en sus ojos, pero algo en mi cuerpo actúa por su cuenta y baja hasta la línea que marca su abdomen. Hasta esa gota que resbala justo en el centro y desaparece bajo la cintura de su bóxer y vuelvo a subir la vista con las mejillas en llamas. Cuando nuestros ojos se cruzan de nuevo, ya no hay nada inocente en ellos.

Él da un paso y yo no retrocedo. No decimos nada, pero todo vibra, tiembla y amenaza con romperse.

—¿De verdad has saboteado la ducha?

—Me gusta el olor a lavanda. —Intento sonar sarcástica, aunque no me sale tan bien como esperaba.

Se le escapa una carcajada baja y áspera. Y no sé si me quiere estrangular o besar. Yo tampoco estoy segura de lo que quiero hacerle. Pero sea lo que sea, no va a ser suave.

—Estás loca —dice, acercándose un poco más a mí.

—Tú empezaste —respondo sin moverme.

Podría acercarse del todo y acabar con esta guerra absurda en un golpe de boca, de lengua, de manos. Pero no lo hace. Se queda a un centímetro de mí y noto cómo su aliento choca con el mío. Su pecho sube y baja a la misma velocidad que el mío y mis pezones se marcan bajo la toalla y él lo sabe, porque lo ve. Me

observa sin ocultarlo y yo también lo hago. El bóxer se le tensa y yo también lo veo.

Pero no pasa nada. Ni beso, ni roce, ni movimiento. Solo hay una especie de explosión muda que nos sacude a los dos y que no encuentra salida. Entonces él da un paso atrás. Traga saliva y se pasa una mano por el pelo empapado y se gira sin más.

—No he terminado contigo —murmura antes de salir, dejando sus huellas húmedas sobre el suelo.

Yo, en lugar de relajarme, me quedo de pie con el corazón martilleando dentro de mi pecho y las piernas temblando. Ahora mismo, no sé si acabo de ganar una batalla o de perder una guerra, pero lo que sí sé es que esto no ha hecho más que empezar.

Capítulo 7

Max

El cuerpo aún me late con la rabia de anoche. He estado toda la madrugada dándole vueltas y sin pegar ojo. No consigo sacarme de la cabeza su cara, ni el temblor cuando nuestras bocas se quedaron apenas a dos dedos de distancia. Su escueta toalla, la gota de agua que le bajaba por el cuello, justo entre los pechos, y cómo me miró con hambre... No hay nada más jodido que desear a alguien que te saca de quicio.

Salgo del establo antes de que el sol corone el cielo. Me echo agua en la cara y me seco con la camiseta que llevaba en el asiento del coche. No tengo ganas de desayunar ni de hablar, porque lo que más me apetece ahora mismo es desmontarle a esa pija lo que se cree que sabe sobre el campo.

Hoy hay rodeo. No uno de esos grandes con luces y animadoras, sino uno real, de pueblo, de los de verdad. De los que huelen a estiércol, a adrenalina y a orgullo. He decidido que voy a llevarla, porque si quiere reírse, que se ría. Luego veremos si se ríe igual cuando me vea con las botas manchadas de barro y las manos apretando las riendas mientras un cuarto de tonelada de músculo intenta tirarme al suelo.

Cuando me paro frente a la casa veo que está sentada en el escalón más alto del porche, con las piernas cruzadas y una gorra que no sé si ha robado de un anuncio de cereales o del armario de algún exnovio urbanita. Me ve acercarme y pone esa cara que tiene siempre que está a punto de soltar alguna de sus habituales impertinencias.

—¿Qué? ¿Vas a confesar que anoche rompiste la ducha por accidente y has venido a disculparte?

La ignoro por completo y me apoyo en la columna de madera mientras la miro de arriba abajo. Lleva unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca que no esconde nada, ni siquiera sus pezones marcados, lo que me hace apretar los dientes.

—Hoy vas a dejar de reírte del campo.

Ella se ríe más fuerte y el sonido de su carcajada se me clava en la sien o me calienta. A estas alturas ya no lo sé.

—¿Me vas a enseñar a ordeñar vacas o a domesticar tu ego?

—Coge las gafas de sol. No quiero que te dé una insolación antes de ver cómo se vive de verdad el campo en Cactus Valley.

Se levanta sin prisa del escalón, se estira el pantalón por las caderas y entra en la casa a por las gafas. Mientras, yo la espero fuera con la mandíbula apretada y con el pulso acelerado. Me jode reconocerlo, pero me gusta esa boca especialmente cuando se queda calladita, pero incluso cuando me dispara sus frases envenenadas… hay algo en ella que me descoloca.

Cuando vuelve, me lanza las llaves como si fuera la dueña del rancho. Se pone las gafas con una pose de anuncio y se sube a la camioneta como si estuviera a punto de rodar una película. Me

monto también, cierro la puerta de un golpe y arranco sin mirar si lleva el cinturón puesto.

La carretera por la que vamos es de tierra y tiene baches que me conozco de memoria. Ella va en silencio, con las piernas cruzadas, el codo apoyado en la ventanilla y los labios medio fruncidos. Como si estuviera esperando que diga algo para convertir el trayecto en una guerra.

—¿Esto es tu Disneyland particular? —pregunta, justo cuando pasamos junto a los primeros ranchos.

—Esto es lo que queda cuando se cae el decorado y solo permanece la gente de verdad.

—¡Qué profundo! —exclama lanzando un silbido— ¿Lo llevas tatuado en la espalda o en el culo?

—No llevo tatuajes.

—Lástima. Un cuerpo tan lleno de testosterona y con tan poco arte corporal. Decepcionante —añade apretando los labios y negando con la cabeza.

Aprieto el volante y ella sonríe satisfecha. Le encanta pincharme y sentir esa falsa superioridad de quien cree que lo ha visto todo por vivir en una ciudad, donde te cobran veinte pavos por un café con leche de avena. Pero yo no me molesto en contestar, porque hoy no necesito tener razón. Solo necesito que vea lo que está a punto de suceder en el rodeo.

El rodeo aparece en la llanura que tenemos frente a nosotros como una mancha de color entre el polvo. No hay pancartas que lo anuncien, ni entradas numeradas para los asistentes, sino solo vallas de madera, caballos atados a postes y gente que se conoce de toda la vida.

Cuando aparco junto a un tractor, bajo sin decir nada de la camioneta y por el rabillo del ojo veo que Audrey me sigue.

—Esto es muy… Texas 1998 —dice al ver los sombreros, las botas y los cinturones con hebilla que lucen muchos de los asistentes a nuestro alrededor.

—Esto es Cactus Valley. No nos disfrazamos de nada…

Se calla, aunque noto que está escaneando y absorbiendo todo lo que tiene a su alrededor. Aunque intenta fingir que no le interesa, sé que le llama la atención, porque esto es lo más auténtico que ha visto en su vida.

Estoy deseando que me vea sobre un animal y compruebe quién soy de verdad y deje de lado su sarcasmo y lo que cree que sabe de mí. Quiero que me vea tal y como soy: con la tierra bajo los pies, el sudor en la frente y el caballo entre mis piernas.

—¿Vas a montar? —me pregunta cuando me quito la camisa.

—Voy a trabajar. Tú haz lo que quieras. Puedes mirarme o cerrar los ojos… Tú misma —le reto y me alejo sin esperar a que me responda. Pero sé que me va a mirar y cuando lo haga… se le va a mojar hasta la risa.

Me quito la camisa sin mirar a nadie, la dejo caer sobre la valla y me acerco al organizador con paso firme. No hace falta que le diga nada, porque cuando me mira, me tiende los guantes y asiente. Me los coloco con calma, primero uno y después el otro. Siento el cuero contra los nudillos, el calor atrapado en la palma y la expectativa contenida en el aire de esta tarde en la que parece que todo el mundo aguanta la respiración.

El polvo se levanta a mi paso cuando cruzo la arena. No hay música, ni voces, ni anuncios, solo el sonido seco de mis botas clavándose en la tierra seca. Me subo al corral de monta sin exhibirme. Sé por qué lo hago y quién me está mirando.

Veo a Audrey entre los asistentes apoyada en una viga y con una botella de agua entre las manos. Lleva la camiseta anudada a la cintura, el pelo recogido y los labios entreabiertos. No se ríe, ni saca el móvil ni dice nada, solo me mira como si acabara de olvidarse de que me odia y le ardieran los muslos.

—¿Va a subir a ese caballo? —pregunta alguien a su lado.

—Sube, sí —responde otro con una risita—., y cuando lo hace… no hay quien lo baje.

El caballo resopla inquieto y se revuelve con impaciencia, como si ya supiera que esto no va a ser fácil. Es un animal testarudo, joven y con más fuerza que juicio. Perfecto para lo que necesito. Me coloco junto al estribo, calculo el impulso y monto de un salto firme, directo y sin vacilaciones. Golpeo el aire con la fusta cuando lo obligo a girar.

El primer embiste me sacude los riñones. Pero tenso las piernas con fuerza. Sé lo que hago, cómo resistir y cómo mantenerme encima. El animal golpea con fuerza la arena seca y el polvo se me pega al pecho. Tenso los brazos hasta que me arde la piel y aprieto la mandíbula y los muslos para mantenerme encima de él, hasta que lo obligo a ceder sin que parezca que estoy peleando, aunque es lo que hago.

Mientras estoy encima de este animal, no estoy dando un paseo, lo que hay entre él y yo es una batalla muda. Un idioma sin palabras, en el que lo único que importa es la fuerza contra la fuerza y el instinto contra la razón. Y sé que ella sigue mirando, lo siento. Porque noto su mirada descendiendo por mi cuello, clavándose en la línea de mis omóplatos y deteniéndose un segundo demasiado largo a la altura de mi cinturón. Me mira como en mis sueños, precisamente de esa manera que no quiero que me mire. Eso me fastidia, porque cuanto más quiero olvidarla, más fuerte tira de mí. Llevo semanas queriendo apartarla de mí, pero ahora mismo, con el caballo rebelde entre mis piernas, con la sangre martilleándome en las sienes y el polvo pegado a la piel, lo único que quiero es bajarme, cogerla por la cintura y empotrarla contra la pared del granero. Pero no lo hago. Me limito a apretar la mandíbula y a seguir cabalgando.

Cuando finalmente bajo del caballo, lo hago con las piernas tensas, las botas hundidas en la tierra blanda y el pecho agitado. Continúo con las venas hinchadas en los brazos, como si no quisieran desinflarse, tengo el pelo húmedo por el sudor y pegado a la frente y al cuello, y el calor del cuerpo aún me sube por el abdomen, latiendo como un tambor descontrolado.

La busco entre el murmullo de voces y la encuentro apoyada en una viga, con el cuerpo erguido y la botella de agua

abierta en una mano. Da un trago corto, baja la mirada, aunque la sube después para cruzarla con la mía.

No sé cuánto rato me he quedado quieto mirándola con la camisa abierta, los antebrazos marcados por el esfuerzo y el calor, y la mandíbula tan apretada que me cuesta tragar saliva. Audrey está en las gradas, pero ahora ya no se ríe ni se burla. Ahora me mira con ese silencio raro que solo tienen las mujeres cuando algo se les ha colado por dentro.

Me quito el sombrero y me paso el dorso de la mano por la frente para quitarme el sudor, pero todavía no me abrocho la camisa, aunque no lo hago por arrogancia sino porque sé que esta vez no le estoy enseñando nada sino le estoy diciendo quién soy.

Cuando me acerco hasta ella, baja la vista un segundo, pero no huye. Me gusta ese gesto, joder. Ese impulso que tiene de protegerse, aunque ya no sepa de qué.

—¿Ya has terminado de hacer el *show*? —me dice, sin moverse del asiento, con los brazos cruzados, pero con las pupilas dilatadas.

—¿*Show*? —me apoyo con una pierna en el escalón de madera y me quedo a su altura y a centímetros de su boca—. Esto no ha sido un *show*. Esto es lo que hago y lo que soy.

No me responde nada, solo me clava la mirada y traga saliva de una forma que hace que su lengua se asome un instante entre sus labios para luego desaparecer. Ver eso me tensa el vientre y me enciende.

—¿Siempre montas con esa pinta de anuncio de colonia barata? —me pregunta tratando de aligerar la tensión del momento.

—Lo hago cuando sé que tú me estás mirando.

Mi frase se queda en el aire como un disparo que nadie se atreve a esquivar. Suelta el aire por su nariz respingona y me mira con rabia contenida. Pero ni se mueve, ni se va.

—¿Y qué quieres que piense, Max? ¿Que eres el vaquero sensible que monta caballos para conquistar mujeres? Porque la verdad es que... —suspira— no sé qué coño estás haciendo conmigo.

—No estoy haciendo nada —le digo sin apartar los ojos de los suyos—. Eres tú la que me sigues a todas partes. ¿O no te has dado cuenta?

No dice nada, pero me lo dice todo con la forma de apretar las piernas juntas en el asiento, con su parpadeo lento y con el sutil temblor que veo en la comisura de su boca.

Me giro y empiezo a andar hacia el coche. Sé que me sigue, porque la escucho caminar detrás de mí. No hace falta que le diga nada más, porque ella ya ha entendido que aquí no hay máscaras ni poses, sino tierra, sudor y verdad.

Sube a mi pick-up sin decir una palabra. Yo rodeo por el otro lado, me siento al volante, dejo el sombrero sobre el salpicadero y arranco. No pongo música, ni digo nada. No me hace falta.

Con la ropa que lleva, cada vez que se mueve un centímetro para cruzarse de piernas, mi concentración en la carretera se va a la mierda. Conduzco sin mirarla y sin tocarla, pero sentirla tan cerca de mí me altera.

—Estás muy callado —murmura, sin girar la cabeza para mirarme.

—Tú también.

—Es raro en ti.

—¿Y eso te molesta?

Se queda en silencio y veo que se gira por fin.

—No. Me gusta, aunque también me da miedo, pero me gusta —suelta de sopetón y sin filtro.

Aparco en el arcén, junto a una zona de árboles, lejos del bullicio del rodeo. No la toco. Solo apago el motor y me giro hacia ella, aunque no tengo nada planeado ni ningún As bajo la manga. Ahora mismo lo único que existe es este instante, este calor y esta necesidad de decirle con los ojos lo que no sé cómo expresar con la boca.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunta, casi en un susurro.

—Porque quería que vieras lo que soy realmente cuando no estás mirándome. Porque no necesito convencerte de nada, pero

quiero que me veas de verdad.

Baja la mirada, se muerde el labio y aprieta los muslos. Y justo en este momento noto lo que el cuerpo dice antes que la cabeza lo que está sucediendo.

—Audrey...

—No digas nada —me interrumpe sin mirarme—. Si hablas, me rompo.

Me inclino un poco y pongo una mano en el respaldo de su asiento. Mi boca está tan cerca de la suya, que incluso distingo su olor dulce, ácido y real.

—Dímelo tú —susurro—. Dime que no sientes esto, pero dímelo a la cara.

No dice nada, solo cierra los ojos y sé que si la beso ahora, no habrá vuelta atrás, pero no lo hago. No porque no quiera. Porque querer, quiero. Pero sé que si me espero y aguanto este segundo más, cuando la tenga entre mis manos va a ser ella la que me pida que no pare. Y eso me excita tanto que tengo que apartar la mirada para no perder el control.

Me echo hacia atrás y arranco de nuevo. El motor ruge y Audrey abre los ojos despacio, como si saliera de un trance. No dice nada, pero se acomoda en su asiento con la respiración más agitada que antes.

Capítulo 8

Audrey

Nunca me han gustado los atajos, ni en la vida ni en carretera. Y menos cuando quien sujeta el volante es Max Edwards, con el ceño

entrecerrado que solo anuncia problemas y no soluciones. Va concentrado, se muerde el labio inferior y gira la dirección con una mano mientras la otra se apoya en la ventanilla entreabierta. Lleva las mangas de la camisa remangada hasta el codo y el antebrazo bronceado le vibra cada vez que sortea un bache.

—No te suena este camino, ¿verdad? —pregunto, sin apartar los ojos del barrizal que tenemos delante.

—Es un atajo. Tranquila, lo usaba cuando era crío. Llegaremos antes —responde sin mirarme.

—Ajá. Porque todo lo que hacías de crío era brillante, claro.

No me contesta. Se limita a apretar la mandíbula y a seguir conduciendo. El aire empieza a oler a vegetación húmeda, a campo y a noche que llega antes de lo previsto. La vegetación es tan espesa que las ramas rozan la carrocería como un chirrido de garras. Tengo las piernas cruzadas, los brazos también, y una sensación absurda de que el bosque, el mismo que Max dice conocer como la palma de su mano desde niño, nos está tragando.

De repente oímos un chasquido hueco, sordo y seco. Y luego, el golpe del peso descompensado y veo cómo la camioneta se ladea de forma inesperada. Al darse cuenta, Max frena de golpe.

—Genial —murmuro.

Tal y como acabo de hablar, veo que Max sale abre la puerta del vehículo con fuerza e inspecciona la rueda trasera con la linterna del móvil, porque cada vez está más oscuro.

—Reventada —maldice entre dientes.

Me bajo con cuidado, pisando la tierra blanda que se hunde bajo mis pies, mientras Max abre el maletero, maldice y saca una rueda de repuesto, que parece llevar más años ahí dentro que los que tiene su camiseta. Está llena de polvo y deshinchada, por supuesto.

—Fantástico. Estamos atrapados en un puto episodio de supervivencia rural —suelto sin poder evitarlo.

Max me lanza una mirada de advertencia, pero le sale más frustrada que amenazante. Se incorpora y se seca la frente con el dorso del brazo. El bíceps se le marca como si fuera de piedra, lo que me hace tragar saliva sin que se note.

Saco mi teléfono, enciendo la pantalla y veo que no tengo de cobertura.

—Estupendo… y además sin cobertura —ironizo mientras lo levanto y lo muevo en el aire. Pero no aparece ni una línea de señal, lo único que veo en la pantalla de mi móvil es el reflejo de mi cara sudada. Max prueba con el suyo. Lo apaga, lo enciende, pero nada. Lo único que cambia es que la oscuridad le está ganando terreno con cada minuto que pasa al día y el canto de los grillos se escucha cada vez más cerca. El bosque entero parece inclinarse sobre nuestras cabezas cada vez de forma más evidente.

—No podemos volver andando ahora —dice, como si fuera una cuestión de lógica pura.

—Tampoco quiero que nos devoren unos mapaches asesinos —le respondo y me cruzo los brazos con fuerza.

—Podemos dormir en la camioneta. Mañana, con luz, volvemos por el camino principal —me propone encogiéndose de hombros.

—Dormir... ¿aquí? ¿Contigo? ¿En esta olla a presión de cristal y metal?

No me responde, solo se limita a abrir la puerta del copiloto para coger una manta arrugada del asiento trasero y me la muestra.

—Tienes con qué taparte…

Luego rebusca en la guantera y saca un cargador portátil. Enciende el móvil y pone algo de música. Una lista vieja en la que se escuchan varias canciones de Springsteen.

—Y buena música…—añade alzando una ceja.

—Una noche ideal, tienes razón —le contesto con sarcasmo.

Entro en la camioneta y me acomodo en mi asiento. Las luces del salpicadero parpadean, medio fundidas. Max se sienta a mi lado y se inclina para regular el respaldo y nuestras piernas se rozan. No se disculpa, aunque yo tampoco me aparto. Me aflojo el nudo de la coleta y me echo el pelo hacia un lado sintiendo la humedad en la nuca.

Un rato después, cuando la temperatura empieza a descender cada vez de forma más clara, Max me ofrece la chaqueta sin decir palabra. La acepto y al cogerla descubro que tiene ese olor

suyo a campo y a ropa que ha dormido en un maletero, aunque también a algo que reconozco y que me desconcierta. Me la echo por encima de los hombros y me froto los brazos. La manta no sirve de mucho, pero compartimos el calor que queda, encerrados en esta cabina que parece ajena al mundo que hay al otro lado de los cristales.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este? —pregunta de pronto, con un tono de voz que me suena a whisky sin hielo.

Podría responder con un chiste o reírme directamente, pero no lo hago. Me limito a mirar por la ventanilla y veo que ya es noche cerrada. Al otro lado solo se intuye la silueta de los árboles, recortada por la luz de la luna.

—Tenía que salir de Nueva York.

Él no dice nada, se mantiene en silencio y eso me anima a seguir hablando.

—Todo explotó de golpe. Trabajo, amigos... e incluso lo que pensaba que había sido una relación seria, aunque ya se había acabado. Él... —trago saliva—. Subió un vídeo privado de los dos y lo compartió como si fuera un meme.

Max gira la cabeza muy despacio y me mira en silencio.

—El problema no fue solo el vídeo, sino lo que vino después. La reacción de todos, de los que me conocían y de los que no. Mi cara fue un viral y mis gritos un meme con miles de likes.

Él sigue sin hablar. Pero ahora veo que aprieta los labios y sus dedos se mueven sobre su muslo como si necesitaran romper algo.

—Ese capullo debería estar en la cárcel —murmura de repente.

Al escuchar lo que acaba de decir, siento una punzada en el pecho, porque sé que no lo ha dicho por decirlo.

—No sé si el vídeo sigue circulando. Dejé las redes, el trabajo y de hablar con casi todo el mundo. No quería saber nada, ni que nadie me mirara con la cara de *tú eres la del vídeo.*

Max baja la mirada, se apoya en el respaldo del asiento y respira hondo.

—Pues hiciste bien.

Levanto la mirada y busco la suya y encuentro algo en ella. No sé qué es, porque no es pena ni lástima, Sino respeto, algo que no esperaba encontrar en él y que, precisamente por eso, me encoge el estómago.

—¿Y tú? —le pregunto bajito—. ¿Por qué volviste a este agujero?

Max tarda en contestarme. Mira hacia delante, como si las palabras estuvieran escritas en el parabrisas.

—Porque lo probé todo. Me pasé un par de años currando en sitios de mierda, sin casa fija y sin rumbo. Bebiendo más de lo que podía soportar y jodiendo todo lo que se me ponía por delante, hasta que un día me miré al espejo y ni siquiera me reconocí.

Se queda callado. La música ha cambiado también y ahora suena algo más lento, no sé quién canta.

—Cactus Valley no es perfecto. Pero es mi casa.

Lo observo a contraluz y veo que tiene la mandíbula apretada y sus pestañas proyectan una sombra larga sobre sus pómulos. Hay algo roto en su voz, aunque no me deja ver del todo qué es.

Nos quedamos un rato sin hablar. Con el motor apagado, la música sonando de fondo y nuestros corazones latiendo demasiado cerca el uno del otro.

—Tienes redes sociales —comento al cabo de un rato, con un amago de sonrisa.

Max me mira de reojo y arquea una ceja.

—Las tengo, pero no las uso.

—Mentira. He visto que me sigues.

—Para saber si estabas bien.

Me pilla a contrapié con su respuesta y lo miro directamente, aunque él no se explica. Solo se encoge de hombros, como si fuera la cosa más normal del mundo.

Nos quedamos en silencio, miro a nuestro alrededor y veo que la noche ya ha caído del todo. La oscuridad ahí fuera no se parece a la de la ciudad. En medio del bosque es más espesa, viva y real. La única luz que tenemos es la que entra a ráfagas desde la

luna entre las ramas altas, y la tenue del salpicadero, que Max ha dejado encendida un momento mientras busca algo en la guantera. A mí no me molesta, porque me gusta ver el contorno de su cara cuando baja la cabeza para mirar lo que saca.

—¿Frío? —pregunta sin mirarme, como si supiera la respuesta.

Asiento sin decir nada, aunque la verdad es que lo que tengo no es frío sino algo que se parece demasiado a las ganas de algo que no entiendo del todo.

Me tiende otra manta vieja. No es bonita, ni huele a suavizante, pero calienta. La cojo y me la echo por encima de las piernas, mientras noto cómo mi corazón decide ir por libre.

— Duérmete un rato —dice—. Yo vigilo.

—¿Qué vas a vigilar? ¿Que no venga un ciervo a atacarnos? —me río.

Él ladea la boca y me sonríe, pero no me contesta. El silencio vuelve y no sé muy bien en qué momento su hombro se apoya contra el mío o en qué segundo empiezo a apoyar la cabeza, muy despacio, sobre su brazo.

Él no dice nada ni me aparta, ni yo a él. Es un contacto suave, casi involuntario. Pero ahí está y eso basta para que me empiece a arder la piel justo donde lo toco. Y también por dentro.

—Gracias por quedarte tranquilo cuando te lo he contado —murmuro, con la voz más baja de lo que pretendía.

—No tenía que ponerme nervioso. El idiota es él. No tú.

No sé qué responder, porque de repente, esa frase… me rompe un poco. No estoy acostumbrada a que me quiten culpa o a que alguien, simplemente, me crea.

—No todos lo vieron así.

—Pues todos los que no lo vieron así pueden irse a la mierda —dice él, sin adornos—. Eres valiente por haberlo dicho en voz alta.

Aprieto los labios. Me gustaría decirle algo igual de sincero. Pero lo único que me sale es quedarme ahí, con la cabeza junto a su brazo, notando cómo su respiración se va haciendo más lenta y profunda.

Pasamos así un rato. No sé cuánto. Hasta que me doy cuenta de que me he acercado un poco más hacia él, que mis piernas están estiradas, y que su brazo se ha movido por detrás de mi espalda. También que su mano roza, sin querer o queriendo, la parte lateral de mi muslo. No me muevo, porque no quiero que se aparte, ni que esto se termine. Porque por primera vez, después de mucho, me siento protegida y juro que esto no es algo que esperaba de Max Edwards. Sin embargo, aquí estoy en mitad del bosque, en plena noche y junto a él no quiero que esto se acabe.

Capítulo 9

Max

No hay tiempo para pensar, ni para fingir que puedo controlarlo. Porque cuando la veo en medio del establo, con el cubo en la mano, los shorts vaqueros y la camiseta mojada pegada al pecho, se me funde el cable del autocontrol. La luz entra desde el ventanuco de arriba y le cae sobre los hombros, en la piel salpicada de polvo y en el cuello húmedo que ha dejado al descubierto al recogerse el pelo. Es tan jodidamente bonita que parece irreal y lo peor de todo es que está aquí, en mi mundo.

Mientras la observo, se gira y veo que tiene los pezones duros y marcados bajo el algodón empapado. La tela se le pega al abdomen, a la línea de las costillas y a los pechos. No lleva sujetador y siento cómo se apodera de mí una sensación de hambre, deseo y necesidad que me enloquece.

—Audrey —digo su nombre como un disparo.

Ella levanta la mirada, se tensa un segundo. Pero no se mueve ni me dice nada.

Camino hacia ella sin dejar de mirarla. Cuando estoy lo bastante cerca, le quito el cubo de la mano y lo dejo caer al suelo sin cuidado. El ruido asusta a uno de los caballos, que resopla con fuerza en el fondo del establo, pero no me importa.

—Estás empapada.

—Lo sé —me responde encogiéndose de hombros.

—Vas a coger frío.

—No tengo frío.

—Yo sí.

Me acerco más. Tanto que noto cómo se le agita un poco la respiración al soltar el aire. Se queda quieta, como si supiera que si se mueve, lo que hay entre los dos va a estallar.

—Max... —murmura, aunque su tono no me suena a negativa, es más un aviso envuelto en miedo.

La tomo de la cintura y la arrastro fuera del establo, hacia la ducha exterior que hay junto al cobertizo. No es un lugar romántico, porque no hay velas, ni sábanas blancas, solo tubos metálicos, agua fría y un grifo oxidado que no cierra del todo bien. Pero es lo único que necesito ahora.

Abro el grifo y un chorro violento de agua fría cae sobre los dos y nos hiela la piel. Ella jadea y se aparta un segundo, pero la retengo con una mano fuerte en la nuca y sin dejar de mirarla a los ojos

—Max —repite con la voz entrecortada, los labios mojados, brillantes y medio abiertos como si se le hubiera olvidado respirar.

—¿Quieres marcharte? —le pregunto con la voz rota y sin disimular. Estoy jodido por dentro y por fuera.

Pero no me contesta ni se aparta, ni se gira, ni hace nada. Solo se me queda mirando como si le diera igual todo menos esto. Entonces, se acerca un poco más a mí, primero da un paso, luego otro y, después, uno más hasta que la tengo delante mojada por el agua que cae sobre nosotros, con la camiseta blanca pegada al cuerpo y los pezones duros y marcados. No lleva sujetador, lo sé sin

tocarla, porque se le nota todo bajo el fino algodón de la tela de la camiseta. Es una imagen que no pienso olvidar en la puta vida.

Mis ojos descienden por su cuerpo. La tela del vaquero corto le aprieta las caderas y se le pega al inicio de los muslos como una segunda piel y le dibuja cada una de las curvas de su delicioso cuerpo. Tengo la polla tan dura que no me sorprende sentir cómo se me marca contra la cremallera. Me duele, me quema y me arrastra hacia ella como si ya no pudiera hacer nada para contenerme y evitarlo.

—Lo sabes, ¿no? —susurro, con la voz rasgada—. Que si das un paso más… no voy a poder parar.

Y ella da el paso. Musito una maldición, más para mí que para ella, y la agarro por la cintura para acercarla a mí. La estrello contra la pared de madera de la ducha exterior del establo y me la como con la boca, con las manos y con todo lo que llevo dentro. Me arrastro por su cuello, le muerdo el borde de la mandíbula y la lamo mientras jadea con la cabeza echada hacia atrás. Su camiseta mojada se vuelve transparente, una segunda piel que no sirve de nada, así que la agarro por el dobladillo y se la quito de un tirón. No protesta, solo suelta un gemido ahogado, que me hace perder el control del todo.

—¿Sabes cuánto he pensado en esto? —le murmuro contra la boca—. En cómo sabrías, en cómo gemirías y en cómo se te pondrían los pezones si te comía entera bajo el agua.

Ella se pega más a mí y no sé cómo coño me aguanto sin follármela ya.

—Hazlo, Max… —me dice con la voz ronca—. Hazme lo que quieras.

Al escuchar lo que me acaba de decir, mi autocontrol se esfuma y enloquezco de deseo. Le bajo los *shorts* con una mano, le muerdo el labio inferior mientras le meto los dedos entre las piernas y la noto empapada, aunque no del agua de la ducha. Ella gime con mi contacto, se retuerce un poco y me aprieta los hombros con los dedos.

—¿Te gusta así? —le gruño al oído mientras le muevo los dedos con fuerza, de forma profundo y rápida hasta que noto que le

tiemblan las piernas.

—Sí, sí… no pares… —me suplica con los ojos cerrados.

La pongo de espaldas contra la pared y le separo las piernas con las mías. Cuando está así, le empujo agarro de las caderas para acercarla a mí y bajo la cremallera de mi pantalón. Mi polla rebota al liberarse, dura, gruesa y palpitante. Me la agarro de la base y la deslizo entre sus piernas. Le rozo el clítoris con la punta con suavidad y ella se arquea hacia atrás como si el cuerpo le pidiera más de lo que puede soportar ahora mismo.

—¿La quieres? —le pregunto con la voz ronca y con la polla lista para reventarla.

—Sí, métemela. No aguanto más.

Y lo hago despacio. Al principio solo la punta, porque Audrey es muy estrecha y tengo que contenerme para no embestirla de golpe. Ella gime fuerte, se muerde la mano, pero no se aparta.

—¿Estás bien? —le pregunto con un susurro al oído, mientras me quedo quieto dentro de ella, solo unos segundos.

—Sí… sí… sigue, Max… —jadea contra la pared.

Así que sigo. La embisto cada vez de forma más profunda y salvaje. Le agarro las caderas con fuerza y le dejo la marca de mis dedos en la piel. Ella me lo pide con el cuerpo, con los gritos ahogados, con esa forma sucia de echar el culo hacia atrás como si no pudiera vivir sin esto. Cada vez que se la meto hasta el fondo, se le escapa un gemido que me hace perder el juicio.

—Estás tan jodidamente buena… —le digo al oído, mientras follamos contra la pared, con el agua cayendo aún sobre nosotros—. Me vas a volver loco, Audrey…

Ella no me responde. Solo se ríe, entre jadeos y embestidas con esa boca mojada que me tiene desquiciado.

—Házmelo más fuerte… —me dice—. Más… más…

Le rodeo el cuello con la mano, sin apretar, pero con firmeza. Lo justo para que note que la tengo, que no pienso soltarla y que puede correrse las veces que quiera, pero que de aquí no se va. Le giro la cara despacio, pegado a su espalda, con la polla enterrada en ella hasta el fondo, y la obligo a mirarme por encima del hombro. Tiene la boca entreabierta, los ojos entreabiertos y

tiembla de una manera que me avisa de que está a segundos de correrse. No lo dice, ni me lo pide, pero su cuerpo me suplica que no pare.

Me la como con la mirada y luego con la boca. Le beso la comisura de los labios, el pómulo, y después el cuello. Mientras la tengo así, medio deshecha, le embisto más lento y profundo como si pudiera empujarle todo lo que siento con cada centímetro que la penetro. La oigo gemir en mi oído sin vergüenza ni frenos. Un gemido que se le escapa desde el centro del cuerpo y que no intenta ocultar.

—Joder, Max… —susurra con un hilo de voz que me parte por dentro.

En ese momento, noto cómo se corre. Lo siento en cómo se le encoge el vientre, en el espasmo que le sacude la pelvis y en el temblor que le sube por la espalda mientras me aprieta aún más la polla dentro de ella. Me clava las uñas en el antebrazo y echa la cabeza hacia atrás.

—Eso es —le murmuro al oído, jadeando contra su piel—. Dámelo todo. Córrete para mí.

Ella se corre apretando las piernas, jadeando sin pudor, mojada, abierta y rendida totalmente. Cuando la siento correrse, enloquezco y la agarro con fuerza por las caderas, le meto la polla hasta el fondo, una, dos, tres veces, hasta que me corro dentro de ella con un gruñido, que no me importa si se oye en todo el puto rancho. Me descargo como si no me hubiera corrido en años y llevara todo este tiempo acumulando rabia, deseo y hambre de ella. Me dejo ir con los músculos tensos, la respiración descontrolada y los ojos cerrados mientras la abrazo desde atrás, pegado a su espalda y temblando contra su piel.

Nos quedamos respirando como animales. Yo aún estoy dentro de ella, caliente y palpitando. Sigo con la frente apoyada en su hombro mientras intento recordar cómo se volvía a hablar después de algo así. Pero no digo nada y ella tampoco, aunque no se aparta y yo no la suelto. Porque ahora mismo no sé dónde acabo yo y empieza ella. Y porque si la dejo ir… no sé si voy a poder recuperarla.

No sé cuántos minutos pasan. No tengo ni idea de si son dos o veinte. El agua deja de caer, pero nosotros seguimos ahí, mojados, pegados y respirando como dos animales que acaban de sobrevivir a un incendio.

Mis manos siguen abiertas alrededor de su cuerpo, aunque no la acaricio, solo la sujeto como si así pudiera anclar este momento, detenerlo y tatuármelo, pero no puedo. Porque hay algo en ella que siempre se me escapa un poco, incluso cuando la tengo así pegada a mi cuerpo y aún jadeando por el polvo más jodidamente perfecto que he tenido en mi puta vida.

—Joder, Audrey... —susurro con la voz ronca.

Ella no me contesta. Solo respira y deja que sea yo quién hable por los dos.

—Has vuelto a volverme loco.

Se le arquea un poco la espalda, casi sin querer, como si no supiera si lo que le acabo de soltar es un cumplido o una amenaza. Pero en lugar de contestar, levanta la cabeza despacio y me mira.

—Me siento viva —dice en voz baja.

Al escuchar lo que me acaba de decir, me cago en todo. Porque justo eso es lo que me está pasando a mí también. Pero no es el mismo subidón que siento cuando monto a caballo a pelo y galopo sin pensar. No tiene nada que ver con la libertad ni con el silencio que siento en las tierras del rancho. Esto es algo que me rasga por dentro y me pone el cuerpo alerta, es algo más salvaje y visceral. Todo eso es ella, con el cuerpo aun temblando junto al mío, con las marcas que le he dejado en la piel y con los ojos brillantes de placer.

—Estás viva —repito, sin apartar la mirada de su cara—. Y estás preciosa así, desnuda y tan loca por mí que me cuesta creérmelo.

Ella tuerce la boca con una media sonrisa suya que me desarma, me engancha y me folla la cabeza sin tocarme el cuerpo.

—No digas gilipolleces —me responde, pero no tiene fuerza, porque no me aparta. Ahora no es la Audrey que muerde ni la que lanza pullas para mantenerme a raya.

—No son gilipolleces —le digo, bajando la voz hasta que se me escapa como un gruñido—. Te he hecho gritar. Te he tenido jadeando mi nombre con la boca abierta, con las uñas clavadas en mi cuerpo y pidiéndome que no parara. Esto voy a recordarlo cada maldito día y quiero que tú también lo recuerdes. Sobre todo cuando te dé por largarte y creas que puedes escapar de esto.

Me suelta una palmada suave en el pecho. Casi una caricia que no se atreve a serlo del todo, pero no lo niega.

—Tienes que prometerme una cosa —me dice mirándome a los ojos.

—Pide.

—No hables de esto.

—¿De qué parte exactamente? ¿De cómo te has corrido tres veces en mis brazos o de cómo me has agarrado por el cuello y me has suplicado que siga? Porque, sinceramente, esa parte me tiene jodido de por vida.

—Max…

—Vale, vale. Lo prometo, no diré ni una palabra, ni bromearé con eso, ni soltaré ninguna de esas cosas que te hacen rabiar.

—Lo digo en serio.

—Y yo también. Esto no se dice, se guarda.

Porque lo que ha pasado aquí, en esta ducha vieja del establo, no se reduce a una descarga de tensión. No ha sido solo un polvo bajo el agua. Ha sido algo que no sé cómo explicar, pero que no me pienso quitar de la cabeza y sé que ella también lo ha sentido, aunque no quiera admitirlo.

—No me mires así —me dice de pronto, bajando un poco la voz. Ya no tiene esa capa de sarcasmo ni esa forma suya de llevar siempre el control.

—¿Así cómo? —pregunto sin moverme.

—Como si fueras a quedarte y esto que acabamos de hacer significara algo más.

Como si pudieras… ser diferente a todo lo que he vivido antes.

Al escucharla, se me hace un nudo en el pecho, porque la entiendo. Se está protegiendo antes de que yo pueda herirla. Es una

forma de irse ella primero antes de que la dejen y sé que no me lo dice para joderme, sino porque le da miedo que lo que hay entre ella y yo sea de verdad.

—¿Y si lo es? —le respondo en voz baja—. ¿Y si no tengo ninguna puta intención de irme?

Ella no dice nada, solo parpadea y mira hacia un punto del suelo como si necesitara un segundo para recolocarse.

—No me digas eso si mañana vas a actuar como si no hubiera pasado nada.

—No soy de los que follan y desaparecen, Audrey. Si estoy aquí, es porque quiero estar.

—¿Y si me haces daño?

—¿Y si no?

Se queda en silencio, pero no se aparta y yo no la suelto, porque estamos justo en el punto en el que no sabes si lo que tienes delante va a salvarte o a joderte vivo. Pero te da igual, porque ya estás dentro.

No dice nada. Solo baja la mirada otra vez, y durante un segundo me doy cuenta de que no tiene ni puta idea de qué hacer con lo que acabo de decirle. Con la posibilidad de que esto no se quede en polvo, ni en un error de esos que se borran con una ducha fría y un par de excusas.

Se aparta un poco, pero no se aleja. Se queda a mi lado con el cuerpo aún mojado, desnuda y con las mejillas sonrojadas por todo lo que acaba de pasar. Se agacha a recoger su ropa y por un instante se me queda el cerebro en blanco. Porque verla así, me jode más que cualquier fantasía que me haya montado con ella desde que la vi por primera vez.

Se pone las bragas, mojadas y se le pegan a la piel y a su pubis. Después se sube los shorts vaqueros con calma y observo cómo se le ajustan como si alguien los hubiera diseñado para hacerme perder el norte. Le marcan las caderas, le recogen el culo justo como me gusta, y cuando termina de abrochárselos se gira de lado y la costura se le clava en la ingle, dándome una vista directa de lo que acabo de tener entre mis manos. No me habla, ni me provoca, pero me está follando la cabeza sin tocarme.

Luego coge su camiseta blanca cortita que se le pega a las tetas sin necesidad de sujetador, y se la pasa por la cabeza con los brazos estirados. Me quedo mirándola sin disimulo. El pelo aún mojado le cae por la espalda y se lo recoge rápido en una coleta, se lo recoge de una manera despreocupada, que me consigue ponerme a tope más que cualquier frase subida de tono.

Cada vez que mueve los brazos, el borde de la camiseta se le sube y me deja ver el principio de su abdomen, la curva del ombligo y la marca que le ha dejado el botón del pantalón en la piel. Y la recuerdo contra la pared, pidiéndome que no pare y con los labios entreabiertos gimiendo de placer.

—Vas a volverme loco —le suelto.

—Eso ya lo sabías —responde sin mirarme.

Entonces se gira y apoya una mano en la pared de la ducha, como si necesitara sostenerse, y me lanza una frase que me remata.

—Si vuelves a mirarme así, Max… no vamos a salir nunca de aquí.

—Dame un motivo para quedarnos.

Ella no me contesta, pero lo noto en la tensión de sus hombros y en cómo se muerde el labio, y no de nervios, sino de vértigo. Porque sabe que si habla, si suelta lo que está pensando, lo cambia todo.

—Estamos jodidos —susurra al fin, con la voz baja, más para sí misma que para mí.

—Sí. Pero tú más.

—¿Por qué?

—Porque yo ya estoy loco por ti, pero tú aún estás a tiempo de darte la vuelta y salir corriendo.

Pero entonces me lanza una mirada que me atraviesa el pecho sin necesidad de nada más y justo en este momento lo sé: no hay marcha atrás después de esto, aunque lo peor de todo es que no quiero volver atrás ni un solo paso.

Capítulo 10

Audrey

La camiseta se me ha secado a medias mientras camino unos pasos detrás de él. No sé si lo hace aposta o si ni siquiera se ha dado cuenta. Me gustaría pensar que está absorto y que todavía sigue dándole vueltas a lo que acaba de pasar y que no puede hablar porque está intentando digerirlo, como yo. Pero algo en su forma de andar y en la rigidez de sus brazos, me dice que no es eso.

Ni siquiera me ofrece su camisa cuando la brisa del atardecer me hace estremecer de frío. Pero Max va delante, directo hacia la casa, sin mirarme y sin decirme ni una palabra. Ni siquiera me mira de esa forma tan propia de él que me desarma. La que utiliza siempre antes de soltar alguna frase que me deja sin aire. Pero ahora no hace nada de eso, el único sonido que emite es el de sus botas pisando con rabia la tierra húmeda.

Siento las piernas aún temblorosas, me arde la piel, llevo las bragas empapadas, voy sin sujetador bajo la camiseta blanca y tengo el cuerpo marcado por él. Literalmente tengo cada uno de mis músculos con su rastro.

Sin embargo, él… sigue sin mirarme…

Saca el móvil del bolsillo justo cuando sube los dos escalones de la entrada de la casa. El pantalón aún le gotea por el bajo y veo cómo se le tensa la mandíbula y los dedos se le congelan sobre la pantalla. Por lo que parece, algo que ha leído le ha cambiado la expresión de golpe.

—¿Todo bien? —le pregunto en voz baja, desde el peldaño de abajo.

No me responde enseguida, solo se limita a guardar el móvil, sin mirarme. Luego asiente con la cabeza con un movimiento

brusco.

—Sí —contesta al fin.

Empuja la puerta y entra en la casa sin esperarme y sin preguntar si quiero una manta, un café o una explicación. Me quedo fuera un segundo, paralizada, sintiendo cómo el pecho se me encoge, pero ahora ya no es por el frío.

Entro detrás de él y noto cómo los vaqueros mojados se me pegan al muslo. La camiseta se me ha secado a medias, pero sigue marcándome los pezones. Lo veo de espaldas, en la cocina, de pie junto a la mesa, sin moverse. No enciende la luz, solo se queda donde está, con las manos apoyadas en la encimera y la cabeza agachada, como si estuviera pensando en otra cosa o en otra persona.

Intento quitarle hierro y convencerme de que es por lo que sea que haya visto en su teléfono y que no tiene nada que ver conmigo. Igual le ha escrito alguien del rancho, porque ha pasado algo con un caballo, porque este cambio repentino tiene una explicación lógica.

Pero entonces se gira y me mira… como si no me hubiera tenido desnuda entre sus brazos hace diez minutos.

—Podrías al menos ofrecerme una toalla —le digo, medio en broma, medio en serio, buscando que reaccione, que suelte una de sus frases absurdas y que vuelva a ser él.

—Ya sabes que están en el baño —responde sin mirarme, con la voz áspera, como si le costara hablar.

La frase me cae encima como una losa. Me cruzo de brazos, aún tiritando, y noto cómo el calor que sube por el cuello, aunque lo que siento no es deseo, sino humillación. La misma que se siente cuando te das cuenta de que te has entregado por completo y ni siquiera te devuelven la mirada.

Lo que de verdad quiero es preguntarle qué coño le pasa, pero no lo hago. Porque si me responde con otro monosílabo, no sé si voy a poder fingir que no me ha dolido.

Sigo observándole y veo que se quita la camiseta mojada y la deja caer sobre una silla sin preocuparse de que gotee el suelo. Ni me observa y yo sigo mirándole en silencio. Tiene la espalda tensa y

veo que tiene el costado marcado por mi boca y la piel todavía húmeda por el agua de la ducha. Lanzo un suspiro y niego con la cabeza. Me resulta difícil de creer que el mismo cuerpo que me ha hecho perder la cabeza contra la pared del cobertizo… ahora parece lejano, frío y casi desconocido.

Doy un paso atrás y no digo nada, aunque por dentro estoy gritando por la impotencia que me invade. No entiendo nada.

Cuando entro en el baño noto los azulejos helados bajo mis pies descalzos. Cierro la puerta tras de mí sin dar un portazo. Solo la empujo hasta que encaja, con cuidado. Como si no quisiera que él notara que me estoy rompiendo por dentro, aunque ya lo estoy. A pesar de que hace menos de media hora me tenía contra una pared, con la boca en mi cuello y las manos aferradas a mis caderas como si no quisiera dejarme escapar.

Ahora, en cambio, ni me mira.

Me quedo de pie un momento y veo que el espejo me devuelve mi imagen sin ningún tipo de filtro que embellezca lo que proyecto ahora mismo: el rímel corrido en la parte inferior del ojo derecho, el pelo enredado en la nuca y una marca roja en la clavícula que no estaba ahí esta mañana. Me llevo los dedos al cuello y veo otra marca más abajo, en la curva del pecho y también el dibujo rojizo de sus dedos a altura de la cadera, justo donde me sujetó mientras me penetraba con fuerza y me susurraba cosas al oído.

Trago saliva y me noto el pulso en la garganta.

Agarro una toalla del estante, la despliego sobre el suelo y me siento encima, con las piernas recogidas, las rodillas contra el pecho y los brazos abrazándome como si pudiera protegerme de algo que ya ha pasado. Siento un dolor en el pecho, pero no por el polvo, sino por lo que ha venido después. Por ese vacío entre sus palabras y por su actitud de hielo como si no acabara de derretirme entera entre sus brazos.

La garganta se me cierra y me pican los ojos. Me obligo a parpadear despacio, pero noto cómo se me escapa una primera

lágrima. La segunda la sigue y luego la tercera. No son muchas, pero me queman la piel. Mi llanto no es escandaloso ni tembloroso. Solo sé que me duele y que ahora mismo me siento expuesta e indefensa.

Trato de entender su actitud repitiéndome que para él solo ha sido sexo. De hecho, estaba claro desde el principio, he sido tonta. Este tío es un cowboy y yo no soy más que un accidente en su rutina. Él tiene ganado, tierra, horarios y yo no soy más que una chica alocada en vaqueros cortos que se metió sin permiso en su casa. Pero esta justificación no me sirve, porque sé que no es verdad.

Desde que llegué Max me ha mirado de una forma que no se puede fingir. Además, me ha dicho cosas que no se dicen solo por calentar a alguien. Me ha acariciado con devoción, me ha dicho que estaba preciosa y me miraba de una forma mientras estaba dentro de mí, que me decía que eso no era solo sexo y eso no se puede fingir, ni lo haces sin pensar…

Entonces, ¿por qué ahora no me mira? ¿Por qué me contesta con monosílabos? ¿Por qué me siento como si me hubiera metido en la cama de alguien que ya se ha ido?

Cierro los ojos, aprieto los párpados con fuerza y respiro hondo y suelto el aire poco a poco. Sé perfectamente lo que está pasando. Lo sé por experiencia. Porque esto ya lo he vivido, con otros nombres, en otras camas y con otras versiones de mí misma. La diferencia es que esta vez me lo he creído, porque pensaba que era de verdad.

Me encojo aún más sobre la toalla y noto cómo la humedad de la camiseta me atraviesa la espalda. Me siento idiota, patética y ridícula. No por lo que he hecho, sino por haber creído que esta vez era diferente y haberme sentido especial, distinta y elegida. Y haber permitido que me calara por dentro.

El problema no ha sido entregarme, sino confiar.

Sé que no debería hacer esto, pero cojo el móvil del bolsillo del *short* y abro Instagram. Me quedo mirando la pantalla durante un rato y pulso en el icono de historia.

Escribo despacio en un fondo negro con letra blanca.

«A veces, incluso los vaqueros más sexys… tienen el corazón más roto».

No añado emoticonos ni filtros. Solo eso. Lo leo una vez y me quedo mirando la frase. No la borro ni la edito y la publico. Porque si él no va a decir nada, al menos yo lo dejo escrito, para quién lo quiera ver. Aunque sobre todo lo he escrito para leer, porque, aunque no admita que mira mis publicaciones, sé que lo hace. Y si no le duele leer esto, a mí sí.

Apago el móvil, aunque me quedo con la mirada fija en la pantalla negra durante unos segundos. Oigo el agua del calentador en la tubería y algún golpe leve de la madera vieja, nada más. Hasta que vibra de nuevo, lo cojo y miro las notificaciones.

Max ha visto la historia. No hay comentario, ni reacción, ni ningún emoticono absurdo. Solo sé que lo ha visto hace un minuto.

Me quedo paralizada, aunque no sé lo que esperaba. Quizá que llamara a la puerta del baño, me dijera algo o preguntara si estoy bien o que, al menos, soltara una frase sarcástica de esas suyas. Pero no sucede nada. No oigo ni un paso al otro lado del pasillo. No hay movimiento, solo este muro invisible entre los dos que se ha levantado tan rápido que aún no sé cómo protegerme. Y me duele, porque si no le importara nada, no habría entrado en mi perfil. No abriría mis *stories*. Ni lo haría cada día desde que llegué a Cactus Valley. Pero lo hace, me sigue, me observa, pero luego me ignora cuando me tiene cerca.

Dejo el móvil sobre la pila de ropa mojada y entro en la ducha. Abro el grifo y el agua tarda un momento en salir. Primero cae fría sobre mi cuerpo, pero luego se acaba atemperando. Permito que me caiga por la cabeza, los hombros y el cuello aún marcado por él, pero no me sirve para limpiar lo que me arde por dentro. No me froto, ni uso jabón, ni cierro los ojos, porque no quiero disfrutarlo. Solo quiero borrar sus marcas sobre mi piel, el sabor de su boca y el calor de su cuerpo junto al mío. También me gustaría que se vaya cañería abajo la sensación de haberme expuesto tanto que ahora no sé dónde está el límite entre lo que soy y lo que acabo de perder.

Salgo de la ducha, me seco sin ganas y me pongo una camiseta limpia, que me llega hasta los muslos. No es la suya sino una de las que tengo para dormir, amplia, vieja y con letras medio borradas de algún sitio donde no quiero volver. Me envuelvo el pelo en una toalla, aunque no me miro al espejo, porque no quiero ver la cara que me queda cuando dejo que alguien me cale de verdad.

No me voy a mi habitación, porque no sé qué haría si me lo encuentro en el pasillo. Me voy al salón y me acomodo en el sofá. No enciendo la lámpara, me limito a echarme por encima una manta que hay doblada sobre el respaldo. Cierro los ojos, aunque no me duermo. Me limito a quedarme tumbada, con el cuerpo frío por fuera y en llamas por dentro.

Al rato, me doy la vuelta y abro los ojos otra vez. Clavo la mirada en el techo, aunque no hay nada con lo que distraer mi atención, porque todo lo invade esta sensación de haber vuelto al punto de partida, pero ahora más rota, más expuesta y sola que nunca.

Capítulo 11

Max

El café tarda en salir más de lo normal o soy yo, que estoy contando cada segundo que pasa con los ojos clavados en la cafetera como si esperara que me respondiera algo, pero no lo hace. Solo gotea.

Tengo la boca seca y las manos heladas. No he dormido, aunque he estado toda la noche en la cama, con los brazos cruzados tras la cabeza, mirando el techo y oyendo en bucle la frase que ha subido Audrey a Instagram. Palabras blancas sobre fondo negro. Nada más. Sin un emoticono ni un filtro. Solo eso.

«A veces, incluso los vaqueros más sexys… tienen el corazón más roto».

Sé perfectamente que va por mí. No necesito que me lo diga. Me conoce lo suficiente.

Anoche no fui a buscarla. Me quedé en el porche, luego en la cocina y después en el pasillo. Llegué a poner la mano en el pomo de la puerta de su dormitorio, pero no llamé. No porque no quisiera, sino porque no supe cómo coño hacerlo sin cagarla más.

Me bebo el café de pie. Sin azúcar y sin nada. Al bajar por mi garganta hace que me arda, pero lo necesito.

Salgo al porche y me pongo las botas apoyándome en el primer escalón. Mientras me las pongo veo que están cubiertas de polvo y mierda, pero me da igual, no me paro a limpiarlas. El cielo aún está claro y tiene la frialdad propia de antes de que empiece a apretar el sol. El rancho está en calma, pero yo no. Tengo el pecho cerrado, la mandíbula apretada, y la cabeza hecha un nudo tan apretado, que no sé por dónde empezar a soltar.

Pienso en ella y sé que anoche lloró. Lo sé sin necesidad de verla. Saber que estuvo llorando me duele más que cualquier bronca que pudiera haberme montado.

Me levanto, cojo las llaves de la camioneta. Necesito mover el cuerpo, usar las manos, cargar pacas de heno y sudar. Lo que sea con tal de dejar de pensar en que tengo a una mujer increíble durmiendo bajo mi techo y me estoy comportando como un cobarde de mierda.

Arranco el motor y conduzco por el camino de grava hasta la zona de los corrales. Veo el remolque de Lionel aparcado junto al almacén de pienso. Supongo que él ya está allí, descargando sin esperar a que yo llegue, como siempre.

—Llegas tarde —me dice, sin girarse.

—Ni cinco minutos.

—Eso para ti es tarde... ¿Qué pasa? ¿No has dormido?

No le contesto, solo me pongo a trabajar. Me ayuda a cargar los sacos sobre la carretilla y me lanza una mirada rápida.

—Tienes esa cara de mierda que se te pone cuando algo te importa más de la cuenta.

—No empieces —le aviso.

—No he dicho nada —responde con una media sonrisa torcida—. Solo que se te nota. Como cuando papá se llevó a Rocko al matadero y tú te pasaste una semana sin hablar. O cuando Dakota te hizo firmar el maldito acuerdo.

—No metas a Dakota —gruño, empujando la carretilla con más fuerza de la necesaria.

Lionel se sacude las manos.

—¿La chica sigue aquí?

—¿Quién? ¿La neoyorkina?

—La misma —asiente Lionel.

—Sí…

—¿Y tú qué? ¿Piensas decírselo?

—¿Decirle qué?

—Lo que está en juego, Max.

Aprieto el manillar de la carretilla.

—Ya tengo suficiente con los mensajes de mierda que me manda Dakota cada dos por tres. No necesito que también tú me recuerdes lo que pasa si rompo el contrato.

—Pues recuérdalo tú. Porque si te pilla con otra mujer antes de que se cumpla el plazo, ya puedes ir diciendo adiós a tu parte del rancho y a todo. Hasta a tu nombre. Esa tía sigue teniendo el 50 % y no va a dejar pasar una oportunidad como esta.

—¿Tú crees que no lo sé? —lo miro—. ¿Tú crees que no me lo repito cada vez que miro a Audrey?

—¿Y aun así te atreves a tocarla?

No le respondo, porque lo peor es que sí. La toqué sabiendo que podía perderlo todo. Lionel suspira y me lanza una cuerda para atar los bultos.

—No es culpa suya —dice sin mirarme—. Pero si te enamoras de ella, vas a joderlo todo.

—Ya está bastante jodido.

—Entonces habla con ella o vete de Cactus Valley de una puta vez.

Lo fulmino con la mirada, pero no digo nada más. Me limito a seguir atando los sacos en silencio, con los músculos tensos y el estómago revuelto. Cada frase suya me remueve el triple, no porque

no tenga razón, sino porque la tiene y, además, porque no quiero elegir entre Audrey y el rancho. No entre lo que me enciende por dentro y lo que me ha sido mi hogar desde que tengo uso de razón. Pero si pierdo a Audrey, me muero… pero si pierdo este lugar… me quedo sin nada.

El remolque cruje cuando cae el siguiente fardo y el polvo seco del heno hace que me pique en la nariz. Echo el cuerpo hacia atrás, me seco el sudor con el antebrazo y lanzo una mirada rápida a Lionel, que se agacha con la misma agilidad de siempre, como si los años no dejaran huella en su cuerpo. Lleva el sombrero calado hasta las cejas y el cigarro apagado en la comisura de la boca. Hace rato que no dice nada, pero no necesito que abra la boca para saber que está rumiando algo.

El sol empieza a calentar con mala leche y aún nos queda media carga por descargar y yo ya tengo la camisa empapada, los brazos enrojecidos por el esfuerzo y la cabeza dando vueltas sin parar. Todo lo que no quiero pensar vuelve a ella una y otra vez. A su pelo, a su forma de caminar descalza por el suelo de mi salón y al olor a su perfume que dejó en el cojín cuando se quedó dormida.

—Tienes la típica cara que se te queda cuando metes el corazón donde no debes.

Levanto la vista y veo que mi hermano ni siquiera me mira mientras habla, pero la punzada que me atraviesa el pecho no necesita que entre nosotros haya contacto visual. Bajo la mirada y sigo apilando fardos de heno y empujándolos hasta el final del remolque.

—No empieces, Lionel.

—No has dormido. Tienes las ojeras clavadas hasta el hueso. Eso no es insomnio, eso es joderte vivo por alguien.

—Estoy bien —sentencio aunque sin demasiado convencimiento.

—No. Estás hecho una mierda y ya va siendo hora de que lo digas en voz alta.

Me giro hacia él con las manos en las caderas. El calor me hierve la sangre y su comentario me enciende más de lo que debería.

—No es asunto tuyo.

—Claro que lo es. Porque si te lanzas al precipicio sin mirar, yo soy el que tendrá que recoger tus dientes del suelo.

—No necesito que me salves, ni tampoco que me des consejos que no te he pedido.

—Tampoco necesitabas enamorarte y mira dónde estás ahora.

Aprieto la mandíbula y el viento arrastra el olor del estiércol. Me da una arcada que no tiene nada que ver con el campo, pero no me paro, necesito moverme. Así que me acerco al siguiente fardo y lo levanto con un gruñido. No sé si me jode más que me lo diga o que tenga razón.

—Sabes que no puedes meterte en nada serio. No mientras sigas atado a ese contrato con Dakota.

Me quedo quieto. La cuerda del fardo me corta los dedos, pero no la suelto. Noto el pulso acelerado en mi cuello, latiendo como si estuviera peleando por dentro. Lionel sigue con la voz calmada, como si no acabara de lanzarme una piedra a la cara.

—Si rompes el acuerdo, sabes lo que viene. Te deja sin el rancho, sin las tierras, sin los animales y sin la mitad de la vida que has construido.

—Ya, ya lo sé… Se encarga de dejármelo claro en los mensajes que me manda esa hija de puta cada dos por tres.

El fardo cae al suelo de golpe y yo me alejo del remolque, necesito espacio, aire o lo que sea. Miro al horizonte, donde la línea del campo se funde con el cielo, y noto que me cuesta tragar. El sudor me resbala por la sien y el nombre de mi exmujer me sigue sabiendo a veneno.

—Te tiene cogido por los huevos, Max.

—Lo sé —le respondo encogiéndome de hombros.

—Entonces no te metas en más barro del que ya arrastras.

—No es barro.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué es?

Respiro hondo y bajo la mirada. Me quito el sombrero, me paso los dedos por el pelo empapado y noto el temblor en mis manos. No sé qué decirle, porque no encuentro la palabra que lo explique. Porque no es solo deseo, es algo que también me remueve por dentro y que ni esperaba, ni quería.

—Es ella.

Lionel no dice nada, solo me observa. Me mira como si estuviera a punto de decir algo que puede cambiarlo todo, pero no lo hace. Sabe que ya lo he dicho yo y que estoy metido en eso hasta el fondo. Lo que también tiene claro es que no hay marcha atrás.

El interior del granero está en penumbra, porque apenas entra luz por las rendijas del tejado, y el calor acumulado de todo el día se queda atrapado entre las vigas y las paredes de madera vieja. Apoyo la espalda contra la pared, con el crujido del tablón clavándose en la nuca. Me paso las manos por la cara como si con eso pudiera borrar lo que acabo de decirle a Lionel y arrancarme la parte que no encaja. Cierro los ojos por un segundo. Lo justo para que vuelva a aparecer dentro de mi cabeza la imagen de Audrey anoche, empapada y temblando entre mis brazos, con la voz rota, diciéndome que se siente viva. No sé cómo coño se le puede mirar así a alguien y luego actuar como si nada. Me siento un cabrón, pero uno que no sabe hacerlo mejor.

No estoy hecho para esto. Nunca he sabido cuidar nada que me importe de verdad sin estropearlo. Y Audrey… joder, ella me descoloca. Me hace desearlo todo y a la vez me recuerda que no tengo nada asegurado.

Saco el móvil del bolsillo y lo desbloqueo sin pensar. Hay cuatro mensajes más de Dakota. El último solo muestra el principio del texto, pero con eso basta:

«Me he enterado de lo tuyo con la *influencer*…».

Lo borro directamente sin llegar a leerlo del todo, porque no necesito más veneno por hoy.

Vuelvo a Instagram y miro el perfil de Audrey. Su historia sigue ahí. «A veces, incluso los vaqueros más sexys… tienen el corazón más roto». Sigo sin saber si va por mí, pero me duele como si lo fuera. Porque sé que estoy jodido y que ella también lo está.

No le he escrito, ni he hablado con ella. Solo me he escondido aquí como un cobarde, porque sé que si voy y la toco otra vez… la pierdo. Pero si no lo hago… también.

Me paso la mano por el pelo, frustrado, dejando que la culpa me apriete el pecho. No puedo seguir así ni vivir en esta puta cuerda floja mientras la tengo a unos metros de distancia y no hago nada. Ni siquiera sé si todavía está en casa, ni si piensa quedarse. Solo sé que tengo el corazón descolocado y las tripas hechas un nudo.

La luz empieza a cambiar y se cuela por la puerta entreabierta del granero con un color que anuncia que el día se va acabando. Decido moverme, aunque mis piernas protestan, pero camino igual.

Cuando llego a la casa, lo primero que veo es su coche. Por suerte, continúa aquí aparcado junto al abrevadero, con polvo en los retrovisores y restos de barro en los bajos. Me paro en seco, porque eso significa que no se ha ido. Pero también que no sé en qué parte de esta historia estoy ahora. Si en el principio, en el final… o en ese limbo en el que las cosas dejan de tener nombre.

Subo los escalones del porche despacio, notando cómo cruje cada uno bajo mis botas. Me quedo de pie frente a la puerta, pero no la abro, ni llamo, ni digo nada. Solo permanezco quieto, con los puños apretados y la garganta llena de palabras que no sé convertir en frases.

Podría entrar, buscarla y decirle que lo siento, aunque no sé si eso bastaría para reparar todo lo que he roto sin querer. Pero no lo

hago, porque en el fondo sé que la decisión ya está tomada. Porque aunque aún no haya abierto la boca, ya lo he hecho todo mal.

Audrey ya no es solo una invitada que duerme bajo mi techo. Ni la mujer que mejor folla de todas las que han pasado por mi cama. Ni siquiera es solo esa *influencer* que llegó hecha pedazos. Ella es algo más. Algo que me está enseñando que hay cosas que no se pueden controlar.

Audrey es una amenaza o una promesa de todo lo que podría ser… y un salto al vacío del que no estoy seguro de saber volver. Y eso me asusta, porque he pasado demasiado tiempo aprendiendo a sobrevivir solo. Además, me he acostumbrado a la idea de que todo lo que toco acaba rompiéndose. Porque tengo la certeza de que si me dejo caer en ella, esta vez no voy a saber cómo salir.

Así que mejor me quedo quieto, porque volver a tocarla puede hacerlo volar todo por los aires, pero no tocarla me está destrozando igual.

Capítulo 12

Audrey

La casa está vacía. No hay botas en la entrada ni ruidos en el porche. Max ha salido antes de que me despertara. Otra vez. No ha dejado ninguna nota y tampoco ha respondido a mi mensaje. Lo envié hace dos horas, con un «avísame cuando llegues» tan estúpido como innecesario. Pero ni rastro como si se lo hubiera tragado la tierra después de lo que sucedió ayer entre él y yo.

Me acerco la taza contra el pecho y vuelvo al salón. El sofá está hundido por un lado, justo donde se sienta siempre Max. Me dejo caer en el otro extremo, pero percibo algo raro. No sé si es el silencio, la mañana, o esta sensación que tengo pegada al estómago desde que he abierto los ojos. Hay algo que no encaja, pero no tengo ni idea de lo que es.

Observo el mueble de madera que hay junto a la ventana. Nunca le he prestado demasiada atención. Me fijo en él y veo que es antiguo, con pomos de hierro forjado y tiene el barniz cuarteado por el paso del tiempo. Me levanto sin pensar y me agacho delante del primer cajón. Al abrirlo, me llega un olor a cerrado y a polvo. Dentro hay un revoltijo de papeles, sobres amarillos por los bordes, una caja de cerillas del bar del pueblo, y una cinta de tela azul anudada con torpeza.

Aparto cosas sin demasiada intención hasta que veo un sobre más al fondo. No tiene sello ni remitente. El papel está rasgado por una esquina y doblado en tres. Al sacarlo veo que dentro hay una carta escrita a mano, con tinta un poco descolorida, y una fotografía pequeña, algo desvaída.

Lo primero que hago es mirar la imagen y reconozco a Max. Está mucho más joven y lleva el pelo más largo. Lleva la camisa remangada, aparece sonriente y tiene un brazo alrededor de la cintura de una mujer pelirroja que luce un vestido claro. Están en medio de un prado. Se me seca la boca y aparto la foto un segundo mientras despliego la carta. Son apenas cinco líneas. La letra es firme y con trazo elegante.

«Espero que algún día me entiendas. Me dolió más a mí que a ti, pero lo hice por tu bien. No quise desaparecer, solo necesitaba sobrevivir. Lo nuestro merecía otro final».

No hay firma debajo de estas líneas.

Sé que no debería haberlo leído, pero ya no hay vueltas atrás. Me quedo quieta, con los dedos tensos y la mirada fija en esa letra que no reconozco. El pecho se me cierra, como si alguien hubiera decidido comprimir todo el aire en una caja invisible dentro de mi cuerpo. No sé quién es ella. Quizá es su exmujer... No sé si es peor que lo sea o que no.

Lo único que tengo claro es que no me lo ha contado y que me he encontrado con esto por casualidad y eso es lo que más me duele.

Vuelvo a mirar la foto y me fijo en la postura de Max, en cómo sujeta a la pelirroja y en la expresión relajada de su cara. Es una imagen cálida e íntima y una prueba de un instante que no finges.

La dejo sobre la mesa, al lado de la taza, pero mantengo la mano sobre ella. No quiero sentir esto, pero lo siento.

Camino hacia mi habitación con el estómago revuelto y la garganta tan cerrada que no sabría decir si es por rabia o por tristeza o tal vez por las dos. Al llegar a mi dormitorio, cierro la puerta sin hacer ruido y me quedo quieta de pie y con las manos colgando a los lados, los ojos vidriosos y esa presión en el pecho que no afloja. Como si mi cuerpo ya supiera lo que mi cabeza se niega a aceptar.

Abro el armario sin pensar y empiezo a meter mi ropa en la maleta con una urgencia que no sé de dónde me sale. Solo quiero irme y alejarme. Necesito que esto deje de doler. Y mientras lanzo un sujetador sobre un vestido arrugado, aparecen imágenes en mi cabeza que no he pedido: Max sujetándome la cara con sus grandes manos y cálidas mientras me besaba con una delicadeza que parecía de verdad. Max en la cocina, sin camiseta, con la sartén en la mano y una sonrisa ladeada. Max dormido a mi lado, con la respiración tranquila y dándome la calma que nunca he sabido sostener.

Las piernas me fallan y tengo que sentarme en el borde de la cama. Me agarro con fuerza al colchón, como si el tejido pudiera sostenerme y respiro hondo, pero no me sirve de nada. Lloro, aunque sin hacer ruido y sin rabia. Solo me caen las lágrimas, pero ya no las freno. Me siento estúpida por haber confiado en él y haberme creído que lo nuestro podía ser diferente. Por volver a pensar, una vez más, que alguien como él podía ver algo en mí.

De repente, oigo que mi móvil vibra sobre la cómoda. No me hace falta mirar quién es porque ya sé que es Kristen. Y también tengo claro que, si leo lo que me ha puesto, me voy a romper del

todo. Así que lo dejo ahí, como si ignorarlo fuera una forma de mantenerme entera.

Me cambio de ropa y me pongo el vestido negro de tirantes finos, que siempre llevo para viajar cómoda, unas deportivas blancas y una chaqueta vaquera que me tapa los hombros, pero no el temblor de mi cuerpo. Miro mi maleta abierta y la cierro con un clic seco. Cuando salgo del dormitorio, noto que el corazón me late tan fuerte, que oigo cómo retumba en mis oídos. Al llegar al porche, me detengo y miro a lo lejos. A la curva por donde debería aparecer si fuera a detenerme. Pero no aparece nadie. Tampoco está su camioneta aparcada fuera y la casa parece más vacía que nunca.

Dejo la maleta al lado de la puerta y me siento en el escalón. Me limpio la cara con la manga de la chaqueta. Respiro hondo y saco mi móvil. Aunque dudo, acabo abriendo Instagram. Subo una historia con una imagen del porche, la maleta a un lado y una canción triste de fondo. Sin texto y sin explicaciones. Después, apago el teléfono y lo meto en el bolso como un cierre simbólico de todo esto y continúo esperando, aunque no sé demasiado bien a qué.

Capítulo 13

Max

No es normal que vuelva a esta hora, ni que me tiemblen las manos al buscar las llaves en el bolsillo trasero del pantalón. He pasado la mañana empujando pacas y ni siquiera he notado el calor hasta ahora, que me bajo de la camioneta con la camisa empapada.

Camino hacia la casa y me limpio los dedos en la pernera antes de girar el pomo. Al entrar hay algo en el ambiente que no encaja. No sabría decir qué es lo primero que noto. Puede que el olor o, mejor dicho, la ausencia de él. Ya no huele a café recién hecho ni a vainilla, ni al champú de Audrey que solía flotar por la casa cuando salía de la ducha con el pelo mojado. Tampoco hay música, ni un solo ruido y la casa está demasiado limpia y ordenada.

—¿Audrey? —pregunto alzando la voz, pero no escucho ni el menor ruido.

Avanzo hacia la cocina dejando marcas de polvo seco sobre las baldosas, y me quedo quieto al ver la taza sobre la encimera. Es blanca, tiene una grieta fina en el borde y el interior todavía conserva algo de café frío. Me extraña verla ahí y no en el escurrido, limpia y recogida. Solo está ahí como una pista mal dejada.

Me echo hacia atrás, saco el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón y en cuanto desbloqueo la pantalla, el mundo se me parte en dos. Veo que Audrey ha subido una historia a Instagram hace media hora. La abro y aparece un vídeo del porche de esta casa. De fondo, se oye el canto de los pájaros. La imagen se mueve ligeramente antes de enfocar una maleta roja junto a la puerta. Luego, una frase en blanco: «Gracias por todo, Cactus Valley».

Cuando leo esas palabras, siento un latigazo en medio del pecho. Pauso el vídeo y vuelvo a observar la maleta y la puerta. Apoyo la mano en la pared, como si necesitara comprobar que es la misma maldita casa que aparece en la pantalla de mi teléfono. Abro la puerta y salgo al porche. Miro a los lados y compruebo que sigue vacío. La madera sigue tibia por el sol, pero ya no huelo su perfume ni esa energía suya que llenaba todo, aunque no dijera una palabra. Solo encuentro la ausencia de Audrey y este gran vacío que se apodera de mí con más fuerza con cada segundo que pasa.

Me paso una mano por la cara, mientras con la otra sostengo el teléfono. En la pantalla sigue apareciendo la imagen congelada de la maleta y del porche.

—Mierda —susurro para mí y entro de nuevo en la casa.

Voy hacia el pasillo y camino hacia su habitación, que está a oscuras. El armario tiene las puertas abiertas y está vacío. Su ropa

ha desaparecido y también sus zapatos. Tampoco veo la bolsa de tela donde guardaba el maquillaje ni el neceser que siempre se dejaba sobre el lavamanos.

Lo único que queda de ella son restos. El lado de su cama deshecho, un pelo largo y castaño claro sobre la almohada y un par de pendientes diminutos olvidados en la mesita. Como si ni se hubiera molestado en ponérselos para marcharse.

Contengo el aliento mientras recojo el edredón del suelo. Luego salgo de la habitación y, en cuanto cruzo el marco, noto la incomodidad. Es como un nudo que se me instala en el pecho antes de que el cerebro entienda por qué.

Mi mirada va directa a la mesa y en ese mismo instante veo la puta foto. Cruzo el salón como si algo pudiera estallar si me muevo demasiado rápido y allí está en mitad de la mesa esa imagen en la que aparezco yo, con un buen puñado de años menos, con la camisa arremangada, sonriendo a cámara y con Dakota apoyada en mi hombro, con su brazo cruzad por delante de mi pecho. Ese tipo de poses que nunca fueron del todo espontáneas pero que fingíamos como si lo fueran. Yo sé exactamente cuándo y dónde se tomó esa foto. Sé qué copa llevaba en la mano justo antes y también sé lo que vino después.

Lo que no entiendo es lo que hace esta puta foto aquí. La tenía guardada en un cajón olvidado junto con otras cosas que no quiero recordar. Yo no la he sacado, así que quién debe haberla encontrado habrá sido Audrey y eso ha sido lo que ha jodido todo.

Suelto una maldición por lo bajo y noto cómo el sudor me resbala por la espalda. Junto a la foto hay un papel doblado en dos. No necesito abrirlo y leerlo, porque puedo imaginar lo que dice. Así que cojo la foto, la doblo por la mitad y la aprieto en mi mano hasta que la hago una bola. Escucho cómo cruje, y en esa grieta diminuta de papel, siento que algo dentro de mí se parte también.

Respiro por la nariz de forma lenta y profunda y me siento en el sofá y dejo que el peso de todo esto me hunda. El aire de la casa ya no es el mismo, porque no tiene su olor. No hay nada. Ahora todo está apagado, incluido yo mismo.

Abro la puerta de un empujón que hace crujir la madera y salgo al porche. Busco con la mirada algún otro rastro de ella, pero no hay nada. A mi alrededor solo encuentro vacío.

—¡Audrey! —grito con fuerza, aunque sé que nadie me va a responder.

Inclino la cabeza y aprieto los párpados. El sudor me empapa las sienes y la camisa pegada al pecho. La he dejado marcharse. No la he parado, ni he peleado por ella y eso me destroza por completo.

En este momento no soy capaz de pensar, ni de razonar, solo de actuar. Bajo los escalones de dos en dos y me dirijo al garaje a zancadas, con el pulso desbocado, la mandíbula apretada y los ojos achicados por el sol, que ya empieza a caer de lado.

No he sacado las llaves del contacto al llegar, ni me había dado cuenta. Abro la puerta, me asiento y la arranco sin ajustarme ni siquiera el cinturón. Las ruedas arrancan polvo en cuanto piso el embrague y acelero con tanta fuerza que algunas piedras me golpean la parte baja del chasis.

No tengo un plan. Solo tengo la imagen de esa maleta en mi cabeza y la certeza de que si no la encuentro ahora… no la encontraré nunca.

Salgo a la carretera que baja hacia el centro del pueblo con las manos aferradas al volante, los nudillos blancos y la cabeza al borde de estallar. El motor ruge al cambiar de marcha. Paso junto al campo de alfalfa, luego los establos del viejo Luke, y después, a lo lejos, la curva que lleva hasta la panadería. Enfilo la calle principal de Cactus Valley con el coche vibrando bajo los pies. Las casas, los porches, los negocios… todo parece más pequeño y lejano. Busco su pelo largo en las aceras y su sonrisa entre las sombras que proyectan los toldos. Recorro cada esquina con la vista, sin frenar. Giro la cabeza hacia el aparcamiento del supermercado. Nada. Paso junto al Cactus Diner y veo a June, la dueña, saliendo con una bandeja. Le doy dos toques con el claxon y bajo la ventanilla.

—¡June!

Se gira al instante, con una ceja levantada y el delantal sucio de harina.

—¿Has visto a Audrey?

Niega despacio, sin entender.

—¿Audrey Miller? ¡¿La has visto por aquí?!

—¡No, Max! ¿Por qué?

—¡Por nada! ¡Gracias!

Acelero antes de que pueda seguir preguntándome. Atravieso el cruce que hay frente a la escuela y paso junto al taller mecánico. Allí tampoco está y suelto un suspiro largo y profundo.

Cojo el móvil del salpicadero y llamo a Audrey, pero no me responde. Desesperado pruebo también a llamar a Kristen. Tengo su teléfono porque Lionel me dijo que fue ella quién había hecho la reserva de la casa para Audrey. Suena una vez, luego otra y otra más.

—Vamos, vamos, vamos…—digo mientras espero a que me responda.

La cuarta señal suena más larga y acto seguido salta el buzón de voz.

—Mierda —murmuro entre dientes.

Cuelgo y vuelvo a llamar, aunque esta vez ni siquiera suena y me envía directo al contestador. Lanzo mi teléfono sobre el asiento del copiloto y golpeo el volante con la palma.

Me obligo a frenar. Entro en la gasolinera y detengo el motor frente al surtidor más alejado. El cristal refleja mi cara, el pelo pegado a mi frente, mi cuello rojo por el sol y los ojos inyectados. Parezco un toro a punto de embestir.

Apoyo la frente en el volante y respiro hondo. Siento el corazón reventar contra mis costillas. Me duele el pecho como si alguien hubiera metido la mano y estuviera apretando mi corazón con el puño apretado.

De repente, me pasa una imagen por la cabeza de Audrey, apoyada en la barra de la cocina, con las rodillas marcadas por las marcas del taburete y el pelo suelto. Contándome que no soportaba las estaciones de tren.

—«Me dan ansiedad», dijiste —murmuro al aire caliente del interior del coche—. «No me gusta ver cómo la gente se va y tú te quedas». Y ahora tú estás haciendo eso precisamente…

Ahora entiendo por qué eligió esta forma de irse sin decir ni un adiós en voz alta. Por qué se fue sin hacer ruido y sin mirarme a los ojos. Porque no quería quedarse ni un segundo más para ver cómo me rompía.

Miro el retrovisor y veo que la carretera hacia el norte está despejada. El polvo flota sobre el asfalto como una cortina y mientras la observo, me muerdo el labio inferior.

—No hay muchas opciones, ni muchas salidas. Solo una forma de huir de este sitio a estas horas si no tienes coche propio y no te gusta el tren.

Piso el embrague y giro el volante.

—Aeropuerto —susurro y acelero.

El motor de mi camioneta responde como un animal salvaje. Me dejo llevar por la vibración que noto bajo el asiento, por el sonido del aire entrando a presión por las ventanillas abiertas y por la urgencia que me recorre entero.

Recuerdo el primer día que la vi sucia de barro y con la mirada desafiante mientras me miraba y me hablaba con la voz temblorosa al verme en la bañera, lleno de espuma y con la vista perdida en el hueco de sus clavículas. Aunque también me acuerdo de cómo me miró antes de besarme, de la cena con velas, de sus dedos en mi cuello, del sonido de su risa… También me acuerdo de la noche que se quedó dormida en mi pecho y pensé que quizá, por primera vez en años, alguien había decidido quedarse junto mí. Pero no, no lo ha hecho.

Pero, aun así, sigo conduciendo como si pudiera alcanzarla antes de que suba a un avión. Como si eso bastara para pararla y decirle que se quede solo porque yo estoy aquí, con el corazón abierto y los brazos vacíos.

Tomo la salida hacia el aeropuerto regional. La carretera se estrecha y el arcén está cubierto de tierra seca y hay una curva que me obliga a reducir la velocidad. Miro el reloj. No sé a qué hora sale su vuelo, ni ya está en el aeropuerto y si, ni siquiera, ha comprado un billete. No sé nada. Pero sigo, porque lo único peor que no encontrarla… sería no haberlo intentado.

El edificio del aeropuerto aparece al fondo, tan pequeño como la última vez que lo pisé, cuando me despedí de mi hermano después del entierro de mi padre. Aquella vez también me costaba respirar.

El asfalto cruje bajo los neumáticos mientras giro con un volantazo seco y dejo la pick-up atravesada en la zona de carga. Ni apago el motor ni cierro bien la puerta. Salto del asiento con las botas llenas de polvo y cruzo la explanada de hormigón como un perro que ha olido la sangre y corre veloz hacia su objetivo.

Entro en el edificio y el aire acondicionado me golpea en la cara. Hay una cola para el control de equipaje, un grupo de estudiantes con mochilas enormes y una pareja discutiendo en voz baja.

Al final de esa cola la veo de espaldas con la chaqueta vaquera puesta y la maleta roja a un lado, observando la pantalla que indica la hora de embarque. El vuelo hasta Nueva York aún no aparece, pero ella sigue quieta, concentrada en la pantalla, sola y más lejos de mí que nunca.

—¡Audrey!

Al escuchar su nombre, se gira al instante y me ve. Cuando nuestras miradas se encuentran, veo que tiene los ojos hinchados y la boca apretada en una línea, que no es propia de ella. Esa no es la Audrey que bailaba descalza en el salón con la música a todo volumen, ni la que se quejaba de mis calcetines en mitad de la cocina mientras me robaba los huevos revueltos del plato. La Audrey de ahora es otra, una que ha decidido marcharse de mi lado.

—¿Te vas sin decir nada? —camino hacia ella con el cuerpo en tensión.

Ella no se mueve, solo me mira y traga saliva.

—No quiero volver a sufrir —responde sin levantar apenas la voz—. No lo soportaría.

—¿Sufrir por qué? ¿Por confiar en mí?

—He visto la foto —susurra—. Tú con esa mujer… Pero no tienes que explicarme nada, porque ya lo he entendido…

—¿Y qué has entendido exactamente? —doy un paso más y ahora ya estoy frente a ella—. ¿Que soy otro cabrón más que juega contigo? ¿Que te he mentido?

—No quiero otra historia donde me vuelvan a hacer daño —me mira un segundo y luego baja la vista—. Ni tampoco quiero más promesas vacías.

—¡No tengo nada con ninguna otra mujer! —mi voz rebota contra los techos bajos del edificio—. ¡Esa foto es del pasado, Audrey!

Ella tiembla. Lo noto incluso sin tocarla, como si mi frase la hubiera partido por dentro, aunque por fuera aún continúe intacta.

—No puedo pasar de nuevo por esto —susurra.

Me quedo quieto, aunque siento cómo la sangre me golpea detrás de los ojos, cómo la mandíbula se me endurece y mis dedos se tensan.

Miro a mi alrededor y veo a una señora mayor se ha parado a observar, dos empleados detrás del mostrador intercambian una mirada incómoda y un niño pequeño tira de la chaqueta de su padre para señalarme.

Me da igual, porque ahora mismo me arde la boca por todo lo que no he dicho, pero también por lo que me he callado. Pero ya no puedo callarme más.

Me trago el orgullo y con él, todo lo que había construido para protegerme.

—¿Quieres saber la verdad? —le digo con un tono de voz más bajo de lo habitual y áspero, como si me estuviera arrancando las palabras de dentro—. La mujer de la foto es Dakota —añado, sin apartar la mirada de ella—. La única persona que ha conseguido joderme de verdad en esta vida. Y créeme… no lo digo con rabia.

Audrey frunce levemente el ceño, pero no se mueve ni deja de mirarme.

—Guardé esa foto porque no sabía qué hacer con ella. Porque no tenía cojones a tirarla, ni fuerzas para mirarla. La metí en un cajón olvidado como quien encierra una serpiente. y la enterré allí donde pensé que no volvería a doler.

Me paso la mano por la nuca.

—No quería que tú la vieras. No porque me avergüence sino porque contigo... todo esto es distinto. Joder, Audrey. Tú no

eres solo una historia bonita, ni un pasatiempo, ni otra más—. Tú eres la única que ha conseguido desmontarme.

Ella traga saliva.

—Con tus vídeos absurdos y tu manera de reírte cuando algo no tiene puta gracia. Con tus frases con trampa, tus batallas contra el rímel, tus camisetas viejas llenas de olor a jazmín, tus tazas a medio beber que encuentro por toda la casa como si fueran pistas para encontrarte...

Siento como el temblor que invade mi cuerpo, me trepa por la garganta.

—Eres tan terca que a veces me dan ganas de gritarte, pero también tan valiente que me haces sentir un cobarde de mierda y tan tú… que al llegar a casa y no te estabas, creí que me ahogaba.

Ella no dice nada. Pero sé que está escuchando.

—No te he prometido palabras vacías, porque no soy de esos. Te he dado lo que tenía. Incluso lo que pensaba que ya no existía. Lo que me quedaba por debajo del miedo. Lo que creía podrido. Me has tocado partes que ni sabía que seguían vivas y ahora estás aquí, delante de mí, con esa maleta en la mano, diciéndome que no soportarías sufrir.

La miro y siento que me duele hasta el aire.

—Pues déjame decirte que yo sí que lo soportaría. Porque prefiero vivir con el dolor de haber apostado por ti… que con el vacío de no haberlo intentado.

Ella cierra los ojos. Pero no se va.

La terminal se desdibuja a mi alrededor y el mundo para mí se reduce a su rostro.

—Mírame —le pido.

No lo hace de inmediato, pero al final lo hace.

—Mírame a la cara y dime que esto no vale nada —susurro.

Ella baja la mirada, pero no dice ni una palabra y yo... ya no puedo más.

—Audrey…

Da un paso hacia atrás, pero yo doy uno hacia delante.

El altavoz del aeropuerto escupe el aviso del embarque de su vuelo y la gente empieza a moverse a nuestro alrededor. Ella mira

la pantalla, luego su maleta y, por último, a mí.

No habla, ni se gira, pero veo cómo los labios le tiemblan.

—No me hagas irme así —dice, al fin, tan bajo que casi no lo oigo y eso me rompe, porque todo dentro de mí quiere decir que no, que no lo haré, que no pienso dejarla marchar como si esto fuera una serie de mierda de Netflix con música triste y final en negro. Pero no me salen las palabras. Solo soy capaz de mirarla con todo lo que soy, con todo lo que me falta y con todo lo que me sobra desde que ella apareció.

En mis ojos está la respuesta que no sé dar con la boca, porque ya no sé amar en silencio. Ahora solo sé hacerlo con el cuerpo entero, aunque me duela, pero es como ella me ha enseñado.

No sé cuánto tiempo llevamos parados, rodeados de miradas ajenas y con esta distancia absurda entre los dos que parece multiplicarse a cada segundo que pasa. Podría jurar que no respiro desde que le he dicho todo lo que le he soltado y que el cuerpo se me ha quedado bloqueado en el punto exacto en el que más duele.

Ella sigue con el billete en la mano y yo no me muevo, porque no puedo. Pero entonces algo dentro de mí se rompe, como si todo lo que he contenido desde el primer día que se cruzó en mi vida reventara ahora en medio de este aeropuerto de mala muerte, con las venas abiertas, el orgullo hecho trizas y la única mujer que me ha hecho creer que todavía podía sentir algo real a punto de marcharse.

Alzo la voz, aunque no grito, pero con toda la rabia y la verdad que me quema por dentro.

—¡No pienso en ninguna otra mujer! —mi pecho sube y baja con violencia—. ¡No desde que tú entraste en mi baño… y en mi vida!

Audrey se queda helada. La mochila se le escurre del hombro y cae al suelo. Su barbilla tiembla y me mira. Pero esta vez lo hace de verdad y sin miedo, sino con esa intensidad que tienen los que se asoman a un precipicio sin saber si tirarse o retroceder.

Yo no aparto la mirada de ella ni un milímetro.

—Te metiste en mi casa —continúo, con la voz más baja, pero más firme—. En mi cama y mi maldita rutina. Me jodiste el orden, el control y en la forma en la que vivía para no sentir. Y ahora te largas porque crees que no es de verdad.

Suelto el aire por la nariz y aprieto los puños a los costados.

—Pero lo es.

Vuelvo a mirarla y oigo como una mujer se aclara la garganta al fondo. Alguien murmura algo detrás de nosotros. El altavoz anuncia por segunda vez el inicio del embarque. El mundo continúa girando, pero Audrey se queda clavada frente a mí con el billete en una mano y la otra abierta, sin saber si recoger la mochila o dejarla donde está.

No habla. Tiene las pestañas mojadas y la nariz enrojecida. Pero no se mueve. No da un paso, ni baja la cabeza. Sigue ahí, luchando contra algo que no sé si tiene más que ver conmigo o con todo lo que arrastra desde antes de conocerme.

Yo sigo esperando. No le tiendo la mano, ni le ruego. Solo me quedo frente a ella quieto, con la boca seca y el pecho abierto, ofreciéndole lo único que me queda: lo que soy cuando ella está cerca.

Pasan los segundos. Ella mira el billete que tiene en la mano, luego me mira a mí. Y vuelve a mirarlo, como si esperara que le diera una señal. Pero no dice nada, ni yo tampoco. Porque hay cosas que, cuando se sienten de verdad, ya no necesitan explicación. Y esto era todo lo que tenía que decirle sin adornos y sin filtros. La verdad, tal cual.

Capítulo 14

Audrey

Tengo el billete en la mano, pero no siento los dedos de las manos, ni los pies… ni siquiera el suelo bajo las suelas de mis zapatos.

Tengo la sensación que ahora mismo el mundo entero parece sostenido por un hilo tan fino, que si respiro muy fuerte, se rompe. Así que me quedo quieta, con la garganta hecha un nudo y la mandíbula apretada para no dejar escapar lo poco que aún conservo dentro. Max está frente a mí, apenas a dos pasos de distancia con los ojos clavados en mí como si acabara de vaciarse por completo y ahora esperara a que yo decidiera qué hacer con todo eso.

Está tan inmóvil como yo y callado. No me suplica, solo me ofrece su verdad, cruda y sin adornos, y me mira como si, por primera vez, estuviera dispuesto a permitirme verle entero.

El altavoz repite el aviso de embarque de mi vuelo. A mi derecha, veo de reojo una pareja recoge las mochilas y se dirige a la puerta. Un niño empieza a llorar a mi espalda y el aire acondicionado me eriza la piel. Sin embargo, lo único que percibo con nitidez es el calor y la tensión que emana Max.

Ha llegado el momento de tener que elegir y lo elijo a él. Así que, doy un paso hacia delante. No muy firme, pero claro. Aprieto el billete entre mis dedos y alzo la vista hasta sus ojos que se clavan en los míos. Me acerco a él y el billete se me cae al suelo, aunque no me agacho para cogerlo, porque me da igual.

—No quiero una historia más a medias —le digo con voz clara, aunque por dentro tiemblo de arriba abajo—. Si me quedo… necesito saberlo todo.

Sin dejar de mirarme a los ojos, asiente con un leve movimiento de cabeza y alarga una mano y yo se la tomo. No nos besamos, ni abrazamos, ni nos decimos nada. Solo nos tomamos de la mano y nos miramos y todo lo demás desaparece.

Max conduce la camioneta con los nudillos blancos sobre el volante. No ha puesto música, ni habla, ni me mira. Yo tampoco digo nada y apoyo la cabeza en la ventanilla, que está fría, a pesar del bochorno que se cuela desde fuera. El cristal vibra con los baches del camino y

yo intento sincronizar mi respiración con el traqueteo irregular de las ruedas, aunque me cuesta. Tengo la garganta agarrotada y el pecho lleno de frases que no sé si debería soltar ahora o dejar que se disuelvan con el polvo del camino.

No quiero romper este momento extraño, suspendido, como si el trayecto en sí fuera un punto intermedio entre el desastre y algo que todavía no sé si tiene forma. Le miro de reojo y veo que tiene los labios apretados. Las venas del antebrazo se le marcan cada vez que gira el volante y noto que tiene la mandíbula más apretada de lo habitual. Tiene la expresión contenida, aunque no me parece que sea por frialdad, sino por contención.

Noto que nos vamos acercando al rancho por el cambio en la textura del aire y la manera en que los árboles se abren a los lados. Cuando llegamos frente a la casa, Max aparca sin decir nada. Apaga el motor, sale de la camioneta, la rodea y abre mi puerta. Ambos seguimos en silencio. No necesito preguntarle nada, porque esta vez… ya no necesito que me lo diga todo en palabras. Quiero que me lo muestre.

Cruzar el umbral de esta casa no debería ponerme nerviosa, pero ya es distinto. Ahora no estoy de paso, ni me refugio de nada, porque ahora he elegido quedarme y eso pesa más que mi maleta.

Max me deja pasar y que camine delante de él, como si quisiera que fuera yo quien marcara el ritmo. Camino despacio por el pasillo y veo que la puerta de mi dormitorio está abierta. Entro y veo la cama deshecha por mi lado. La ventana entreabierta deja que entre una brisa tibia que levanta apenas el borde de una cortina. Todo está igual a como lo dejé, aunque ahora me parece distinto.

Max sigue callado, se detiene frente al armario y baja la mirada hacia un mueble bajo, de madera oscura, que nunca he visto abierto. Tarda unos segundos en sacar una pequeña llave del bolsillo trasero del vaquero, la introduce en la cerradura y la abre. Lo miro con atención, aunque de fondo no se escucha una música dramática para añadir tensión a la situación, sino solo el sonido de la cerradura al abrirse. Dentro de ese pequeño mueble hay una caja de metal, no demasiado grande, que tiene dentro unos sobres. Unos cerrados y otros arrugados. Algunos parecen antiguos y otros no tanto, pero

por lo que veo, todos están escritos a mano. Max se mantiene en silencio durante unos segundos y luego respira hondo.

—Son cartas que nunca envié —su voz suena baja, como si no hablara conmigo, sino con algo dentro de él—. A Dakota. Algunas son de rabia. Otras… no sé. Una forma de hablar conmigo mismo...

No me muevo, solo le escucho. Aunque podría coger una de esas cartas, abrirla y leerla, pero no lo hago. Prefiero que sea él quien me lo ofrezca, no quien me lo entregue por inercia.

Entonces se gira y me mira. En su mirada no encuentro a ese Max, que se protegía con pullas, ni del que se parapetaba en el sarcasmo. Ahora el Max que está frente a mí está desnudo emocionalmente. y qué difícil es sostener la mirada cuando uno de los dos está con las tripas al aire.

—Firmé ese contrato porque quería proteger este sitio —me cuenta sin rodeos—. Pero lo firmé sobre todo para que Lionel pudiera seguir aquí, al frente. Yo ya no quería quedarme. Me dolía todo. El rancho, ella y yo.

No sé cómo responder a eso, porque no es una confesión sino una herida y la comparte conmigo sin pedirme nada a cambio.

—Pensaba que algún día cerraría ese capítulo —continúa ahora clavando su mirada en la mía—. Pero resulta que no se cierra solamente hablando… sino sintiendo algo por otra persona.

Escuchar esas palabras de sus labios, que no son una declaración romántica, ni una confusión, sino algo mucho más difícil de contar: una certeza que ha nacido del dolor. Hace que me arda la piel por dentro. Siento cómo me sube el calor por el cuello y los ojos se me humedecen, porque esto… esto no es una historia más, sino un hombre que se atreve a romper su coraza delante de mí. Y yo lo entiendo, porque no es que me esté diciendo que me ama, sino que ya no quiere huir de sí mismo, ni de lo que siente, ni de mí.

Me dejo llevar y doy un paso, le cojo la cara con las dos manos y lo beso con la boca entreabierta y el alma entregada. Como quien ha decidido quedarse sin condiciones y él me besa de vuelta. Me besa sin hambre, pero con entrega y me saborea como si tuviera todo el tiempo del mundo y el simple hecho de tenerme aquí, de verdad, fuera suficiente.

Apoya la frente contra la mía y pone sus manos en mi cintura como si quisiera preguntarme si puede quitarme la chaqueta. Se lo permito con un gesto leve y con los labios rozando su mandíbula. La desliza por mis brazos con tanta suavidad que apenas siento la tela marcharse. Después me roza el hombro con los labios y entonces me atrevo a bajarle la cremallera de su vaquero despacio y sin mirarle. Mientras lo hago siento cómo se le tensa el abdomen bajo la camisa y noto cómo su cuerpo responde incluso antes de que yo llegue a tocarlo. Él me acaricia la espalda por encima de la camiseta. No busca desnudarme, sino memorizarme. Me gira hacia la cama y me lleva con las manos abiertas, como si sostuviera algo frágil sabiendo que ya se ha roto demasiadas veces y me tumba sobre las sábanas y, en este instante, se me cae el miedo. Se arrodilla a mi lado y me mira. Parece que necesite asegurarse de que sigo aquí y que no soy una alucinación. Le desabrocho camisa, se la quito y le dejo el pelo revuelto, aunque no se lo peina y yo tampoco. Después, me saco yo la camiseta sin prisa y dejo que mis pechos al aire, con el sujetador aún puesto. Me lo desabrocha desde atrás, con una mano. Ni siquiera nos miramos en ese momento solo respiramos.

Se tumba encima de mí, aunque todavía ambos llevamos los pantalones puestos. Apoya el peso con el antebrazo a un lado de mi cabeza y con el otro brazo me recoge el costado. Me acaricia el pecho con la nariz como un animal que necesita reconocerte por el olor y a mí se me escapa un suspiro. Entonces me besa otra vez. Esta vez sí hay hambre en su beso y me muerde el labio inferior, pero después lo acaricia con la lengua. Me lame el cuello, me besa el hombro y me abre los pantalones con una lentitud que roza la crueldad. Yo le miro mientras me los baja entre besos, dejando caricias entre una pierna y otra. Cuando su mano roza el interior de mi muslo, arqueo la espalda. Él se mantiene en silencio y me los termina de quitar. Me separa las piernas sin violencia, pero con firmeza y se inclina sobre mí. Me besa las tetas como si llevara horas esperándolo y rodea un pezón con la lengua y el otro con la mano.

—Estás temblando —me susurra.

—Ya lo sé —le respondo con una leve sonrisa.

No me lo reprocha, sino que él también me sonríe y me lame el ombligo. Después, me baja las bragas y me mira. Se mete entre mis piernas con la naturalidad y pasa la lengua por mi clítoris suave al principio, pero luego lo hace más lento y profundo. Me agarro a la sábana con los dedos, me muerdo los labios y le agarro el pelo, pero no lo aparto. Cuando estoy a punto de explotar, se incorpora, se desviste por completo y me separa las rodillas. Me penetra con cuidado de forma lenta, pero hasta el fondo y lo hace mirándome a los ojos.

Me folla sin prisas y sin embestidas salvajes, ni empujones. Nuestros cuerpos encajan, nos miramos sin prisa y gemimos profundamente con una conexión brutal entre él y yo. Mientras me penetra, me acaricia la cara, me lame los pezones y se hunde en mí hasta el fondo.

—Joder, Audrey…

—No pares —le susurro.

Nos movemos al ritmo del otro. Sudamos y respiramos fuerte. Nos hablamos sin palabras y me aprieta los muslos y yo le araño la espalda. Nos fundimos, nos volvemos unos y estallamos de placer juntos.

—Te quiero —le digo entre jadeos.

—Y yo a ti —me responde justo antes de besarme.

Cuando acabamos, nos quedamos pegados. Él encima de mí mientras yo le acojo rodeándole con mis piernas. Me rodea con los brazos, me acaricia el pelo y no me suelta. Me quedo dormida agarrada a su pecho, con su respiración en mi oído, mi sexo aún sensible y con una certeza nueva latiéndome en el pecho: Esta vez… quizás sí.

Capítulo 15

Max

Los papeles están esparcidos sobre la mesa del despacho del rancho. A pesar de que no hay corriente, todo parece agitado. Frente a mí tengo el contrato de la venta de ganado, la hoja del seguro de las vallas, un recibo arrugado de hace tres meses y en el centro de la mesa, el acuerdo con Dakota.

Observo su firma, junto a la mía y, al lado, la fecha. Recuerdo perfectamente el día en el que lo firme y el nudo que sentía en el estómago. También me acuerdo de las palabras que no dije en voz alta… Pero esa fue la única manera que encontré de proteger rancho, el único camino para sostener lo poco que me quedaba sin perder la cabeza. Pero lo hice aguantando todo lo que me ardía por dentro. Apoyo las manos sobre el documento y toco el papel frío, aunque a mí me parece que quema. Cierro los ojos y veo la cara de Audrey con la boca entreabierta y el pelo cayéndole por la clavícula mientras se duerme contra mi pecho. Su respiración tranquila y la curva de su espalda pegada a la mía.

Lanzo un hondo suspiro. No quiero que nuestra historia esté sostenida sobre las ruinas que mi pasado ha dejado a su paso. Abro el cajón del escritorio y saco la carpeta azul que lleva meses ahí, sin tocar. Dentro está la escritura, el reparto de participaciones y las cláusulas que escribimos y lo leo todo de nuevo.

—Max.

Levanto la cabeza y veo a Lionel que se asoma en la puerta. No entra en el despacho, solo me mira.

—¿Vas a hacerlo? —me pregunta mirándome a los ojos.

—Sí. Ya no le debo nada a este sitio si no puedo vivirlo con ella —asiento.

Lionel no se sorprende.

—¿Seguro?

—Más que nunca.

No me sonríe ni me da una palmada en el hombro. Solo se queda un momento en silencio, con las manos en los bolsillos, la mirada fija en los papeles y luego se va.

Me quedo solo de nuevo con la decisión frente a mí de vender mi parte del rancho y liberarme al fin de la soga que me ata a Dakota. No lo hago por huir, ni por cobardía, ni por orgullo. Lo hago porque me he cansado de mirar atrás esperando que algo cambie. Porque Audrey no se merece que cargue con los restos de lo que Dakota dejó y porque no quiero que me vea atado a un sitio donde aprendí a sobrevivir, pero no a vivir.

Así que tomo el bolígrafo y firmo. Noto como el trazo me tiembla, pero lo termino.

Cuando dejo el bolígrafo sobre la mesa, siento algo que hacía tiempo que no reconocía: paz. No de la que se nota por fuera, sino la que va por dentro, despacio, como un hilo de agua que empieza a correr justo donde antes todo era tierra seca.

Me apoyo en el respaldo de la silla y miro por la ventana. El rancho sigue ahí. Los pastos, la verja vieja, la torre de agua… Todo continúa igual, aunque algo dentro de mí ha cambiado.

La luz naranja de la cafetera parpadea. El agua hierve despacio y el olor a café recién hecho empieza a esparcirse y a impregnarlo todo. Me apoyo en la encimera con las manos sucias de tierra y sudor seco. He salido un momento al corral, sólo para comprobar la verja del gallinero. En realidad, necesitaba aire y tomar distancia. Algo físico que me hiciera olvidar que acabo de firmar el final de todo lo que ha definido mi vida hasta ahora.

Audrey está de espaldas a mí y aún tiene el pelo húmedo por la ducha. Va descalza, con los tobillos al aire bajo el bajo del pantalón que lleva remangado. La camiseta le resbala por el hombro derecho y sostiene el móvil con las dos manos. No se mueve, ni habla. Sólo lo mira, como si el mundo se le hubiera detenido en la pantalla.

Sé que ocurre algo incluso antes de que diga nada. Me acerco y ella se gira despacio. Le brillan los ojos, pero no por

emoción, me da la sensación de que esté intentando procesar lo que ha leído.

—¿Todo bien?

Me muestra su teléfono sin decirme nada. En la pantalla veo un correo electrónico con un asunto en mayúscula y, justo debajo, unas palabras que me bastan para entender por qué está así.

Una agencia de comunicación, de las que montan campañas que acaban en pantallas luminosas en Times Square y en marquesinas del metro, le ha hecho una generosa oferta. La quieren a ella. Quieren a la chica que se hizo viral y que después se fue a vivir a un lugar rural perdido en medio de la nada. La quieren como imagen de una campaña internacional con un eslogan: «Vuelve la chica que conquistó al cowboy».

Se me agarrota la mandíbula al acabar de leer y Audrey deja el móvil sobre la mesa y me mira con los ojos entrecerrados, como si no supiera por dónde empezar.

—Acabo de leerlo. No sé qué pensar.

Asiento y noto la garganta agarrotada, me cuesta tragar.

—Es una buena oferta. Deberías pensarlo —le digo apretando los labios.

No parpadea.

—¿Tú qué harías si fueras yo? —tarda en preguntarme, aunque yo tardo aún más en contestar, porque sé lo que me está pidiendo. Sé lo que quiero decirle, pero no soy tan egoísta y menos con ella. Así que respiro hondo. Me froto la nuca y noto el sudor seco bajo la camiseta. Después de pensarme muy bien lo que le voy a decir, me atrevo a hablar.

—Me iría.

Ella frunce el ceño. No lo entiende o no quiere entenderlo.

—¿Tú?

—Sí.

Se cruza de brazos. Mira el suelo y luego me mira a mí.

—¿Y tú?

Su pregunta ahora es otra. ¿Tú qué harías si fuera yo, pero te quisiera tanto que temieras perderte en lo que ya no eres?

—Yo ya he estado donde no me querían —respondo sin vacilar y aguantándole la mirada—. Ahora solo quiero estar donde alguien se quede incluso cuando puede marcharse.

No me dice nada, aunque no llora ni tampoco nos besamos. Pero algo se rompe entre los dos. Algo que estaba contenido y que llevaba días creciendo en esa pausa entre lo que sentimos y lo que aún no nos atrevemos a confesar.

El café termina de hervir y la cafetera pita, pero ninguno de los dos se mueve.

El botellín de cerveza está empezando a sudar. La he abierto hace diez minutos, pero no he bebido ni un trago. Me siento en el escalón del porche, con las piernas separadas, los codos apoyados sobre las rodillas y la botella entre las manos. No hace viento y oigo el zumbido de algún insecto y el eco lejano de un tractor en algún lugar del rancho. El color azul del cielo va perdiendo fuerza, aunque aún no ha anochecido del todo, pero ya no hay demasiada luz. Todo se apaga de forma lenta, como si el día tuviera miedo de acabar en seco.

Miro el horizonte y veo las praderas extenderse frente a mí. También veo tierra seca en alguna zona y los árboles dejan que el aire suave de esta última hora de la tarde meza sus ramas. Me sé este terreno con los ojos cerrados. Sé por dónde cruzan las serpientes cuando cae el sol, y dónde se refugian las reses cuando se acerca una tormenta. Sin embargo, ahora lo miro con una sensación extraña, porque por primera vez… ya no me pertenece.

Apoyo la botella en el regazo y noto que el cristal frío contrasta con el calor que me sube por la nuca desde que Audrey me ha dicho lo de la oferta. No ha insistido, ni ha tomado una decisión aún. Pero ya lo lleva dentro. Lo he visto en su mirada.

Me paso una mano por la cara y siento el picor de la barba, el sudor seco en mi cuerpo y el cansancio en los hombros. Podría intentar convencerla y decirle que se quede. Recordarle que aquí tiene un hogar. Que el rancho, aunque esté en venta, puede reconstruirse, porque la tierra no es lo único que nos ata, porque me

tiene a mí. Pero le estaría mintiendo, porque sé que si le digo que se quede, lo hará y eso sería el principio del final. Porque no hay nada más triste que un pájaro que se queda porque no sabe cómo volar solo.

Prefiero perderla sabiendo que ha volado libre, a retenerla en esta jaula dorada donde yo llevo años atrapado. Y eso… me mata.

Doy un trago largo a mi cerveza, aunque se me queda en la garganta. Pero me lo acabo tragando como me he tragado todo lo que nunca me he atrevido a decir, todo lo que he querido tener y no he sabido cómo conservar. No quiero ser ese hombre y menos con ella, porque a ella la quiero entera y eso significa dejar que decida por sí misma. Aunque eso me deje solo otra vez y tenga que volver a ver esta casa vacía, tener mi cama fría y la cocina sin su taza de café a medio terminar.

La quiero tanto que estoy dispuesto a verla marcharse, aunque no sé si sobreviviré a eso. Porque ella no es una más. Es la mujer que me cambió sin pedirlo, la que me desordenó, la que me obligó a mirar de frente lo que llevaba años escondiendo y la que me hizo creer que podía volver a empezar, incluso aquí. Ahora no sé si quiero volver a ser el hombre que era antes de ella, porque en este momento ya no sabría serlo.

Apoyo la cabeza contra la columna del porche y cierro los ojos. El mundo sigue ahí, pero yo no. Estoy en ese punto exacto donde se ama tanto… que se aprende a soltar.

Capítulo 16

Audrey

Nada más pisar tierra, lo sé. No por el impacto seco del tren de aterrizaje ni por el anuncio somnoliento del comandante. Lo noto en la piel, en el aire y en el aliento artificial que se cuela por la rendija de la escalerilla nada más abrirse la puerta del avión. Una mezcla entre humedad sucia, perfume de *duty free* y la arrogancia invisible con la que Manhattan te recuerda que aquí nadie te va a aplaudir por haber sobrevivido a nada.

Avanzo por el pasillo de la terminal con los pasos medidos, como si mis piernas recordaran cada centímetro de este suelo encerado y brillante. Pero no soy la misma que salió por esa puerta hace unas semanas. Ni por dentro ni por fuera. El vestido beige me queda mejor que antes, porque he adelgazado. Pero no por estética, sino por ansiedad y por intentar dejar espacio a algo nuevo. Llevo las uñas cortas, el pelo recogido con una goma cualquiera y una piel más dorada que maquillada. Supongo que soy una versión más honesta de mí misma, pero también más incómoda.

Kristen me espera al otro lado del cordón de seguridad. Va perfecta con unos vaqueros de diseño, una americana azul noche y unas gafas de sol tamaño XXL, que le tapan la mitad de su cara. Aun así, la reconozco de inmediato por la forma en que sostiene el bolso, como si fuera una extensión de sí misma, y por esa energía nerviosa que siempre la precede cuando cree que algo importante está a punto de ocurrir.

—¡Audrey! —me grita, alzando la mano por encima de la cabeza—. Dios, pareces sacada de una peli de vaqueros.

La abrazo y noto que me aprieta fuerte, más de lo que esperaba.

—¿Todo bien en Texas o te han secuestrado unos cowboys polígamos y has escapado a tiempo?

—Algo así —susurro, sin saber si reír o llorar.

Camino a su lado sin decir mucho, aunque ella tampoco pregunta. Lo hace más tarde, cuando el coche ya ha salido del atasco de salida del aeropuerto y las ventanillas reflejan los primeros edificios altos. Desde donde estamos no puedo ver el horizonte, solo cemento.

Kristen lleva el volante con una mano y la otra apoyada en el reposabrazos y va girada hacia mí, pero sin apartar la vista de la carretera.

—Creía que ibas a llegar flotando con esta oferta. Pero tienes cara de funeral —me dice con sus labios pintados de rojo pasión.

Acaricio el cuello de mi camisa, que noto que me aprieta, aunque esté desabotonada.

—Es que aquí no huele a campo —murmuro.

Ella se ríe, aunque no con una carcajada. Es más bien una risa incómoda que intenta rellenar huecos sin saber muy bien qué falta. En el coche huele a ambientador nuevo y a café de Starbucks derramado en el posavasos. En Texas, en cambio, olía a tierra seca, a madera caliente y a ropa tendida bajo el sol.

Me apoyo en el respaldo y miro por la ventanilla. Al otro lado del cristal, todo va deprisa, incluso los pensamientos. Cada edificio, cada coche, cada rostro anónimo, que se cruza en los pasos de peatones, me recuerda por qué me fui y por qué me cuesta tanto volver.

—Es raro —digo, aún mirando hacia fuera—. Me he pasado este tiempo soñando con volver a ser alguien y demostrar que lo del vídeo no era el final, sino el principio. Pero cuanto más se acercaba el avión… más vacía me sentía. Como si estuviera dejando algo real… por esto.

Kristen baja la ventanilla y el ruido exterior entra en el habitáculo como un bofetón. Claxon, voces, motores, una sinfonía de urgencias que no pueden esperar y de gente que no mira a nadie cuando empuja para llegar antes a algún sitio.

—Nunca pensé que un sitio como Cactus Valley pudiera cambiarte tanto —susurra.

—Yo tampoco.

El coche gira por la Quinta Avenida. Los escaparates son los mismos, las luces de neón, los carteles y los cuerpos perfectos en cada esquina. Todo sigue igual, pero yo ya no lo siento igual. Me noto fuera de ritmo, desacompasada. Como si hubiese aprendido a

respirar a otro ritmo y ahora tuviera que forzar los pulmones a recordar la coreografía anterior.

—¿Quieres parar a comer algo? —me pregunta mi amiga.

—No tengo hambre.

—¿Un café?

—Solo quiero una ducha.

No insiste y se lo agradezco, porque me muero por llegar a mi apartamento y quedarme a solas. El tráfico se densifica a medida que nos acercamos al SoHo. Paso frente a la esquina donde solía comprar flores los viernes y me sorprendo al ver que la floristería ha cerrado, ahora hay un local vacío con los cristales cubiertos por cartones. Quizá no soy la única que ha cambiado.

Kristen me deja en la puerta de mi edificio. Se baja del coche, me ayuda a sacar la maleta del maletero y me abraza otra vez. Esta vez más despacio.

—Llama si necesitas que te grite para recordarte quién eres.

—Gracias —le digo y me quedo frente al portal, viendo cómo se aleja entre el tráfico.

Cuando entro en mi apartamento, todo está igual que lo dejé. El suelo impoluto, la carísima cafetera, que compré antes de que todo estallara, brillante y las plantas de plástico sin una mota de polvo. Pero hay algo distinto. No sé si es el silencio o la falta de alma de este lugar, que antes consideraba mi hogar, pero que ahora soy incapaz de reconocer. Suelto un suspiro y me quito los zapatos. Dejo las llaves sobre la encimera y me miro en el espejo del pasillo. Sigo siendo yo, pero ahora ya no soy exactamente la misma.

Camino descalza por el pasillo, rozando las paredes como si necesitara comprobar que siguen siendo reales. El eco de mis pasos es más frío que antes. Todo está en su lugar. Paso la mano por encima de la mesa de centro y no hay polvo. Supongo que Kristen debió mandar a alguien a limpiar antes de mi llegada. Abro la ventana del balcón, pero el aire que entra arrastra humedad y tráfico. Huele a tubo de escape y a comida rápida recalentada. No hay brisa, ni cielo azul, solo una corriente pegajosa que me recuerda todo lo que ya no echo de menos. Me doy la vuelta y observo el

salón desde el marco de la ventana. El sofá, las plantas artificiales, la televisión enorme... Todo parece sacado de un catálogo de muebles.

Voy directa hasta mi tocador, abro un cajón y encuentro las bases de maquillaje en fila, como soldados de un batallón que ya no me representa. Cajas de colaboraciones pendientes, algunas aún precintadas con cremas, mascarillas, paletas de sombras que juré usar en cuanto volviera… Todo brilla bajo la luz blanca del espejo con una energía que ya no me transmite nada.

De repente escucho que mi móvil vibra. Lo cojo con una mano y veo que es un mensaje nuevo de la agencia:

«Audrey, estamos emocionados con la nueva imagen que vamos a dar. Queremos una campaña fuerte algo atrevido y salvaje. Ese rollo *cowgirl* que has mostrado es oro. Necesitamos una propuesta para mañana».

Dejo el teléfono a un lado sin contestar. Me siento en la banqueta del tocador y me observo en el espejo. Mi piel sigue firme, el labial intacto, el pelo en su sitio, pero los ojos… mi mirada ya no brilla o, al menos, ya no lo hace como cuando estaba bajo el sol de Texas. Ni siquiera como cuando llegué aquí por primera vez, con hambre de éxito y una maleta llena de sueños imposibles.

Cierro el cajón con un golpe suave y abro el portátil. Cuando la pantalla se enciende, veo que las notificaciones se acumulan en la esquina. Tengo cientos de correos sin responder. Propuestas, contratos, notas de prensa, invitaciones a eventos con champán y gente que finge reír muy fuerte. Miro cada asunto como quien repasa el menú de un restaurante en el que ya no le apetece comer.

Me inclino hacia atrás, cruzo las piernas sobre la banqueta y cierro los ojos y aparecen en mi cabeza imágenes y sensaciones sueltas, que me atraviesan el pecho. Max sentado en el porche con la camisa remangada, el tacto áspero de sus manos en mis muslos, la forma en que me mira después de tener sexo, sin decir nada, con ese peso en la mirada que no sé cómo sostener, el campo abierto, el olor a tierra y a madera recién cortada y su camiseta sobre mi piel durante la noche.

Vuelvo a abrir los ojos y entro en Instagram. La pantalla me ilumina el rostro que ya no reconozco. Paso varias historias sin verlas de *influencers* en fiestas, colaboraciones, promociones de cremas que prometen milagros... Hasta que aparece una imagen de Cactus Valley. Una vista lejana del rancho, otra del Cactus Diner con las luces colgantes encendidas y otra de la plaza vacía, justo después del baile.

Mis dedos se mueven solos. Pulso en el botón de crear publicación y el cuadro de texto se abre al instante.

«He vuelto a Nueva York, a este apartamento y a esta vida de la que tanto presumí. Todo sigue igual, menos yo. Hay cosas que no se pueden fingir. O finges o sientes, pero no puedes hacer las dos. En Texas aprendí que lo sencillo también puede ser hermoso y que una mirada sin filtros puede decir más que mil *stories*. Que hay camas en las que no descansas y otras donde un pecho te sirve de almohada. Hoy no vengo a venderos nada, solo a deciros que estoy perdida. Pero por primera vez, no tengo miedo».

Pulso *publicar* y me quedo quieta, respirando un aire que ya no me pertenece.

Vuelvo a cerrar el portátil y dejo que el zumbido de la calle se mezcle con mis pensamientos. El post ya está fuera, expuesto, orbitando en esa galaxia ruidosa de *likes*, comentarios y juicios, donde hasta las verdades más íntimas se convierten en contenido. Cuando lo he publicado no sé si quería respuestas o solo dejar de fingir por un momento.

Miro el móvil y las notificaciones no tardan en estallar. Corazones, mensajes privados, capturas compartidas, gente diciendo que me admira, gente preguntando si estoy bien, gente que cree entenderme solo por haber leído un párrafo emocional... Dejo el teléfono boca abajo en la encimera. No quiero aplausos ni lástima. Solo quería decirlo en voz alta.

Abro el armario y frente a mí continúan los conjuntos coordinados, los *blazers* ajustados y los *tops* que se sujetan con más fe que tela, saco uno, lo miro y me echo a reír. No porque sea feo, sino porque durante años creí que esa ropa me representaba. Ese estilo, esa estética de mujer impoluta, siempre a punto y siempre

perfecta. La misma que lloraba sin máscara de pestañas por si tenía que grabar al día siguiente.

Me desvisto y me pongo una camiseta enorme de algodón, una de las que usaba para dormir cuando vivía sola, antes de convertirme en la versión más rentable de mí misma. Voy descalza hasta la cocina y abro el frigorífico por costumbre, aunque sé que está vacío. Al abrirlo, solo encuentro una botella de vino blanco a medias, una lata de algo que no reconozco y una fiambrera con restos momificados.

Saco la botella y me sirvo un poco en una copa de cristal fino y regreso al salón. Me tumbo en el sofá, con las piernas dobladas y la copa apoyada en el estómago. Me quedo mirando el techo, sin pensar demasiado, como si necesitara vaciarme. Al instante, regresan a mí los días en el rancho, las duchas con agua templada y olor a jabón barato, el sonido de los grillos cantando, las mañanas entre vacas y barro y la forma en que Max me miraba cuando creía que yo no lo veía. Me gustaba que me hiciera enfadar y más cuando no decía nada y se limitaba a estar ahí, como si con eso bastara.

Doy un sorbo al vino, que está templado, pero no me importa. Vuelvo a mirar el móvil, lo desbloqueo y leo uno de los mensajes de Kristen:

«Has sido valiente. No todo el mundo se atreve a decir la verdad sin filtros.»

Le contesto con un corazón. Me conoce y sé que no necesita más. Me conoce incluso cuando ni yo misma ya sé ni quién soy. Paso al siguiente mensaje y veo que es de una marca con la que colaboré hace un año:

«Nos ha encantado tu post. ¿Te apetecería diseñar una línea de productos con nosotras inspirada en tu etapa rural?».

Cierro la app. Me echo hacia un lado, apoyo la cabeza en el brazo del sofá y suspiro. No quiero convertir Cactus Valley en otra campaña, ni traducir a *likes* lo que fue real. Porque lo fue, aunque ya esté lejos, aunque él esté lejos, aunque no vuelva.

Afuera, las luces de la ciudad parpadean como si fingieran ser estrellas. Nueva York es así: arrogante y hermosa. Y yo solía ser

igual. Ahora no sé qué soy, lo único que tengo claro es que hay un rancho al otro lado del país donde alguien probablemente esté recogiendo herramientas con las manos llenas de tierra. Donde el aire huele a heno y a madera vieja y donde no hace falta hablar tanto.

Mi copa está vacía. Me levanto, recojo el portátil y lo guardo en su funda. Apago las luces y me meto en la cama con la camiseta enorme. No pongo alarmas, ni reviso la agenda, ni pienso en campañas. Me limito a tumbarme boca arriba y dejo que las sábanas me cubran.

Justo antes de cerrar los ojos, me sorprendo sonriendo, porque hay un sitio donde fui yo, sin filtros, sin poses y sin miedo. Y no importa lo que pase mañana, porque esta noche me he recordado que sigo siendo esa chica. Aunque esté a cientos de kilómetros de Max Edwards y de ese maldito pueblo donde me enamoré sin querer.

Capítulo 17

Max

El sol no ha levantado del todo, pero ya hay claridad suficiente para que se vean las motas de polvo suspendidas en el aire. No se oye nada, ni pasos, ni puertas, ni siquiera las gallinas escarbando fuera. Lo único que oigo es el zumbido de la nevera y el clic de la cafetera al apagarse sola.

Llevo la camisa abierta, los vaqueros desabrochados y tengo el café a medio tomar sobre la encimera de la cocina. Mi teléfono está junto a la taza, pero también está en silencio.

He leído el post de Audrey diez veces o más, muchas más… Da igual las que sean, porque cada vez que lo hago sus palabras me golpean con la misma fuerza que la primera vez, como si la tuviera delante y me hablara bajito, con los ojos llenos de ese miedo que ella nunca admite sentir.

«He vuelto a Nueva York, a este apartamento y a esta vida de la que tanto presumí. Todo sigue igual, menos yo. Hay cosas que no se pueden fingir. O finges o sientes, pero no puedes hacer las dos. En Texas aprendí que lo sencillo también puede ser hermoso y que una mirada sin filtros puede decir más que mil *stories*. Que hay camas en las que no descansas y otras donde un pecho te sirve de almohada. Hoy no vengo a venderos nada, solo a deciros que estoy perdida. Pero por primera vez, no tengo miedo».

No menciona mi nombre, ni el rancho, ni Cactus Valley, pero lo está diciendo todo. Como cuando me miraba en el granero y no decía nada, pero la entendía perfectamente. Me paso la mano por la nuca y noto que la tengo húmeda. Respiro hondo y echo la cabeza hacia atrás. Joder, noto un temblor raro en el medio del pecho, aunque no son nervios, sino ganas, porque quiero quedarme, apostar, salir de esta cocina y hacer lo que tenga que hacer para que ella pueda volver sin miedo, porque ella elija regresar aquí y a mi lado.

Cojo la taza y apuro el café que queda, aunque está frío, pero me ayuda a despejarme. Siento el aire en el pecho, entre los botones abiertos de la camisa, y de repente me doy cuenta de que llevo horas así, sin vestirme del todo. Como si quedarme a medias fuera una forma de seguir esperando que ayer no se hubiera terminado.

Miro la pantalla de mi teléfono otra vez y el post continúa ahí. No hay nuevos comentarios ni actualizaciones. Sólo ese texto que parece escrito con las tripas. Mientras yo sigo aquí solo en medio de esta cocina vacía y con la certeza de que si no hago algo cuanto antes la voy a perder para siempre.

El sol cae sobre el tejado del establo y la chapa del bebedero empieza a crujir por la dilatación. El calor aprieta con más fuerza de lo habitual. Tanta que me da la impresión de que el puto aire quiera empujarme a hacer algo que aún no he hecho.

Me pongo el sombrero hacia atrás y me apoyo en la valla, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada y noto que el polvo del camino me raspa la garganta y las botas. Me giro un poco, lo justo para ver a Lionel aparecer desde el fondo del corral, con la gorra calada hasta las cejas. Avanza hasta donde estoy, hasta que se para a unos pasos de mí. No hace falta que diga nada para que sepa que trae algo entre manos. Se lo veo en los hombros, en la forma de sujetarse el cinturón, en cómo deja que el peso le caiga en una pierna mientras escupe al suelo.

—Kristen me ha llamado —suelta, sin rodeos—. Quería saber cómo estabas.

—¿Kristen? —le pregunto, aunque sé perfectamente a quién se refiere.

—Sí, la amiga de Audrey.

—Ah, ya… —asiento con la cabeza.

No me inmuto, pero me he puesto tenso. Lo noto en el cuello y en los dedos de las manos, que ahora se aprietan un poco más sobre mis antebrazos.

—Dice que Audrey no ha firmado nada todavía —continúa mi hermano.

Ahora sí que le miro. No me hace falta abrir la boca para decir nada, porque él ya sabe lo que estoy pensando.

—Aún hay tiempo —añade—. Pero no esperes sentado. Tú decides si vas a ser el vaquero que lo perdió todo por miedo… o el que luchó hasta el final.

Su frase me atraviesa como una astilla en la carne. No por lo que dice, sino por lo que deja en el aire. Lionel no es de dar discursos, nunca lo ha sido. Pero tiene una puntería de francotirador con las verdades y la que acaba de soltar se me la ha clavado entre las costillas.

Aprieto la mandíbula un segundo y asiento de forma seca solo una vez. Sin dramatismos, aunque por dentro es otra historia.

Lo que acabo de decidir no se ve, aunque no dejo que no dejo que se vea, porque no lo demuestro, va a cambiarlo todo.

Cuando mi hermano se marcha, levanto la mirada y veo el cielo sin una nube sobre mi cabeza. Avanzo hasta el cobertizo y entro con el convencimiento de que esta vez no la voy a cagar.

Me encierro en el despacho del rancho con la carpeta abierta sobre la mesa, la calculadora a un lado y la cabeza al límite. El calor se ha estancado en el techo bajo, mezclado con el olor a papel viejo y madera encerada. Aquí dentro no tengo ventilador, ni música, ni ninguna otra distracción, por lo que en lo único en lo que puedo pensar es que, si no muevo ficha ahora, lo perderé todo otra vez y no estoy dispuesto.

Marco el número del banco en el teléfono. Al instante, escucho el pitido dos veces en el auricular del teléfono antes de que una voz automática me reciba con esa amabilidad falsa que siempre me ha irritado. Cuando por fin me pasan con alguien de carne y hueso, ya estoy de pie, con el móvil pegado a la oreja y los papeles temblando entre los dedos.

—¡Buenos días! Soy Max Edwards y quiero activar una hipoteca sobre la parte del rancho que figura a mi nombre —digo de forma directa y sin rodeos.

Me piden datos, fechas y un buen puñado de datos más, pero cuando cuelgo, ya he puesto la maquinaria en marcha. Lo que queda del rancho va a ser mío. Todo. Aunque me tenga que dejar la piel por el camino.

Preparo los documentos como quien afila un cuchillo antes de entrar en batalla. El contrato de compra, la tasación y los papeles del registro. Cada hoja lleva mi letra, mi huella y también llevará mi sangre si finalmente fuera necesario. Esto no es solo un rancho, porque también es Audrey y lo que ha nacido entre nosotros, aunque nadie más lo vea.

Llamo a un abogado de confianza, uno de los pocos que todavía me cogen el teléfono sin resoplar, y le explico la situación en voz baja, como si no quisiera ni que las paredes se enterasen. Quiero que todo esté listo para mañana. Me da igual lo que me cueste, ni las prisas o las noches sin dormir, porque lo que más me

importa está a punto de alejarse definitivamente de mí y no pienso quedarme quieto mientras sucede.

Justo en este momento, alguien golpea la puerta.

—¿Todo bien? —me pregunta Lionel apoyado en el marco.

—He hipotecado mi parte para comprar la suya —le respondo, sin levantar la vista del contrato que repaso por cuarta vez.

—Joder, Max… —se pasa la mano por el pelo—. Estás loco.

—Puede —le contesto encogiéndome de hombros.

—No puedes apostar tan fuerte por una mujer que se ha ido.

—No se ha ido. Solo está esperando a que yo dé el paso. Y lo voy a dar.

Él niega con la cabeza, pero no insiste, porque sabe que, cuando se me mete algo en la cabeza, no hay quien me pare.

Me recuesto un segundo sobre el respaldo de la silla, cierro los ojos y aprieto los dientes. Si esto sale mal, me quedo sin nada. Pero si no lo intento, me voy a quedar con este vacío que me hace sentir tan mal. Así que elijo el riesgo. Porque, por primera vez, tengo claro que lo que quiero salvar lleva su nombre.

Entro en la oficina de Dakota sin pedir permiso. La misma puerta que tantas veces crucé de niño, ahora parece más fría porque es la suya. Está sentada detrás del escritorio de nogal que heredó de mamá, con el mismo peinado de siempre, el perfume empalagoso flotando en el aire y esa sonrisa más afilada y cortante que unas tijeras de esquilar.

—Qué sorpresa —dice, sin levantarse—. ¿Vienes a felicitarme por el nuevo contrato con los de Oklahoma?

—Vengo a cerrar lo nuestro.

Saco los papeles de la carpeta y los dejo sobre la mesa. No se los entrego como quien suplica. Simplemente los dejo frente a ella. Los coge con sus dedos largos con su manicura perfecta de color rojo y empieza a leer sin demasiada prisa. Al principio se ríe, con ese deje de superioridad que siempre ha usado para ocultar su

miedo. Pero luego se le hiela la sonrisa y lee en silencio, página a página, hasta que ya no le queda nada de lo que reír.

—¿Vas en serio? —pregunta, sin fingir que le hace gracia.

—Mucho más que la última vez que te dejé pasar por encima de mí.

—Esto es una locura. Te vas a arruinar. Vas a hipotecar tu vida por una chica que ni siquiera ha firmado nada.

—Eso no es asunto tuyo.

—Claro que lo es. Porque si te arruinas, este rancho se hunde contigo y yo no pienso levantarlo otra vez.

Me acerco, me apoyo en el borde de la mesa y la miro con la calma propia de alquien a quién no le queda nada que perder.

—Prefiero quedarme sin nada… antes que vivir sin ella.

Se queda callada. No me lanza ni una de sus ácidas réplicas, ni me grita, ni se burla. Solo me mira con los ojos llenos de una rabia, que huele a derrota.

Recojo los papeles y me doy la vuelta. Camino hacia la puerta sin prisa, aunque sin detenerme. Salgo de su despacho sin cerrar la puerta, ni mirar atrás, porque el capítulo con Dakota ya está escrito y esta vez… soy yo quien ha puesto el punto final.

Se ha hecho de noche y yo ya lo tengo todo listo. Me agacho junto al sofá y abro la mochila. Llevo lo justo: una muda limpia, un par de camisas, la cartera, las llaves del coche y un sobre con los papeles que acabo de firmar. Todo lo demás puede esperar o quedarse aquí.

Cierro la cremallera y me pongo la cazadora y las botas. Camino por la casa como si cada habitación supiera que esta noche es distinta. Paso junto a la mesa del comedor donde desayunamos cuando Audrey llegó por primera vez y miro el taburete que siempre arrastraba con la punta del pie para subirse a la encimera. La taza que ella usó sigue en el fregadero, con la marca tenue de su carmín en el borde. No la lavo, porque soy incapaz de borrar su rastro de ella.

Apago las luces una detrás de otra: el salón, la cocina, el pasillo y los dormitorios. Todo se queda en una penumbra suave. Me

detengo frente a la puerta abierta. Saco el móvil del bolsillo y la luz de la pantalla me da de lleno en los ojos y tardo un segundo en enfocar. Escribo sin prisa, dejándome espacio entre frase y frase, como si cada palabra necesitara asentarse bien antes de que la envíe.

«Necesito encontrar lo que me hace quedarme y esta vez… sé que está en ella».

Se lo envío a mi hermano, porque es el único que entiende a qué me refiero y porque no quiero que mañana venga a buscarme al establo como hace siempre y no me encuentre.

Cierro la puerta y bajo los tres escalones de madera. El aire fresco me envuelve y miro al cielo, que está oscuro y limpio. Respiro hondo y camino hacia la camioneta, que me espera con los faros apagados y el motor en silencio. Cuando subo, tiro la mochila en el asiento del copiloto y pongo las manos en el volante. Es una sensación extrañamente familiar, pongo la llave en el contacto y arranco el motor. Bajo por el camino de tierra, paso junto al corral y veo que la verja del fondo se queda atrás. Cactus Valley empieza a borrarse en los retrovisores de la camioneta.

No enciendo la radio ni pongo música. Prefiero que sean el leve ruido del motor, el roce de las ruedas en el asfalto y mis propios pensamientos los que marquen el ritmo dentro de mi cabeza. Houston está a poco más de tres horas, pero no cuento los kilómetros que me separan de mi destino. Lo único que cuento son los días que llevo sin verla y todo el tiempo que me ha costado entender que lo que siento no cabe en un rancho, ni en un contrato, ni en una casa con vistas.

Lo de Dakota no tiene que ver con vengarme sino con cerrar esa etapa que tanto me ha hecho sufrir y poder mirar hacia delante sin sentir que algo me arrastra desde atrás. En Houston voy a firmar todos los documentos en el banco que sean necesarios para acabar con eso y a dejarlo en su sitio. Sin cabreos ni explicaciones. No puedo empezar nada nuevo si no lo hago, porque Audrey no va a quedarse tranquila si yo sigo atado a una historia que nunca se terminó bien.

Piso el acelerador y las luces de los faros de la camioneta cortan el polvo de la carretera como cuchillas. A mi alrededor hay grillos, noche, un camino que se abre y una mujer que me ha enseñado que rendirse no es lo mismo que largarse. Me he pasado media vida intentando no parecerme a mi padre, pero esta vez no estoy huyendo, sino que estoy yendo a por lo que quiero de verdad.

Capítulo 18

Audrey

El autocar se detiene con un chirrido suave justo donde la carretera de grava se vuelve a abrir paso entre las vallas de madera y las casetas con tejado de chapa que anuncian que he llegado a Cactus Valley. Me quedo un segundo en el asiento y con la mano sobre el asa de mi maleta, escuchando cómo el motor tose una última vez antes de apagarse del todo. Nadie dice nada ni me espera, sin embargo, es justo esto lo que quiero: Paz. Esta paz en concreto que no pide explicaciones.

Al levantarme, noto cómo se me pega la camiseta al costado por culpa del calor y del traqueteo de las horas de viaje. No me he molestado en maquillarme ni en peinar de forma decente mi coleta. Así que el pelo se me escapa por la nuca, revuelto y sin ley. Llevo la misma camiseta que me puse por la mañana en Nueva York, y unos vaqueros que ya no están limpios, pero que no me aprietan.

Bajo del autocar con la maleta de ruedas arrastrando polvo y ese olor seco a hierba agostada, a sol acumulado en los techos de las casas, a establos lejanos, a memoria y hogar, que me atrapa solo al pisar el suelo de Cactus Valley.

Camino sin prisa por la calle principal, sintiendo cómo el cuerpo se me relaja con cada paso que doy. Cactus Valley no ha cambiado. Las sillas de metal siguen delante de la barbería, con dos viejos jugando al dominó sin mirar las fichas y la panadería, que hay justo al lado, deja escapar una nube de calor con olor a canela por la puerta entornada. El cielo está despejado, y ese azul seco de la tarde le da al pueblo una claridad que me hace entrecerrar los ojos.

Una niña me ve desde el porche de una de las casas y me saluda con la mano.

—Hola —le digo, sonriendo y sin dejar de caminar.

Un poco más adelante, una mujer mayor, con el pelo recogido en un moño blanco y los brazos cruzados sobre el regazo, me mira desde una mecedora. No la conozco demasiado, pero sé que la he visto alguna vez por el pueblo.

—¿Vuelves para quedarte? —me pregunta, sin moverse.

Me detengo un segundo, sin pensar demasiado en mi respuesta.

—Eso espero.

Ella asiente y vuelve a mirar al frente, como si con eso bastase y, la verdad, sí que me basta.

Cuando llego al rancho el porche está vacío y veo que las plantas de los tiestos se han secado, y la silla de mimbre donde Max solía sentarse por las noches está torcida y con una pata rota. Empujo la puerta de la casa y entro. Recuerdo que cuando llegué al rancho, me sorprendió que la puerta de entrada de esta casa estuviera abierta, pero ahora me parece lo más normal del mundo.

Al entrar en la casa, lo primero que noto es el silencio. Además, tampoco huele a café recién hecho, ni la radio está encendida, ni siquiera oigo las botas de Max por el pasillo con su característico caminar que conozco tan bien. Lo único que escucho es el crujido de la tabla suelta delante de la cocina, protestando como siempre cada vez que la piso.

—Max —susurro, sin necesidad de elevar la voz.

No hay respuesta. Así que dejo la maleta contra la pared del recibidor y camino despacio. En la cocina sigue todo en su sitio, como si el tiempo se hubiera quedado detenido en el mismo

segundo en que yo cerré la puerta. La cafetera está apagada y hay dos tazas sobre la encimera. Una vacía, con restos secos en el fondo y la otra... es la mía, que todavía tiene la marca tenue de mi carmín en el borde.

Me quedo quieta. No la toco, solo la miro y siento que me duele algo en el centro del pecho, como si una cuerda se hubiese tensado de golpe. Miro alrededor, pero no hay ninguna nota, ni un mensaje, ni nada. Solo un vacío que lo llena todo.

De repente, escucho unos pasos detrás de mí y me giro con una sonrisa en los labios esperando que sea Max.

—No está —me dice Lionel desde el umbral, sin entrar del todo. Se quita la gorra y la sostiene entre las manos, apretándolo como si le pesara decirlo.

Me giro hacia él, pero no digo nada.

—Se fue hace dos días de madrugada, aunque no dijo a dónde.

—¿Y no dejó nada?

Lionel se rasca la sien, incómodo y luego mete la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros, saca el móvil y me lo enseña.

—Solo esto. Me lo envió antes de marcharse.

Pulsa en la pantalla y me tiende el teléfono. Lo cojo y leo el mensaje que no es largo.

«Necesito encontrar lo que me hace quedarme y esta vez… sé que está en ella.»

Respiro hondo, pero no consigo que el aire me llene del todo los pulmones. No es miedo lo que siento ahora mismo, es algo más profundo y animal. No sé si esto es una despedida, porque he pasado semanas preguntándome si sería capaz de volver y ahora que estoy aquí… él no está.

—¿Se fue solo? —pregunto, sin devolverle todavía el móvil.

—Sí, aunque no tenía un plan, solo lo decidió y lo hizo.

—Lo conozco. Va a volver.

Lionel asiente, con esa expresión que no es de condescendencia, ni de compasión, sino de respeto.

—Creo que también lo sabe. Pero necesitaba moverse y quitarse un peso de encima, o eso me dijo. Yo tampoco entendí

mucho, solo... que estaba decidido.

Miro el mensaje una última vez antes de devolverle el teléfono. Lionel lo guarda de nuevo en el bolsillo y hace ademán de irse, pero antes de cruzar la puerta se vuelve hacia mí.

—No hace falta que esté para que este siga siendo su sitio.

Asiento despacio, porque no tengo palabras para contestarle.

Cuando me quedo sola, me siento en una de las sillas de madera de la cocina, apoyo los codos en la mesa y dejo caer la cabeza entre las manos. Me quedo así un rato, respirando el aire de esta casa, que esta noche huele más que nunca a ausencia, mientras el mensaje de Max sigue dando vueltas en mi cabeza.

Después de unos minutos, me levanto, abro el grifo y bebo agua. Luego empujo la ventana del fregadero con una mano y el aire tibio del exterior entra despacio. Trae consigo ese olor a campo seco que, aunque duela, me calma.

No sé dónde está, pero yo ya he llegado.

No puedo quedarme en casa, porque hay demasiado silencio y si sigo dándole vueltas a la cabeza, me voy a volver loca. Así que salgo y me voy hacia el lugar que, aunque sé que no me esperan, me sentiré acogida.

Tessa me recibe con las manos en el delantal y el pelo recogido, pero sus ojos hacen que el nudo que llevo dentro se afloje en cuanto cruzo el umbral y nuestras miradas se encuentran.

—¿Te apetece un té? —me pregunta sin alzar apenas la voz.

Asiento, porque no me sale nada más. Camino despacio hasta la mesa y dejo que la calidez de la cocina me envuelva, como si no necesitara más explicación que esta.

Tessa no me pregunta, porque no lo necesita. Solo me sirve una taza humeante con una rodaja de limón flotando y unas galletas redondas, de esas que se pegan al paladar y me saben a cuando era niña. Mis dedos rodean la taza y noto cómo el calor atraviesa la cerámica y me abriga desde las palmas. Me apoyo en el respaldo y

dejo que el vapor del té me acaricie la cara. Tessa me observa con una serenidad que no me intimida y que me hace sentir acogida.

—No he firmado el contrato —le digo, sin preámbulos, sin pausa y sin darle ninguna otra explicación.

Sus cejas apenas se mueven y me mira con una comprensión que no necesita palabras.

—No podía hacerlo. No después de haber sentido cómo es vivir aquí. Respirar despacio y que alguien me mire… como solo él lo hace.

Tessa baja la vista, recoge una miguita de galleta con el dedo, la aparta hacia un borde del plato y vuelve a mirarme. Hay un destello suave en su expresión, una mezcla de recuerdos y certezas, que solo tienen las mujeres que han amado y han sobrevivido a ello.

—Cuando el amor es de verdad —dice con voz tranquila—, no importa cuánto lo niegues, porque siempre acabará encontrando la forma de quedarse.

El llanto llega sin avisarme como una lluvia tibia, constante, que me moja por dentro y me limpia sin arrastrarme. Cierro los ojos y Tessa se levanta y me abraza. No me dice que pare, ni me pregunta por qué lloro. Solo me envuelve con sus brazos fuertes, con su pecho cálido y con esa forma de cuidar que no exige nada a cambio. Y, por primera vez, lloro sin contenerme. No lo hago por tristeza sino por rendición. Porque me atrevo a volver a mí desde un lugar donde ya no hace falta huir.

Abro los ojos. La cocina sigue igual. Pero yo no, ahora ya no.

La casa sigue en calma cuando regreso con los pies ardiendo dentro de las botas. No hace falta abrir la puerta para saber que continúa sin haber nadie dentro. El cielo empieza a oscurecerse sobre el tejado del rancho, tiñendo las nubes de un azul cada vez más profundo. Me detengo en el umbral y trago saliva. El pomo de la puerta tiene el tacto áspero del metal antiguo y, al girarlo, la bisagra emite ese chirrido que Max decía que tenía pendiente arreglar desde primavera. Dentro no hay luces encendidas, solo la penumbra suave de la casa y el eco de mis pasos sobre la madera. Avanzo despacio

por el pasillo hasta que algo llama mi atención en la entrada y que antes no me había fijado: el sombrero de Max, apoyado con descuido sobre la silla que siempre deja junto a la pared.

Me acerco y lo cojo con cuidado. La banda de cuero está algo desgastada y conserva ese olor a él que no he conseguido sacar de mi cabeza: mezcla de sudor limpio, sol y campo. Lo abrazo contra el pecho sin pensar y me lo acerco a la cara. Cierro los ojos y dejo escapar de nuevo las lágrimas que empezaban a acumularse. Estoy tan cansada que no me esfuerzo por contenerlas.

Salgo de nuevo al porche, porque necesito respirar este aire sin filtrar, sin perfume, sin mentiras. Me siento en el segundo escalón, justo donde él se sentó la primera vez que discutimos y observo el cielo, que se abre sobre mí como un techo inmenso lleno de preguntas que no pienso contestar esta noche.

Me quito las botas y pongo los pies sobre la tierra. La noto caliente todavía y aspiro hondo. Max estaría riéndose ahora, con esa media sonrisa suya que no sabe contener del todo cuando me ve hacer algo que le desmonta la lógica.

—No sé dónde estás —murmuro, sin subir la voz más de lo necesario—. Pero yo ya estoy en casa.

Me quedo así un rato con su sombrero apretado contra el pecho y los ojos perdidos en algún punto que no sé si está en el cielo o dentro de mí. La madera cruje bajo mis muslos cada vez que me muevo un poco. Me echo hacia un lado y apoyo la cabeza en la barandilla del porche. El cansancio pesa más que cualquier decisión. No sé si esto es rendirme o empezar de nuevo, lo único que sé es que no tengo ganas de irme a la cama.

Me recojo el pelo con una goma floja, me arropo con el propio aire de la noche y cierro los ojos. No estoy segura de cuánto tardo en quedarme dormida, pero lo hago sin darme cuenta. La noche lo envuelve todo. Y yo… yo me quedo en el umbral de una casa, de una historia y de alguien que no he dejado de esperar.

Capítulo 19

Max

La carretera de tierra empieza a abrirse justo después de la última curva. Reconozco el perfil del granero antes que el de la casa. El motor de la pickup ronronea bajo mis pies. Llevo cuatro horas conduciendo y tres días sin dormir bien. El calor me ha pegado en la espalda todo el viaje, porque el aire acondicionado de esta vieja camioneta ha funcionado cuando le daba la gana. Tengo las manos negras de polvo y el cuello húmedo, la camisa se me pega a la piel. La he echado de menos a rabiar. Como se echa de menos algo que nunca has querido tener, pero que una vez lo tocas, sabes que estás jodido si lo pierdes.

He tardado más de lo que pensaba. Houston no es tan grande, pero es una ciudad que está llena de trampas. El banco no quería darme el préstamo sin garantías nuevas, así que he tenido que poner las vacas como aval y mi apellido sobre la mesa. Pasé por la notaría, entregué las llaves del apartamento donde vivía con Dakota y salí sin mirar atrás… o al menos, lo intenté. Lo peor fue el despacho del abogado y verlo todo por escrito: las renuncias, las condiciones y los silencios, todo firmado, aunque esta vez me he asegurado de no dejar nada colgando. Ni cláusulas, ni cuentas pendientes, ni excusas. Esta vez lo he cerrado todo como debía.

Y mi móvil… Ni idea de cuándo se cayó o dónde lo perdí. Tal vez lo olvidé en la guantera del coche de alquiler o tal vez se quedó en el mostrador del hotel. Da igual. Hay una parte de mí que cree que no he querido encontrarlo y que lo dejé perder porque necesitaba desconectarme de todo y de ella también. Para poder volver limpio.

Aparco frente a la casa y bajo de la camioneta con las piernas entumecidas, el cuello cargado por las horas al volante y el pecho hecho un nudo, aunque no sé si es culpa del cansancio o de algo más difícil de explicar. El polvo del camino todavía flota en el aire, suspendido como si incluso el campo supiera que estoy a punto de hacer algo importante.

La puerta del porche está ahí delante y al fijarme en ella, veo que Audrey duerme encogida sobre el banco de madera. Tiene una mano bajo la mejilla y la otra descansando sobre el muslo. Entre las piernas... mi sombrero. Me cuesta tragar saliva y hasta avanzar.

No quiero despertarla. Pero necesito verla. Saber que de verdad está aquí. Que no la he inventado mientras conducía y que me ha esperado.

Doy tres pasos y las botas crujen sobre la grava lo justo para que se mueva. Gira el cuello con un gesto lento, parpadea y se frota los ojos con los dedos como si necesitara comprobar que no está soñando y cuando levanta la vista... me mira, lo hace como si no supiera si tiene permiso para alegrarse.

No digo nada y ella tampoco. Se incorpora despacio. Deja el sombrero sobre la madera, pero lo acaricia con las yemas de los dedos antes de levantar la cabeza otra vez. Y entonces yo me acerco.

—He comprado una bañera nueva —le digo a media voz—. Una enorme. La instalarán mañana. Quiero que vivas aquí... y que te bañes conmigo todas las noches.

No pestañea, ni se ríe, ni se burla. Solo deja que las palabras le calen a través de la piel como si fueran lluvia después de una sequía. Y cuando sus labios se curvan, no hay sonrisa más maravillosa que esa. Porque lo entiendo todo. Me ha esperado, incluso cuando yo no sabía si iba a poder regresar.

Entonces, se pone en pie y me envuelve en un abrazo sin pensar. Se lanza a mis brazos como quien se tira al vacío sabiendo que esta vez hay red. Me aprieta con fuerza con sus brazos y con las manos clavadas en mi espalda. Yo la rodeo con los míos y no digo nada porque no hace falta explicar nada cuando la tengo así entre mis brazos.

No me pide perdón, ni yo tampoco. No lo necesitamos, porque ahora... estamos aquí.

Subimos la escalera del porche sin hablar, con el calor del abrazo aún pegado a la piel y el aire cargado de algo que no sé nombrar, pero que me pesa en el estómago como si tuviera raíces. Abro la puerta sin encender la luz y noto que la casa huele a ella, a nosotros y a lo que fuimos antes de que el miedo metiera mano en todo.

Cerramos la puerta sin prisa ni palabras, solo con el clic suave del pomo al encajar y ese silencio nuevo que ya no pesa. Porque esta vez... no hay nada que demostrar. Solo quedarnos, estar y sentir.

Nos miramos y nos acercamos despacio, con la calma que aparece cuando el miedo se ha ido. Cuando todo lo que tenía que romperse ya se rompió y solo queda la piel. Mis dedos la rozan por la cintura y su aliento me acaricia el cuello. Me desabrocha la camisa con los ojos clavados en los míos y no se salta ni un botón. Yo le subo el jersey y se lo quito por la cabeza, dejando que le caiga el pelo sobre los hombros desnudos. Le acaricio la espalda y le bajo la cremallera del pantalón. Mis manos la desnudan como si la conocieran de siempre y, al mismo tiempo, la estuvieran descubriendo por primera vez.

Mientras, ella me desabrocha el cinturón y me baja los vaqueros con los dedos firmes. No aparta la mirada de mis ojos y yo tampoco, porque quiero verla, que me vea y que me sostenga la mirada mientras todo lo demás desaparece.

Cuando ya no queda ropa que quitarnos y solo quedamos nosotros dos, desnudos y de frente con la respiración agitada, entramos al dormitorio sin encender la luz. Nos tumbamos sobre la cama. Yo lo hago primero y ella me sigue. Se acomoda sobre mi pecho con la cara contra mi piel y con sus piernas a cada lado de mis caderas.

—Max… —dice, solo eso, aunque no me hace falta nada más.

Le acaricio los muslos, las costillas y la curva suave de su vientre. Mis manos la recorren con una reverencia que nunca he

sentido con nadie. La beso sin prisa, solo con los labios y piel. Nada de dientes ni de lengua. Solo el calor de su boca sobre la mía, como si estuviéramos aprendiendo a besarnos desde cero.

Ella me acaricia la cara con las dos manos y me besa los párpados, la mandíbula y el cuello. Me lame el pecho con una lentitud que hace que se me encojan los dedos de los pies. Mis manos se aferran a su espalda como si no pudiera ni quisiera soltarla nunca.

Sus caderas se balancean sobre mí con un ritmo suave, envolvente e íntimo. La noto húmeda, abierta y preparada para mí. Me guía con las piernas y entro en ella despacio y hasta el fondo, pero lo hago sin empujar y sin violencia. Solo piel que se busca y se encuentra.

Ella deja escapar un suspiro que se me clava en la garganta. Se queda quieta un segundo sobre mí. Mis manos le rodean la cintura y mi frente se apoya en la suya. Respiramos el mismo aire y compartimos la misma tensión y emoción contenida.

Su pecho roza el mío y su pelo me roza los labios. La beso en la clavícula y en la curva del hombro. Ella me muerde la barbilla con suavidad, como si necesitara quedarse con un trozo mío. Nos movemos juntos, me envuelve con las piernas, me aprieta con los brazos, y en sus ojos leo algo que no había visto nunca: certeza. Como si ya no tuviera miedo. Como si esta vez... sí.

Me dejo llevar y disfruto de la estrechez de su cuerpo abrazando el mío. Gozo viéndola y oyendo como susurra mi nombre, gime bajito, suspira y se entrega a mí. Poco después explota sin avisarme y sin gritar. Solo lo hace con un temblor en su vientre, apretándome con sus paredes y humedeciéndome aún más. Yo le sigo, no aguanto más. Exploto sin freno y me derramo dentro de ella con un gemido seco y contenido, que se me escama contra su boca. Me hundo en ella y no quiero moverme, ni que se vaya, ni que este momento se acabe. Ella se deja caer con la cara en mi cuello y el corazón latiendo tan desbocado como el mío.

La abrazo con fuerza, con los dedos enredados en su pelo, con la nariz hundida en su frente y con la respiración aún entrecortada.

—Te quiero, Audrey —susurro y esta vez lo digo sin que me tiemble la voz.

—Yo también, Max —me responde alzando la cabeza para mirarme.

Después nos quedamos así abrazados y sin movernos. Mientras la escucho respirar, me repito una sola cosa por dentro, como si fuera un mantra: Esta vez no voy a joderlo. Porque esta vez… me he quedado de verdad.

Capítulo 20

Audrey

A veces no hace falta una excusa, ni un cumpleaños, ni un aniversario, ni siquiera un motivo concreto. A veces lo único que apetece es abrir las puertas, encender las luces del porche, sacar la vajilla buena y cocinar para la gente que ahora sientes como tuya. Y hoy… es uno de esos días.

Llevo el delantal torcido, harina en la punta de la nariz y una lista arrugada metida en el bolsillo trasero del vaquero, escrita a lápiz con letra grande, porque ya sabía que se iba a mojar o a mancharse de aceite. Hay tres sartenes sobre el fuego, dos bandejas en el horno, una ensaladera entera con masa reposando al lado del ventanal y al menos cinco cucharas apoyadas en lugares donde no deberían estar. Pero me da igual. Tengo las manos manchadas, los labios agrietados de probar tanto aliño y una especie de cosquilleo en la boca del estómago que no tiene nada que ver con el hambre, sino con la emoción que siento.

En la encimera, una mezcla de mantequilla caliente, tomillo fresco y cebolla caramelizada perfuma el aire como si estuviésemos en mitad de una película de esas románticas con final feliz de sobremesa. Pero lo mejor de todo es que no estoy sola, porque en medio de este delicioso pequeño caos, Max acaba de entrar por la puerta del salón con una mesa al hombro, la camisa abierta hasta medio pecho y un gesto en la cara que no se parece en nada al Max con el que discutía hace unas semanas por cualquier tontería. Este Max se ríe al verme. Se rasca la nuca cuando no encuentra dónde dejar algo. Me guiña un ojo cada vez que me pilla observándolo y, cuando paso a su lado con la olla de las costillas, mete el dedo en la salsa sin preguntar.

—¿Pero tú te crees que esto es una cata gourmet o qué? —le digo, dándole un leve codazo.

—Solo me aseguro de la calidad del producto, señora chef —responde con un tono de voz que me pone nerviosa.

Le lanzo una servilleta al pecho y él la atrapa al vuelo, pero se acerca sin decir nada, me agarra de la cintura y me estampa un beso en los labios. Uno corto, jugoso, con sabor a mostaza dulce y a ganas de más. Me río sin querer.

La música suena bajito desde el salón, donde ha colocado un tocadiscos antiguo que no sabía ni que funcionaba. Suena música country suave.

Desde que me desperté el primer día después de regresar en esta casa y decidí que no quería esperar más. Que no quería seguir con esa sensación de estar ocupando un lugar provisional. Esta es mi casa, mi sitio, nuestro porche y hoy es nuestra noche y por eso vamos a celebrarlo con la gente que queremos.

La terraza ya empieza a parecerse a lo que tenía en la cabeza. Max ha colgado bombillas de las vigas de madera, ha traído sillas plegables del almacén, ha colocado una mesa larga con mantel de cuadros rojos y blancos y ha puesto jarras de flores silvestres que, según él, ha cogido esta mañana del camino. No me lo creo, pero le he dado un beso igual. Cada detalle tiene su huella y su forma de querer sin decirlo. Su forma de cuidarme sin que parezca que lo intenta y eso, justo eso, lo que me llega al corazón.

—¿Crees que vendrán? —le pregunto mientras me limpio las manos en el delantal y me quedo apoyada en el marco de la puerta, mirando el porche.

—Claro que sí. Aquí una cena gratis corre más que un chisme.

Me río y me giro para mirarlo. Está quitándose el sombrero y pasándose los dedos por el pelo como si no supiera qué hacer con tanta paz. Es raro verlo así de relajado, feliz y cómodo incluso con la idea de que vengan vecinos, de que la gente se siente en su porche, que es también el mío. Porque ya no hay fronteras ni entre nosotros ni con el pueblo.

Respiro hondo y me recoloco la trenza con los dedos y sonrío. Porque está todo listo y porque esta noche empieza lo nuevo.

Los primeros en aparecer son Tessa y Nate, su marido, que bajan del todoterreno con una naturalidad que parece que llevan toda la vida cruzando caminos de tierra con tartas y cestas en la mano. Tessa ha envuelto su postre con un paño de cuadros verdes que combina con el vestido color hierba que lleva. Me abraza sin decir nada, solo me aprieta fuerte entre sus brazos y sonríe.

—He traído tarta de limón —me dice, mientras me pasa el molde caliente—. Si sobra, me la llevo.

—Pues ve mentalizándote de que no te va a sobrar nada.

Nate, por su parte, saca una cesta con varias botellas. Las coloca sobre una de las mesas de madera con el mismo gesto relajado que usa para todo, y me guiña un ojo antes de seguir a Max hacia la barbacoa. No hablan mucho, pero se entienden. Es una de esas alianzas silenciosas que me dan paz.

Al rato llegan las mujeres de la clase de yoga. Llevan flores en el pelo y sandalias gastadas, pero entran en la fiesta con una seguridad que me deja embobada. Saludo a cada una con besos y una copa en la mano. Cuando una de ellas ve a Max junto a la parrilla, le lanza un silbido burlón.

—¿Ese vaquero es tuyo o se alquila para eventos especiales?

—No se alquila —respondo con una sonrisa—. Pero tampoco se devuelve.

Todas se ríen. Incluso Max, que levanta la cabeza un segundo, se saca el cigarro de la boca y también sonríe de medio lado. Luego sigue a lo suyo, concentrado en la carne como si fuera una misión de alto riesgo.

Los siguientes en llegar son vecinos del pueblo que no recuerdo haber invitado formalmente, pero que se han enterado por el boca a boca y me encanta que vengan. Traen pan de maíz, cervezas heladas, mermeladas caseras con etiquetas escritas a mano y bolsas con servilletas de tela. Se crea un ambientillo cálido, sin protocolo, que me llena el pecho de una emoción serena, como si me estuvieran diciendo que ya formo parte de esto sin que tenga que pedirlo.

Una pareja mayor me entrega una caja con dulces y me habla de cuando esta casa estaba medio derruida, y de cómo se alegran de verla otra vez viva.

—Hacía años que nadie montaba algo así aquí —dice la mujer, mientras le ajusta el sombrero a su marido—. Se nota que estáis construyendo un hogar, y eso siempre se contagia.

Contagio. Eso es justo lo que siento. Que la alegría de hoy, aunque sencilla, es contagiosa y que este lugar, esta gente y este vaquero que ahora mismo me está mirando desde la barbacoa con el sombrero ladeado y esa sonrisa que se guarda solo para mí, están empezando a calarme muy hondo.

Levanto mi copa y él me sostiene la mirada sin decir nada, porque no hace falta que lo haga. Asiente con un leve movimiento de cabeza y sin apartar los ojos de mí.

Ahora ya no me siento una extraña, ni me siento sola ni incompleta. Me siento dentro de esta comunidad y de su vida. Por primera vez, no siento que esté corriendo para alcanzar algo. Solo estoy aquí. Viviendo y empieza a gustarme tanto esta versión de mí, que no quiero volver atrás.

La mesa está llena de platos que ya nadie recuerda quién trajo. Hay pan de maíz con mantequilla de romero, una bandeja de costillas glaseadas que Nate ha dejado junto a la barbacoa, y tarros de mermelada de cereza que parecen recién salidos del porche de alguna abuela adorable. Huele a leña, a cerveza y a verano.

Me siento en uno de los escalones del porche, con una copa en la mano, las piernas recogidas y las sandalias colgando de un dedo. El vestido se me ha subido hasta los muslos y no me importa. Se me ha soltado un mechón del recogido improvisado y tampoco pienso arreglarlo. Miro a mi alrededor y veo que Tessa baila con una copa en la mano y la falda suelta. Max está en la barbacoa, con el sombrero ladeado y me está mirando, como si lo hubiera dibujado un artista obsesionado con los hombres que no necesitan hablar para llenar un sitio.

Agarro el móvil del banco donde lo dejé hace un rato y abro la cámara. No porque quiera subir nada, sino porque quiero guardar, grabar y memorizar este instante, este aire y esta mezcla de voces, carcajadas y música. Giro la cámara lentamente, desde el mantel desordenado y las botellas vacías hasta los farolillos colgados entre los árboles, que se mecen con la brisa como si fueran luciérnagas domésticas y entonces enfoco a Max. Él no se aparta, ni se gira, solo me mira como si no hubiera más cámaras que mis ojos y sonríe. Me dedica una sonrisa que no regala a cualquiera.

Se acerca sin prisa hasta mí y apoya una mano en mi cintura, justo donde empieza la cadera, y baja la voz solo para mí:

—¿Me estás grabando, Miller?

—Quiero que el mundo vea lo guapo que estás cuando cocinas para veinte personas sin quejarte.

Suelta una carcajada ronca, de las que no son ruido sino eco. Me quita el móvil con suavidad, sin brusquedad y lo deja sobre la mesa con un gesto manso.

—Pues si vas a grabar… graba esto.

Antes de que entienda a qué se refiere, me gira con un gesto firme. Mis pies se tambalean, pero no llego a perder el equilibrio porque su cuerpo está pegado al mío como un ancla.

Empieza a sonar una canción lenta, de esas que parecen sacadas de una película donde nadie muere, pero todos lloran. El tipo del sombrero de paja que trajo una guitarra empieza a marcar los acordes en un rincón del porche, y alguien chasca los dedos al ritmo.

—No sé bailar —le susurro.

—Yo tampoco. Pero muevo bien los pies.

Me hace reír, porque no finge. Solo está y yo estoy con él con las manos en su cuello, la frente cerca y mis pasos torpes que se ajustan a los suyos. Su mano se queda en mi cintura, no sube, ni baja, ni exige nada. Solo aprieta un poco más cuando cree que voy a soltarme, aunque no pienso hacerlo.

Mis dedos encuentran el borde de su camisa y acaricio el algodón gastado. Noto que su respiración es constante, y su mirada no cambia ni cuando una de las vecinas se gira a mirarnos con una sonrisa entre traviesa y nostálgica. Entonces Max me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos. El gesto más simple del mundo, pero que me recorre entera, de la piel al pecho y de la piel al alma.

Se inclina y me susurra algo al oído que no entiendo, pero que siento hasta los tobillos. Algo que no necesita palabras y me besa delante de todos, sin esconderse y sin corregir la postura o sin cuidar el ángulo. Solo me besa con la calma feroz de quien sabe que no hay que correr cuando ya se ha llegado.

Le correspondo sin pensar, sin temblar y sin dudar. Porque no hay nada que pensar cuando el deseo y la paz caben en la misma respiración. Le beso de vuelta con hambre tranquila, con entrega real y con todo lo que soy sin escudo.

Cuando nos separamos, hay un segundo de silencio entre los asistentes. No porque nadie sepa qué decir, sino porque no hace falta decir nada. Después alguien silba y otro aplaude aplaude. Tessa grita un «¡Ya era hora!» desde la mesa y yo apoyo la frente en el pecho de Max y me dejo llevar por el vaivén de su respiración y el latido de su corazón.

—¿Sabes lo que acabo de pensar? —susurro.

—Dime.

—Que por fin no tengo miedo de ser feliz.

Capítulo 21

Max

La carretera se estira hacia el este como un hilo tenso sobre la piel del desierto. El asfalto está agrietado en los bordes y se ensancha a medida que dejamos atrás Cactus Valley. A lo lejos, el cielo empieza a perder esa claridad seca del oeste y se vuelve más plano y uniforme.

Llevo la mano izquierda firme sobre el volante y con los dedos rodeo el cuero caliente, mientras que la derecha está enlazada con los suyos. Audrey no dice nada y yo tampoco, aunque no hace falta.

El motor ronronea en una cadencia que ya no me hace sentir agitado. Antes, este mismo trayecto me habría tenido con los hombros tensos y el corazón desbocado, pero hoy ya no.

Giro la muñeca para mirarla sin soltar su mano. La noto despierta y atenta, aunque hace rato que está callada. Tiene la cabeza apoyada contra la ventanilla y el pelo recogido en un moño alto que deja al descubierto su cuello. La camiseta blanca que lleva es fina, y le marca el sujetador negro que se ha puesto debajo, lo que me obliga a tragar saliva.

No porque sea nueva esa visión, sino porque esta vez me acompaña, porque quiere, porque ha elegido no quedarse atrás.

Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar, sin apartar la mirada de la carretera. Ella aprieta los dedos, aunque no dice nada. Pero su forma de sostenerme dice más que cualquier discurso. Me dice: «Sigue. Estoy aquí» y joder, eso me atraviesa de pies a cabeza.

Respiro hondo y percibo que el interior del coche huele a cuero viejo, gasolina y lavanda. No sé si es su perfume o si ha metido otra bolsita de esas que cuelga en el retrovisor *para que el*

coche huela a flores, como ella dice. Pero me gusta, porque me recuerda a su cuerpo cuando se queda dormida en mi cama.

—¿Va bien? —me pregunta sin girarse hacia mí a media voz, como si tuviera miedo de romper la tregua que nos envuelve.

—Sí. —No necesito decir más palabras, ni ella tampoco.

Sabe dónde vamos y lo que eso significa. También tiene claro lo que me costó decidirme, dejar de justificarme con excusas y empezar a caminar en línea recta.

Desde que empezó todo esto, ha habido muchas versiones de mí. El Max que no confiaba, el que se tragaba el orgullo a cambio de silencio, el que mordía antes de hablar y el que prefería perder antes que admitir que tenía miedo.

Pero hoy no. Hoy conduzco hacia Houston para cerrar una puerta que lleva años entreabierta. Una puerta por donde se me ha colado de todo: culpa, rabia, decepción y una sensación constante de estar a medio camino de algo que nunca terminaba de empezar.

El paisaje cambia despacio. Los campos de heno se van transformando en estaciones de servicio, almacenes oxidados y señales de tráfico cada vez más frecuentes. Las nubes también se apelmazan y parecen más pesadas. El cielo ya no tiene esa limpieza feroz del rancho, porque Houston se acerca.

—¿Quieres parar a tomar algo? —pregunta sin apartar la vista del asfalto.

—No. Prefiero seguir.

No es que tenga prisa, sino porque quiero cerrar esto cuanto antes. Así que cuanto antes llegue, antes podré dejarlo atrás.

Su mano sigue enlazada con la mía. En este momento, ese gesto tranquilo y sin exigencias me llega más hondo que cualquier beso. Porque no ha venido a rescatarme. Está aquí, al lado caminando conmigo y eso para mí lo es todo.

Me recoloco en el asiento, porque la espalda empieza a molestarme después de tantas horas, pero no me quejo. Llevo la camisa arremangada hasta los codos y la piel del brazo izquierdo se me ha oscurecido con el sol de la mañana. Me rasco el antebrazo y me fijo en las marcas de tierra que todavía arrastro del rancho. Ni

me molesto en quitármelas. No quiero. Porque no me avergüenzan. Porque forman parte del camino que me ha traído hasta aquí.

Audrey se gira levemente y me observa.

—Estás muy callado.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

La miro solo un segundo antes de volver la vista al frente.

—En todo lo que ha tenido que pasar para que este momento exista.

Ella asiente.

—No es poco.

—No. No lo es.

No lo digo en voz alta, pero estoy pensando en mi padre, en su silla en el porche y en su forma de hablar como si todos los problemas fueran externos. Y también en mi madre y en cómo se fue sin hacer ruido, dejándome con la garganta llena de preguntas. Durante mucho tiempo, me juré que no iba a repetir lo suyo. Pero sin darme cuenta, me convertí en alguien parecido. No porque me pareciera a ellos, sino porque nunca me detuve a romper su patrón hasta ahora.

La camioneta sigue avanzando y dejamos atrás gasolineras con tejados bajos, naves industriales y señales que indican salidas con nombres que no me suenan de nada. En cuanto veamos los primeros rascacielos al fondo, sabré que estamos cerca.

Audrey se quita las sandalias y recoge los pies sobre el asiento.

—¿Te molesta?

—No.

Su forma de moverse me hace pensar en la noche pasada y en su cuerpo curvado sobre mis caderas, en sus uñas clavándose en mis hombros y en su boca entreabierta gritando mi nombre. Y en mi voz ronca susurrándole que no se vaya nunca. No porque la necesite para vivir, sino porque con ella todo lo que me costaba tanto… por fin parece tener sentido.

—¿Sabes qué? —me pregunta, rompiendo mi hilo de pensamientos.

—¿Qué?

—Hoy me he despertado con una idea rara. He pensado: «Hoy es un día para soltar».

La miro de reojo.

—¿Y qué quieres soltar tú?

Se encoge de hombros.

—Miedos antiguos, exigencias absurdas o ese tic que tengo de pensar que todo depende de mí —me suelta de carrerilla y al final se encoge de hombros.

Vuelve a girarse hacia la ventanilla y apoya la mejilla en el cristal.

—¿Y tú?

Respondo sin dudar.

—Hoy voy a soltar la culpa.

Ella se gira hacia mí y me mira. No dice nada, pero sé que lo ha entendido.

La carretera empieza a ensancharse. A lo lejos, aparecen la silueta de la ciudad ya asoma con una geometría de metal y cristal que siempre me ha parecido ajena. No es mi terreno, nunca lo ha sido, pero hoy no vengo a quedarme. Solo vengo a cerrar una etapa, que ya era demasiado larga.

Le aprieto la mano sin mirarla.

—Gracias por venir.

—No habría dejado que vinieras solo.

Sigo conduciendo sin prisa y sin esa sensación de tener que demostrar nada, porque por primera vez, me siento en paz con lo que soy.

El edificio es de esos que no intentan disimular lo que son: altos, y grises. Las puertas giratorias se abren ante nosotros sin necesidad de tocarlas. Audrey entra delante, con paso firme, y yo la sigo. No me suelta la mano hasta que cruzamos el vestíbulo y llegamos al ascensor.

Dentro, el cristal del fondo refleja su silueta junto a la mía. Se ha recogido el pelo en una coleta baja y lleva una americana

beige sobre una blusa sin mangas que le deja los hombros al descubierto. El pantalón negro le marca las caderas. De hecho, podría pasar por una ejecutiva de estas que mandan callar a medio consejo con una sola mirada.

Subimos hasta la planta catorce. En cuanto se abren las puertas, lo primero que me golpea es el olor a café y también el silencio tenso de los despachos con moqueta que amortiguan los pasos, como si nadie quisiera que se notara el peso real de lo que ocurre aquí dentro.

La recepcionista nos saluda con una sonrisa medida, que no llega a ser ni amable ni distante, solo profesional. Nos hace pasar a una sala de juntas donde ya nos espera la abogada. Se llama Miranda. Lleva gafas finas y una carpeta negra apoyada sobre el regazo. Cuando se levanta para estrecharme la mano, su apretón es seco y breve. Deja claro que no ha venido a hacer amigos.

—Buenos días, señor Edwards. ¿Listo para cerrar el proceso?

No le respondo enseguida. Camino hasta la mesa, me siento y observo cómo Audrey se sienta a mi derecha, sin abrir la boca.

La mesa de madera pulida y sobre ella, el contrato. Varias hojas con encabezados en mayúsculas, cifras y esa cláusula final que tanto me costó tragar.

La abogada abre la carpeta y empieza a leer en voz alta los términos. Su voz es clara y sin ningún rastro de inflexión emocional. Lo explica todo como si hablara de una mudanza. Pero lo que tengo delante no es una mudanza, sino un cierre de una etapa de mi vida que me gustaría olvidar.

Dakota no está aquí, porque firmó hace dos días. Su firma aparece ya impresa en la tercera página, junto a su nombre completo. El apellido de casada ha desaparecido y ha vuelto a usar el de soltera. No me sorprende. Hace tiempo que dejó de considerarse parte de esta historia y, por suerte, también de los Edwards. Aun así, está presente. Su sombra aún flota sobre esta sala como un perfume denso, que se resiste a disiparse.

Cuando la abogada termina, se hace un silencio breve. Me entrega la pluma. Yo la cojo y la entre los dedos. No porque esté dudando, sino porque necesito un segundo más para despedirme del Max que firmaba contratos con miedo a quedarse solo.

Audrey no habla, solo me mira con la calma que ha traído a mi vida desde que decidió quedarse. Me sostiene la mirada y me sonríe.

Respiro hondo y apoyo la punta de la pluma sobre el papel. La tinta tarda medio segundo en bajar, pero luego fluye con trazos firmes. Primero escribo mi nombre y mi apellido. Y, por último, añado la fecha y, al final, un punto.

Observo mi firma durante unos segundos con la certeza de que lo que acabo de hacer es definitivo, pero en lo que voy a ser a partir de ahora… también.

—Perfecto —dice la abogada, recogiendo el contrato sin ninguna emoción en su gesto—. Recibirán una copia sellada por correo en los próximos días. Si hay algún detalle pendiente de la transferencia bancaria, se lo notificaremos por correo electrónico.

—Gracias —respondo, sin moverme todavía del sitio.

Ella se marcha y nos deja solos unos segundos antes de que entre una asistente con una carpeta que Audrey, guarda en su bolso. Cuando salimos del despacho, mis piernas caminan por inercia, pero mi cabeza va aún unos pasos por detrás.

Recorro el pasillo con las manos en los bolsillos, la mirada baja y la mandíbula tensa. No hay rabia ni pena, pero sí hay algo que necesita ordenarse. No puedo explicarlo con palabras, pero lo noto en la forma en la que respiro.

Audrey no me dice nada. Solo camina a mi lado, como lo ha hecho desde que empezó todo esto. Entramos en el ascensor y las puertas se cierran. Me apoyo en la pared del fondo, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y cierro los ojos. Escucho la vibración del ascensor bajando y unos segundos después, siento sus pasos delante de mí. No los oigo, los noto.

Abro los ojos y ella está ahí. Me mira, me estudia y, luego, alza una mano y me acaricia la mejilla suavemente con los dedos.

—¿Y ahora qué? —susurra y yo la miro a los ojos.

Me cuesta responder. La garganta me arde un poco y me obligo a tragar saliva.

—Ahora… soy libre.

Y no es una frase bonita, ni es una pose. Es la verdad. No necesito pedir perdón por lo que no supe defender, ni por las cosas que no llegaron a ser, ni por la forma en que intenté sostener un matrimonio que ya estaba roto desde antes de empezar.

Ahora soy libre.

Ella me mira con los ojos húmedos, aunque no busca dramatismos. Solo me acaricia la mandíbula con el pulgar y se acerca y nos besamos. Aunque nuestros besos no son de alivio, ni de celebración. Nuestros besos encierran todo lo que hemos elegido dejar atrás y lo que hemos decidido construir.

Su boca se acomoda a la mía como si ya supiera el camino. El calor de su cuerpo me llega antes de que lleguemos al primer piso. Me recuesto contra la pared del ascensor, rodeándola por la cintura, y dejo que me bese como solo ella sabe hacerlo.

Cuando se separa, no lo hace del todo. Deja la frente pegada a la mía y sonríe.

—Vámonos de aquí.

Asiento.

En este momento, no tengo miedo a lo que venga. Porque por fin he soltado el lastre y el pasado se ha quedado atrás, donde le corresponde.

El hotel está a tres manzanas del edificio de abogados. No tiene grandes letras luminosas ni moquetas lujosas ni botones con uniforme. Es discreto, sobrio y antiguo. Pero hay algo en esa sobriedad que me calma. Lo elegí por eso, porque no impone, ni pretende aparentar nada. Como nosotros hoy.

El ascensor sube lento, con el sonido del engranaje marcando cada piso. Audrey apoya la espalda contra la pared de madera clara y se recoge un mechón que se le ha soltado. Me mira, pero no dice nada, aunque su expresión ha cambiado.

Cuando llegamos a la habitación, ni siquiera encendemos todas las luces. Solo la del aplique junto a la cama. El resto queda en penumbra, salvo por la luz que entra desde el ventanal, desde donde se ve una vista panorámica de Houston iluminada por farolas y neones apagados a medias. Es una ciudad enorme, pero desde aquí arriba parece de juguete.

Me quito la chaqueta, la cuelgo en la silla y dejo los zapatos junto a la puerta. No tengo ganas de meterme en la ducha ni de ponerme cómodo. Solo quiero sentarme.

Me dejo caer sobre el borde de la cama, me echo ligeramente hacia delante y miro al frente. El ventanal ocupa casi toda la pared. Más allá, las luces se reparten como un mapa que no conozco. Hay coches circulando, ventanas iluminadas y antenas parpadeando en los tejados más altos. Pero yo no veo nada de eso. Solo siento el hueco que empieza a llenarse no con ruido, ni con vértigo, sino con ella.

Audrey camina despacio por la habitación. Se ha quitado los zapatos y los lleva en la mano. Suena el roce de sus pasos descalzos sobre la moqueta, y eso, más que cualquier palabra, me envuelve.

Se sienta a mi lado, aunque no me mira. Apoya la cabeza en mi hombro y suelta un suspiro. Uno de esos que no buscan consuelo, sino solo descanso. Pasan varios segundos o minutos. No lo sé. Me acostumbro al peso de su cuerpo contra el mío, al olor de su piel mezclado con la colonia que se puso esta mañana y a la forma en que encaja sin exigir espacio y sin llenar el aire con preguntas.

Levanto el brazo. Le cojo la mano y la llevo hasta mi pecho, justo sobre mi corazón. Se la cubro con la mía y disfruto de la suavidad y de la calidez de su palma.

—Todo lo que soy… ahora empieza contigo aquí.

No me mira ni me contesta, pero la noto temblar un poco. No por frío sino por la emoción contenida. Le tiembla el abdomen, los dedos se le aflojan y los ojos se le anegan.

En este momento, no necesito más. Solo esa respuesta, que no pasa por la boca, pero que lo dice todo. La rodeo con ambos brazos y la atraigo hacia mí. Ella se deja abrazar como si llevara

años deseándolo y la noto respirar hondo, con los labios húmedos contra mi cuello.

—No me sueltes —murmura.

—No, no pienso hacerlo.

Nos quedamos así un rato hasta que me tumbo hacia atrás y la arrastro conmigo. Ella se acomoda encima de mi pecho sin cambiar de postura y su muslo me roza. El borde de su blusa se ha subido y noto la piel de su costado pegada a la mía.

Apago la luz del aplique sin soltarla. Todo se tiñe de un azul denso que entra desde fuera. Houston sigue viva ahí abajo, pero no la oímos, porque en esta habitación lo único que importa es la cadencia de nuestra respiración y el sonido del latido de nuestros corazones. Mis dedos recorren su espalda por encima de la blusa. Audrey no se mueve, ni me pregunta qué sucederá mañana, ni menciona el rancho, ni nombra lo que acabamos de hacer. Y justo eso es lo que me hace sentir que por fin he llegado al lugar donde quiero quedarme.

Capítulo 22

Audrey

El portátil ruge sobre mis muslos como si también él estuviese nervioso. Lleva abierto más de una hora, pero no soy capaz de darle al maldito botón de publicar. Tengo el dedo en suspensión y el corazón galopando como si Max estuviera a lomos de un caballo metido dentro del pecho dándole espuelas.

—¿Quieres que lo haga yo? —me pregunta Kristen sin mirarme. Tiene el codo apoyado en la mesa plegable y un café frío

entre las manos—. Solo tienes que decírmelo.

Niego con la cabeza, mientras me la sujeto con la otra mano, como si eso fuese a estabilizarme. Estamos a las afueras de Cactus Valley, bajo un toldo improvisado y rodeadas de un equipo de grabación que ya ha recogido todos los focos. Pero yo sigo frente al portátil con la respiración entrecortada y la garganta más seca que el desierto.

—Audrey —murmura Wendy mientras me aprieta la rodilla —. Respira. No estás grabando un *reel*. Estás enseñando al mundo lo que de verdad eres.

La miro y me fijo en sus enormes gafas de sol y en su melena despeinada, aunque no necesita nada más. Le sonrío, o lo intento, y bajo la mirada a la pantalla y sin pensármelo más, le doy al *play*.

La imagen arranca con un plano abierto del campo. El polvo flota en el aire, aunque no como algo sucio, sino como si la tierra se estuviera desperezando bajo la luz suave del amanecer. Se escucha el crujido de una pisada, luego otra y la cámara enfoca unas botas caminando por un sendero de piedra. El sonido es real, sin filtros ni música. Después hay un corte y aparece un primer plano de una mano masculina acariciando la crin de un caballo. La luz resbala por los nudillos y se enreda en el pelo del animal como si lo peinara. Después, otro corte y aparece una imagen de hierba alta ondeando al viento, que acaba en un plano lento, muy lento y, entonces, aparece él: Max. Va montado a caballo con el sombrero echado hacia atrás y con el torso desnudo dorado por el sol. Clava la mirada en la cámara, aunque no está posando, porque él no actúa, simplemente está tal y como es él cuando cabalga o cuando se mete entre mis piernas.

Me tiembla la barbilla. No sé si es por la emoción o por la presión contenida en la boca del estómago o quizá por ambas. Kristen me coge el café y le da un trago antes de dejarlo a un lado sin decir nada.

Vuelve el vídeo y aparece un plano de la casa del rancho. Luego otro de los animales pastando y tras ese, el plano final, en el que aparezco yo apoyada en la valla con unos vaqueros rotos, una

camiseta blanca y sin maquillaje. Solo yo tal y como soy y mi voz en off, suave, clara y con ese acento que siempre creí que tenía que disimular para ser tomada en serio:

—«Cactus Beauty. No cubre imperfecciones. Las acaricia».

Pantalla en negro y la frase final:

«Cactus Beauty. Todo natural. Todo real.»

Silencio y miro a Kristen.

—¿Lo lanzo?

Se encoge de hombros.

—O lo haces o te explota un ovario de la tensión. Tú verás —me suelta encogiéndose de hombros.

Me río con una risa tonta y descolocada, pero mía. Cierro los ojos un segundo, vuelvo a mirar la pantalla y hago clic.

Publicado.

El mundo entero puede vernos ahora. A mí, a Max y a lo que somos juntos. No somos perfectos, sino reales. Con barro, con viento y con una historia a cuestas que ya no quiero esconder. Pero por primera vez en mi vida, no siento miedo de mostrarme sin disfraz.

El portátil ya no está sobre mis piernas. Lo he cerrado en cuanto he comprobado que el vídeo se ha publicado. Kristen me ha dejado sola un rato, quizá porque sabe que ahora no necesito compañía ni consejos, sino espacio. Estoy en el porche del rancho, sentada en una mecedora que cruje con cada uno de mis movimientos, con una botella de cerveza entre las manos y los pies apoyados en la barandilla. El cielo empieza a volverse de color melocotón por el oeste, aunque no lo miro, porque no aparto los ojos de mi móvil.

La pantalla no para quieta, porque no dejan de llegarme notificaciones de comentarios, compartidos y mensajes privados. Me arden las mejillas, pero no por vergüenza, sino por una emoción que es algo muy parecido al orgullo, pero mezclado con un pellizco cálido que me recorre la espalda como si alguien me estuviera abrazando por dentro.

Leo algunos:

«Gracias por devolvernos el deseo de ser reales».

«Quiero una piel como la tuya y un vaquero como ese».

«No sabía que necesitaba un cowboy en mi rutina facial».

Sonrío sola y me recoloco un mechón de pelo que el viento ha despeinado y me inclino hacia delante, justo cuando escucho pasos a mi espalda.

—¿Ya está? ¿Lo has hecho? —me pregunta Max desde la puerta, sin quitarse el sombrero.

Me giro hacia él y veo que lleva una camisa vaquera abierta por el pecho y un vaquero descolorido que se le ajusta como si se lo hubieran cosido a medida directamente sobre la piel. Trae dos cervezas y me ofrece una y se sienta en el escalón frente a mí.

—Ya está —le respondo, dando un sorbo sin apartar la vista de él.

—¿Y?

Le sostengo la mirada y observo que tiene las rodillas separadas, los codos apoyados y el gesto tranquilo. Pero sus ojos no saben fingir.

—Tienes más fans que yo, aunque no pienso compartirte con ninguna, ¿eh?

La carcajada que suelta es suave, profunda y emite ese sonido que me afloja las piernas incluso a pesar de que esté sentada. Se inclina hacia adelante y deja la botella en el suelo.

—Entonces me tendrás que mantener ocupado —responde, levantando una ceja con esa forma de provocarme sin despeinarse.

—Eso está hecho.

Max se acerca y se apoya con un brazo en la barandilla y me mira de una manera, que me hace tragar saliva. Apoya la frente en la mía y respira hondo.

—Estás preciosa cuando dejas de pelear con el mundo.

—No he dejado de pelear. Solo he cambiado de frente.

—¿Y cuál es ahora?

—Este —Le toco el pecho con la punta del dedo—. Tú, el rancho y todo esto.

Me agarra la muñeca y me besa la palma de la mano con una lentitud que no tiene nada de inocente. Su boca se queda ahí,

unos segundos y después me suelta y se incorpora de nuevo. Coge la cerveza y se sienta a mi lado, en la otra mecedora.

—Pues prepárate, Miller, porque esto acaba de empezar.

Al escucharle lo sé, no porque lo diga él, sino porque, por primera vez, me creo capaz de quedarme.

En la plaza del pueblo no hay más de cincuenta personas, pero el murmullo suena como si fuéramos el triple. El toldo del Cactus Diner tiembla con la brisa de media mañana, y los ventiladores giran despacio sobre las mesas. En una esquina, las chicas del instituto se agrupan en corro. Me reconocen al instante y una enseña su móvil con el vídeo en reproducción. Otra señala mi camiseta y murmura algo entre risas.

—Me encanta lo que has hecho —me dice una de ellas, abrazando su móvil contra el pecho—. Nunca me he sentido guapa sin maquillar. Pero esta mañana… no me he puesto nada. Ni corrector.

Le sonrío y me agacho un poco para estar a su altura.

—Pues estás preciosa así.

Ella asiente, tragando saliva y se va corriendo a contarles algo a las demás. Me quedo quieta, con las manos en los bolsillos y el corazón haciendo cosas raras en medio de mi pecho.

—Gracias —me dice, sin más una mujer de unos cuarenta años que me ha tocado el brazo.

—¿Por qué?

—Por recordarnos que estar bien con una misma no es incompatible con quererse más. Mi hija ha visto el vídeo cinco veces.

Asiento, pero no me sale nada más. Solo aprieto los labios, con esa emoción incómoda que me hace temblar las pestañas.

Un chaval cruza delante de mí con una camiseta blanca. Tiene impresa la frase en letras negras: «Todo natural. Todo real» y me señala con el pulgar mientras mastica chicle y sonríe con descaro.

—Tú sí que sabes —dice.

—Me alegra que te guste.

—Mi madre te odia. Eso significa que lo estás petando.

Se va sin esperar respuesta y yo me echo a reír, porque tiene razón. Y porque en Cactus Valley, ese es el mayor cumplido que te pueden lanzar.

Las mesas del *diner* están ocupadas por vecinas de siempre. Señoras con moños bien altos, labios perfilados y abanicos que no se detienen ni un segundo. Una de ellas, la del vestido de lunares, me observa de arriba abajo.

—Ese torso no es de maquillaje, ¿verdad? —pregunta, entrecerrando los ojos.

—No, señora —respondo con una sonrisa—. Es 100 % cowboy.

La de al lado se echa a reír. La del abanico suelta un «¡ay, madre!» y empieza a mover el abanico con más ganas. No obstante, no dejo que la euforia me nuble, ni que los elogios se me suban a la cabeza. Esta vez no estoy pendiente de las cifras, ni de cuántas veces se ha compartido el vídeo o cuántos *likes* acumula. Esta vez estoy atenta a otra métrica que no sale en pantalla.

Una niña con trenzas me mira desde la acera con una curiosidad tímida. Me acerco despacio y veo que lleva una camiseta manchada de chocolate y unas pecas perfectas en la nariz.

—¿Te ha gustado el vídeo?

—Mucho —dice—. Ahora quiero salir así. Sin pintar.

—¿Y eso?

—Porque me gustas más con pecas. Yo también tengo.

Me señala la cara y sonríe. Entonces lo entiendo. No lo he hecho para demostrar nada, sino por esto, por ella y por todas. Me agacho, le limpio un poco la cara con una servilleta y le guiño un ojo.

—Pues que se entere el mundo. Las pecas mandan hoy.

Estoy en la cama con el portátil apoyado sobre las piernas, una pierna doblada bajo la otra, el pelo aún húmedo y la espalda medio recogida contra el cabecero de madera. No hay música, ni velas, ni ese tipo de atmósferas, que parece que una debería preparar

cuando ha tenido un día redondo. Solo estamos Max y yo, y esta nueva calma, que aún no sé si se puede definir como felicidad, pero que se le parece bastante.

Max sale del baño con la toalla atada a la cadera, y su piel dorada que le brilla aún más por el vapor. Se rasca la nuca mientras camina hacia la cama, pero no dice nada. Solo se acerca, me quita el portátil con una mano, lo cierra sin mirar la pantalla y lo deja en la mesilla con la tranquilidad de quien no tiene prisa.

Luego se tumba a mi lado sin ceremonias ni palabras, como si su sitio estuviera ahí desde siempre. Su cuerpo caliente busca el mío, y cuando me rodea con el brazo y me atrae hasta que la nariz casi se me hunde en su cuello, me doy cuenta de lo cansada que estoy. Pero no del tipo de cansancio que pesa, sino del que se rinde, porque por fin puede respirar.

—¿Sabes lo que más me gusta de todo esto? —me pregunta en voz baja y al oído.

Me apoyo en su pecho, le paso una pierna por encima y sonrío contra su piel.

—¿Que tu torso tiene un club de fans propio? —le digo sin pensar.

Suelta una risa breve que me sacude los huesos.

—No. Que esta vez no te fuiste cuando las cosas se volvieron de verdad.

Abro los ojos y me quedo quieta, aunque no por sorpresa, sino porque esa frase lleva rondándome desde que salí al porche esta tarde y sentí que el cuerpo no me pedía huir, sino echar el ancla. Cierro la mano sobre su costado y le acaricio con el pulgar.

—Esta vez… era donde quería quedarme —le respondo mirándole a los ojos.

No hay pausa dramática, ni tensión sexual, ni siquiera una respuesta. Lo que hay es un beso lento, tranquilo y profundo. Que no busca desnudarnos, sino abrigarnos. Que no pregunta, ni exige, ni empuja, sino que agradece y dice: aquí estoy.

Nos besamos porque lo necesitamos. Porque después de tantos días empapados de deseo, de rabia y de orgullo mal

entendido, ahora solo queremos esto. Piel contra piel, aliento con aliento y una caricia que no promete futuro, pero confirma presente.

Max me envuelve entera y me deja hundirme en él sin intentar arreglar nada, ni explicarlo. Y yo, por primera vez desde que todo esto empezó, me permito bajar la guardia, no para protegerme, sino para vivir y quedarme.

Y esta vez, lo sé con una certeza tan íntima como la forma en la que Max me besa: no voy a salir corriendo.

Capítulo 23

Max

El sonido de su voz me llega antes que la imagen. Esa voz que ya no pone filtros, ni excusas, ni distancia, ni pretende mostrar algo que no es. Una voz que suena a casa, aunque esté hablando de una crema hidratante.

—Me preguntáis si esta crema hidrata. Bueno, ayer Max me dijo que mi piel huele a cielo. Así que yo diría que sí.

Estoy apoyado en el marco de la puerta, con un trapo de cocina en una mano y el corazón en la otra. La observo sin moverme, aunque podría fingir que estoy repasando algo del mueble que acabo de montar, o que me he quedado a medio camino entre el salón y la cocina no lo hago. Estoy aquí parado y observándola, porque no quiero perderme ni un segundo de lo que tengo delante.

Audrey está sentada en el porche con las piernas cruzadas, una coleta alta medio sujeta con un lápiz y un tarro de cristal entre los dedos. La luz de la tarde le acaricia la piel. Tiene la espalda recta, el gesto relajado y una expresión en los ojos que antes solo

aparecía cuando soñaba despierta. Ahora está despierta y sigue soñando. Pero lo bueno es que ahora lo hace en voz alta, sin esconderse ni disculparse.

Cuando sonríe a cámara, se le marcan los hoyuelos. Y lo bueno es que ahora se ríe de sí misma y también conmigo, incluso cuando no estoy ahí. Mientras la observo me doy cuenta de que nunca me ha importado perderlo todo… pero ahora lo tengo todo, porque la tengo a ella.

Me froto la nuca con ese gesto torpe que me sale siempre que la emoción me aprieta más de la cuenta y no quiero que se note. Apoyo el hombro en la pared, sin moverme ni apartar los ojos de ella y dejo que su voz me atraviese despacio, como si el porche entero se hubiera quedado en silencio solo para que yo pueda escucharla. Y mientras la escucho, pienso que nunca he sido de discursos de película ni de escenas para recordar, pero hay momentos que no necesitan aplausos para que los recordemos siempre y este... es uno de esos, porque hoy es el día.

La caja lleva días en el cajón, oculta entre un par de camisas viejas, que ya no me pongo pero que me niego a tirar. Me arrodillo frente al mueble, lo abro con lentitud y la madera cruje. Saco la caja negra, cuadrada y con un cierre diminuto que hace clic cuando lo levanto con el pulgar. Al abrirla veo el anillo. No hay nada de lujo en su forma. Es simple, pero brilla como ella cuando no sabe que la estoy mirando. Lo compré el día que firmé la escritura del rancho. Salí de la notaría con los papeles bajo el brazo y entré en la primera joyería que vi, porque supe que no podía empezar una nueva etapa sin ella.

Me siento en el borde de la cama y sostengo el anillo entre los dedos, lo hago girar una vuelta entera y lo dejo quieto en la palma. Podría pensarlo una vez más y buscar la frase perfecta, pero lo único que tengo dentro ahora mismo es la certeza de que quiero dárselo a Audrey y que se convierta en mi mujer.

Lo guardo en el bolsillo trasero y me levanto. Cruzo el cuarto, que huele a madera y a sábana limpia, y me detengo en el marco de la puerta del baño. No la llamo ni me muevo, solo me

limito a mirarla. Audrey está dentro de la bañera. El vaho le enrojece las mejillas y le empapa los mechones que se le han escapado de la pinza con la que se recoge el pelo. Tiene la copa de vino apoyada al lado de la bañera y los ojos cerrados. Respira lento y sonríe sin abrir los ojos.

—Si vienes a interrumpirme, que sea para meter las manos —me dice sin dejar de sonreír.

Me acerco hasta ella y me arrodillo junto a la bañera. Noto cómo el calor subir del vapor del agua, me envuelve la cara y me reblandece el pecho. No digo nada y me limito a observar su piel, que siempre me ha vuelto loco, la curva del hombro que se hunde en la espuma, el hueco entre el cuello y la clavícula, que siempre busco cuando la tengo cerca. Ella abre los ojos y parpadea al verme tan cerca y ver mi postura.

—¿Qué estás…?

Antes de que acabe la pregunta, saco la pequeña caja del bolsillo y la abro justo delante de ella. Me tiemblan un poco los dedos, aunque, por suerte, la voz no.

—No quiero volver a perderte nunca, ni dormir sin ti a mi lado, ni que esta casa vuelva a estar vacía.

Le enseño el anillo y la miro a los ojos.

—¿Quieres casarte conmigo, Audrey Miller?

Ella se queda quieta y la mano, que tenía apoyada en el borde, sube, lenta, hasta cubrirse la boca y se ríe emocionada.

—Por supuesto que sí, mi amor. Por supuesto que sí.

Entonces me inclino, aunque me mojo las mangas de la camisa, pero me da igual, y le cojo la cara entre mis manos y la beso con la certeza de que esta vez no hay vuelta atrás, porque, al fin, me siento en casa.

El vapor sigue en el aire. Lo noto en la nuca, en los dedos y en las pestañas de Audrey, que se han empapado igual que su sonrisa. Sigo de rodillas, con la mano apoyada en el borde de la bañera, sin importarme que mi camisa se empape, porque lo único que tengo en la cabeza es ella y su risa. Audrey me mira con los ojos empañados de emoción y con un leve temblor en los labios. Le acaricio la mejilla con el dorso de los nudillos, me inclino hasta que

nuestras frentes se tocan y dejo que el calor de su piel me recoloque el alma.

—Prometo que esta bañera nunca se quedará vacía —susurro cerca de su oreja, con la voz ronca y el corazón encogido de tanto sentir.

Ella no me responde con palabras. Se incorpora despacio, con el cuerpo mojado y la espuma resbalando por sus hombros y por el escote de una manera, que ahora mismo no me deja ni pensar. Pasa los brazos por mi cuello y me atrae hacia ella, con esa firmeza suave que tiene cuando quiere que me rinda y me rindo.

La beso sin prisa, sin hambre y sin esa prisa, que tantas veces nos ha prendido fuego. Pero esta vez es distinto, porque es un beso de los que se quedan en la garganta, de los que saben a hogar, a futuro y a lo que viene después del final. Sumerjo las manos en el agua tibia y la busco. Encuentro sus piernas, sus rodillas y el muslo que tiembla cuando mis dedos se abren camino hasta su cadera. Ella suspira contra mi boca, se encoge un poco y vuelve a estirarse, cómoda y cómplice, como si llevara toda la vida esperándome aquí.

Afuera, la noche lo envuelve todo. No se escucha nada más que el crujido de una rama al viento, la madera de la casa que respira y el sonido que hace el agua al moverse entre los dos.

La beso otra vez y ella me sigue, con las manos enredadas en mi nuca y los muslos abiertos dentro de la espuma. Su cuerpo está caliente y suave y yo lo recorro con las palmas, despacio y sin romper la magia que se ha formado entre los dos. Como si esta vez no hiciera falta nada más que esto: una promesa, una caricia y una boca que busca otra.

Me coloco de pie, sin soltarla, y la abrazo desde fuera de la bañera. Ella se pega a mí, mojándome entero, con la respiración agitada y la sonrisa escondida en mi cuello.

—Tírate —susurra sin moverse.

—¡Que me voy a empapar entero, joder!

—Tarde…

Y se separa lo justo para echarse hacia atrás, hundirse un poco más en el agua y abrir espacio para mí entre sus piernas. No hay nada que me guste más que ese gesto suyo de abrirse sin

miedo. Suelto una risa baja, me quito las botas y me dejo caer dentro de la bañera con un gruñido. El agua salpica, nos empapa y rebosa por los bordes, pero nos da igual. Porque ahora soy yo quien la sostiene, quien le acaricia la espalda bajo el agua y le muerdo el lóbulo de la oreja. Audrey se acomoda encima de mí, con las rodillas a los lados de mis caderas, el pelo mojado cayéndole por la espalda y la mirada clavada en mis ojos. Se apoya en mi pecho, me roza la boca con la suya y susurra:

—No te vayas nunca.

Le rodeo la cintura, la acerco a mí y le beso la frente, la nariz y los párpados cerrados. Luego continúo con su la boca y entonces ya no hay palabras, porque solo existen sus manos, la espuma, el vapor, una bañera, dos cuerpos y ninguna distancia.

Epílogo

Audrey

No tiene suelos de mármol, ni ascensor, ni portero con guantes blancos y tampoco alfombras que amortigüen los pasos. Aquí los pasos crujen sobre la madera recién barnizada que aún huele a hogar por estrenar, a vida nueva.

Nuestra nueva casa está en lo alto de una colina suave, rodeada de campo y de aire limpio. Por la mañana se escucha el cacareo de las gallinas, el viento agitando las ramas de los árboles y a Max refunfuñando, porque las margaritas le han invadido el sendero. Hay un porche con dos mecedoras, una cocina que siempre huele a algo, aunque a veces sea a desastre culinario, y una bañera

de cobre al fondo del jardín que me hace sentir como si el mundo entero se parase solo para mí.

Las paredes son de madera clara, las ventanas amplias y llenas de sol, y el suelo… de tablones anchos y cálidos, como los que siempre había visto en las revistas y que siempre soñé que tendría en la casa de mis sueños. Pero lo que más me gusta es el rincón junto a la estufa, donde Max puso mi sillón favorito con una manta que huele a su colonia y a ropa limpia.

He bautizado a nuestras gallinas y ahora se llaman Beyoncé, Frida, Lady Gaga y Queen Latifah, aunque Max dice que estoy loca. Yo creo que es la forma más bonita que he encontrado de poner echar raíces en Cactus Valley y de sentir que con cada día que pasa me siento un poco más en casa. Me paso media mañana hablando con ellas, sobre todo con Frida, que tiene el cuello torcido y cara de que ha visto demasiadas cosas. A veces me escuchan y otras me ignoran, como Max cuando se hace el duro.

Hoy estoy sola en casa, porque Max ha ido a por leña y yo debería estar editando un vídeo, pero me puede el sol que entra por la ventana, la calma de la mañana y el murmullo de las ramas de los árboles al moverse con el viento. Así que enciendo la cafetera, me recojo el pelo con una pinza y me pongo una camiseta suya enorme. Salgo descalza al porche, con la taza en la mano y las pestañas aún medio pegadas por el sueño. Me siento en la mecedora y dejo que el cuerpo se me afloje poco a poco. El aire huele a hierba fresca y a tierra húmeda. Me inclino un poco hacia un lado, justo lo suficiente para ver, entre las plantas del jardín de la parte trasera de la casa, la silueta de la bañera de cobre y respiro hondo con una sonrisa dibujada en los labios.

Doy un sorbo a mi café, mientras me echo hacia atrás en la mecedora y dejo que me acune con su movimiento oscilante y observo nuestra casa. Max dice que es pequeña, pero para mí es perfecta. Aquí todo tiene su lugar: su camisa en mi perchero, mi pintalabios junto al cepillo de dientes y el olor de su piel en mi almohada. Los lunes cocinamos, los martes nos comemos a besos, los jueves discutimos por tonterías y el resto de días hacemos el amor como si se fuese a acabar el mundo.

Esta casa no tiene lujos, pero tiene algo que ni todos los áticos de Manhattan ni los hoteles de cinco estrellas pueden ofrecerme: la certeza de haber llegado al lugar exacto donde me quiero quedar.

Me recoloco el pelo detrás de la oreja, me mojo los labios con la punta de la lengua y sonrío al objetivo como si no tuviera a un cowboy medio desnudo intentando boicotearme el plano desde el fondo del jardín. Estoy sentada en un taburete alto, con las piernas cruzadas y una blusa blanca remangada hasta los codos, porque en Cactus Valley la belleza también suda y se mancha las manos. Delante de mí, la cámara enfoca justo lo que quiero: mi rostro luminoso, mi piel jugosa y de tono uniforme y la mirada directa que aprendí a sostener cuando volví a ser yo.

—Hoy os enseño cómo me preparo la piel antes de salir a recoger los huevos del gallinero y aun así parecer que vengo de un spa rural de cinco estrellas —digo con una media sonrisa, mientras meto los dedos en el tarro de crema que huele a lavanda, limón y autoestima.

La luz de la tarde acaricia la madera del porche y se escuchan las gallinas cacareando de lejos, alguna abeja que pasa zumbando cerca de los geranios y ese silencio placentero, que se parece mucho a la paz. De repente, un ruido seco, como si algo se hubiera volcado contra el lateral del granero, me hace fruncir el ceño. No aparto la mirada de la cámara.

—Max, no —murmuro sin alzar la voz.

Pero de nuevo, escucho otro golpe, esta vez más cercano. La cámara tiembla. No es que se mueva, es que vibra como si supiera que está a punto de dejar de ser la protagonista del plano.

—Max, ni se te ocurra... —musito.

Pero se le ocurre… Y, de repente, aparece por detrás de las flores, con un saco de heno al hombro, los vaqueros bajos y el pecho descubierto. Camina como si alguien le hubiera dicho que está grabando un anuncio de colonia masculina en mitad de una finca tejana. Le cuelga una brizna de paja de la comisura de los labios, y

el sol le marca los músculos con tanta precisión que me dan ganas de ponerle un cartel de «prohibido mirar».

—¡No estoy interrumpiendo nada, ¿verdad?! —me dice alzando la voz según se acerca y sin dejar de andar.

—Solo la magia del vídeo. Pero por lo demás, estupendo… —le contesto sin mirar a la cámara, pero sabiendo que la lente no se ha perdido ni un solo segundo de su aparición estelar.

Vuelve a sonar un pitido de notificación y empiezan a entrar comentarios uno tras otro a una velocidad de vértigo.

—A ver... —cojo el móvil y leo el último comentario en voz alta—: «¿Ese vaquero que acaba de aparecer… es TU marido?».

Me quedo un segundo mirando la pantalla y luego giro la cara hacia la cámara y sonrío, despacio como si fuera un secreto que me estuviera guardando desde hace tiempo.

—El es único hombre con el que he querido compartir una bañera...

—¿Y el único que te la ha robado? —responde Max cada vez más cerca de mí.

Me río. No porque me haga gracia, sino porque me dan ganas de lanzarle la brocha del iluminador a la cabeza y eso me hace feliz. Me inclino hacia la cámara y susurro:

—Y el único al que le dejaría hacerlo todas las noches.

Corto la grabación. Me levanto del taburete, lo dejo a un lado y voy directa hacia él, que ya está fingiendo que no se ha enterado de nada. Se hace el concentrado, pero le tiemblan los labios de la risa que intenta contener.

—¿Te has quedado a gusto, actor secundario?

—¿Actor? —deja caer el saco en el suelo y me mira con ese brillo gamberro en los ojos, que siempre me hace arder por dentro —. Si ese vídeo no se hace viral, es porque el mundo se ha vuelto loco.

—El mundo se ha vuelto loco, sí. Sobre todo desde que decidí grabar vídeos con gallinas, cremas y un exhibicionista de fondo.

Me lanza una mirada, de esas que empiezan en mis ojos y terminan exactamente donde él quiere que terminen.

—¿Exhibicionista? —Se acerca hasta que noto el calor de su piel—. Tú me quitaste la camisa esta mañana. No sé si lo recuerdas...

—Era por tu bien. No se puede trabajar con tanto calor y con una camisa que parecía de cartón.

—¿Y por qué me desabrochaste también el cinturón?

—Porque a veces el mundo necesita un poco de fantasía.

Max se ríe. Me coge por la cintura y me alza con tanta facilidad que protesto entre risas, dándole manotazos en el hombro mientras intento no perder la compostura.

—¡Max! ¡Bájame ahora mismo! —grito.

—¿Del todo o a medias?

—¡No empieces!

—Yo nunca empiezo. Eres tú la que me mira como si supiera exactamente lo que quiere que le haga y encima lo pidiera sin hablar.

—¡Eso es mentira!

—Ah, ¿sí? ¿Y entonces por qué tiemblas cada vez que te susurro cosas como... esto?

Acerca su boca al oído y me dice algo que no pienso repetir ni bajo amenaza de muerte. Pero me arde la cara, se me tensa la espalda y creo que acabo de suspirar tan fuerte que una de las gallinas ha salido corriendo.

—Estás fatal —digo intentando no reírme mientras me apoya en la barandilla del porche.

—Y tú preciosa —me contesta sin pestañear.

Lo beso. Porque sí y porque en este rincón perdido, con el pecho húmedo de Max contra mi blusa y la cámara aún encendida sobre el trípode, no se me ocurre un final mejor para este vídeo que sus labios contra los míos y sus manos firmes en mis caderas.

Aunque, si lo pienso bien... Esto no es un final, sino todo lo contrario.

Nota de la autora

Querida lectora,

Si estás leyendo esto, es porque has llegado al final de esta historia… y (ojalá) todavía tienes el corazón latiendo al ritmo que te han marcado Audrey y Max. Quizá también tengas una sonrisa tonta en los labios o las mejillas aún calientes por *ese* capítulo que tú y yo sabemos…

Si es así, gracias de verdad por elegir esta novela entre tantas, por darle una oportunidad a mis personajes y por haberlos acompañado hasta aquí.

Esta historia ha sido un viaje para mí. Uno que escribí con el estómago encogido, las emociones a flor de piel y más café del recomendable. Porque, aunque Audrey y Max no existen en el mundo real, en mi cabeza han vivido todas y cadauna de las cosas que te he narrado en estas páginas.

Si esta histora te ha removido algo por dentro me harías un favor enorme si la recomiendas a tus amigas, a tu grupo de WhatsApp de madres del cole de tus peques, a esa prima que siempre busca algo para leer que la enganche o a quién tú quieras. Y si además te animas a dejar una reseña sincera en Amazon, me ayudarías a seguir creciendo y, sobre todo, a seguir escribiendo.

Por ahora no te robo más tiempo. Ojalá vuelvas pronto con otro de mis libros. Mientras que eso ocurre, yo te esperaré escribiendo otras historias que te roben el corazón.

Con todo mi cariño,

Valerie Nash

Mi próxima novela

Además de *Un cowboy en mi bañera*, he escrito una nueva entrega de la serie Cactus Valley, titulada: *El padrino equivocado*.

Esta es su sinopsis:

Christine Sanders tiene una regla sagrada: nunca mezcla el trabajo con su vida personal.
Y hasta ahora, le ha funcionado. Es una organizadora de bodas de éxito, eficiente, glamourosa y siempre con un plan B. Incluso para el amor.

Pero su última clienta decide casarse en un **rancho perdido de Texas**, y ahí es donde Christine pierde los papeles… y la compostura. Porque **el padrino** no es otro que *Dylan Scott*: su primer amor, su primer error, y el idiota que le rompió el corazón antes de aprender a usar un sujetador con aros.
Ahora **él** lleva **tatuajes**, **botas llenas de polvo** y una **sonrisa canalla** en los labios, que arrasa más que una tormenta de verano.

Ella dice que lo ha superado.
Él asegura que ya no le importa.
Mentiras, claro, y de las malas.

Cuando por un error logístico (o una maldición del karma) acaban **encerrados juntos en la** *suite* **nupcial**, con una **cama gigante** y mucho que no decirse, lo que empieza como un desastre profesional… se convierte en la fantasía que ninguno se atreve a confesar.
Y mientras los novios preparan sus votos, Christine y Dylan se enfrentan al suyo más peligroso: el de no volver a enamorarse.

¡Bienvenida a Cactus Valley! El rancho está decorado y los novios preparados. El problema es el padrino… ¡y lo bien que besa!

Puedes leerla aquí.

Mis otras novelas

Encuentra aquí mis otras novelas.